

The background of the entire image is a composite scene. At the top, a large, pale blue full moon hangs in a dark, starry sky. Below the moon, the sky transitions into a hazy, golden light. In the middle ground, a woman with long dark hair, wearing a long, flowing white dress, stands on a dark rock ledge on the left, looking up towards the sky. On the right, a large, light-colored wolf is shown from the chest up, howling with its mouth open and head tilted back. The background behind them consists of layered, misty mountain ranges under a soft, golden glow.

T. N. HAWKE

Reverenciada por su

LOBO

LOS LOBOS DE GREEN VALLEY #6



REVERENCIADA POR SU LOBO

T. N. HAWKE

LOS LOBOS DE GREEN VALLEY #6

ÍNDICE

[Sobre este libro.](#)

[Agradecimientos.](#)

[Capítulo 1: Sorren.](#)

[Capítulo 2: Jane.](#)

[Capítulo 3: Sorren.](#)

[Capítulo 4: Jane.](#)

[Capítulo 5: Sorren.](#)

[Capítulo 6: Jane.](#)

[Capítulo 7: Sorren.](#)

[Capítulo 8: Jane.](#)

[Capítulo 9: Sorren.](#)

[Capítulo 10: Aaron.](#)

[Capítulo 11: Jane.](#)

[Capítulo 12: Sorren.](#)

[Capítulo 13: Jane.](#)

[Epílogo: Capítulo 14: Jane.](#)

[Sobre la autora: descubre más de la Saga Green Valley y otros libros.](#)



Sobre este libro

Copyright © del libro: Marta Guinart Tamarit. Primera edición a través de Amazon KDP, 2019.

Todos los derechos reservados.

Copyright © de la portada: imágenes cortesía de Pixabay. Editada y arreglada por Marta Guinart Tamarit.

Imágenes del interior cortesía de Pixabay y sus usuarios. Licencia gratuita sin necesidad de dar créditos para uso comercial.

Este libro está protegido por la Ley de Derechos de autor.

Por favor, no practiques, colabores o promociones la piratería. Respeta a la autora del libro y lee sus trabajos de manera legal, colaborando de esa manera a que ella pueda continuar escribiendo.

La piratería mata cualquier tipo de arte. Y los artistas y escritores tristemente no nos alimentamos de aire.

Si lees el libro, hazlo a través de Amazon. Es exclusivo de esa plataforma por decisión de la autora. Si lo has descargado de otro sitio, entonces se trata de una descarga ilegal. Por favor, evita estos lugares. Los autores dedicamos mucho tiempo y esfuerzo y merecemos que se respete nuestro trabajo.

A nadie le gusta que le roben.

Si estás leyendo este libro a través de Amazon: ¡muchas gracias por tu apoyo! Espero que lo disfrutes y que te haga pasar un buen rato.

Este libro es pura ficción. Cualquier coincidencia con nombres, lugares, o hechos, es totalmente arbitraria.



Agradecimientos

A todos los lectores que dais una oportunidad a mis libros, ¡gracias! La Saga de Green Valley me ha traído muchas alegrías, y agradezco la oportunidad de poder dedicar todo mi tiempo libre a lo que más amo: escribir.

Tengo la esperanza de poder dedicarme plenamente a ello algún día, y vosotros dais alas a esa esperanza con vuestro apoyo.

Por vosotros, y por muchos más libros que vendrán muy pronto: aquí va la historia de Sorren. Nuestro honorable Lobo solitario.

Espero que os guste.

Y gracias.



*Dedicado a todos los amantes de esta Saga,
¡espero que lo disfrutéis!*



Sorren

Ella se acerca.

Contengo el aliento y me estremezco de la emoción.

Estoy en mi forma de Lobo.

Hasta ahora, siempre que me encontraba con ella adoptaba forma humana con la esperanza de que ella correspondiera con el instinto de ser humana también. De que reconociera mi forma y a mí como su Compañero y volviera en sí.

Pero esta vez es diferente.

Nina y Caidan me han enseñado algo.

Algo que necesitaba ver para creer. Para dejar de centrarme en las mismas ideas una y otra vez y empezar a guiarme más por instinto que por lógica.

Mi Compañera aparece en la orilla del lago helado como un hermoso fantasma.

Es una Antílope.

Es más grande que los animales normales, como suele suceder con nuestras especies, y su pelaje es de un blanco cegador que se confunde con la nieve. Inusual y hermoso como nada que haya visto jamás.

Llevo días esperándola.

Bajo todos los días al lago con la esperanza de verla, sabiendo que ella prefiere las horas justo antes del anochecer para aparecerse ante mí.

Mi Lobo gimotea con suavidad y se tensa al verla, y me fuerzo a no mover las patas de manera nerviosa.

Ella se asusta con facilidad, y no quiero sobresaltarla.

Soy un depredador y ella no comprende muy bien qué es lo que nos está sucediendo y puede dejarse guiar por sus instintos de presa y echar a correr. Lo sé muy bien.

Yo también he estado perdido en mi lado Feral, incapaz de pensar en nada que no fuese instinto y emociones.

Pero esta vez es diferente. Va a ser diferente.

Lo siento en el aire. En mis pulmones, que se esfuerzan en respirar de manera acompasada ahora que ella está aquí y que, como siempre, me roba el aliento con su belleza y su elegancia.

En mi corazón, que late frenético y pesado en mi pecho.

En mis venas; mi sangre.

Mi alma.

Ella se detiene al borde de los árboles al llegar a la orilla y me mira fijamente con sus ojos oscuros y grandes.

Y hace algo que no había hecho antes: da un respingo y alza el cuello como si estuviera oliendo algo nuevo. Algo que la altera.

Algo que la atrae.

A mí.

A mi Lobo.

Contengo el aullido de reclamo que lucha por salir de mi pecho y espero a que ella dé el primer paso. A que me dé una señal.

A que me reconozca.

Durante los años que llevo aquí tras volver a recuperar mi conciencia humana, que ya no sé ni cuántos son, jamás he perdido la esperanza de que ella también vuelva en sí.

De que me mire como una Compañera mira a su amado.

De que su alma reconozca a la mía como su Alma Gemela.

Huelo su Celo antes de verla desaparecer en el bosque y mi Lobo deja por fin salir el aullido de reclamo que he estado conteniendo.

Por fin.

Por fin.

Mis músculos tiemblan y mi corazón está agitado mientras la sigo.

Esta vez sé que no perderé su rastro.

Esta vez sé que me está guiando hasta ella.

Hasta su nido.

Y no puedo esperar para poder suplicarle que me deje amarla.

Para poder saber su nombre.

Y escucharla decir el mío.

Escuchar su voz, ver su rostro, y poder por fin mirarla a los ojos y que me reconozca.

El bosque es intrincado. Los altos árboles se vuelven más grandes y frondosos conforme nos alejamos de la orilla, pero las huellas de mi amada y su rastro son claros como el día para mí.

Ella está dejando un rastro a propósito, probablemente guiada por el instinto.

El lago es zona de caza para muchos depredadores, no solo yo, así que no me cuesta deducir que ella debe tener un lugar seguro y propio dentro del bosque. A salvo de los peligros de esta tierra de nadie.

Quizá junto a otros herbívoros, que a diferencia de nosotros, los depredadores, suelen juntarse en manadas a pesar de ser Ferales y, por lo tanto, normalmente solitarios y territoriales por

naturaleza.

Los Renos, Antílopes, Ciervos y demás son mucho más sociables que los Lobos, los Osos, o los grandes Gatos como las Panteras y otros carnívoros.

Me detengo unos segundos en un pequeño claro a pesar de las protestas de mi sangre, que me incita a continuar y a encontrarla.

Como sospechaba, hay otras huellas junto a las de mi Compañera.

Dos Ciervos, un Reno que por el olor debe ser macho, y una Bisonte. Deben de haberse juntado en una manada, a pesar de la disparidad de sus especies, para protegerse de depredadores normales y de otros Ferales más agresivos.

Por un lado, me alegra y me alivia que mi Compañera no esté sola aquí fuera.

Por el otro, el hecho de que las huellas sean recientes y caminen lado a lado me dice que no va a ser fácil acceder al territorio de ella.

Puede que sean herbívoros, pero ello no implica que no sean agresivos. O que no sean Ferales.

La Bisonte es inmensa. Más grande de lo normal incluso para un Cambiante y, si no fuera porque no puedo creer que ello sea posible, sospecharía que se trata de un Alfa.

Huelo las huellas sabiendo que no voy a perder el rastro de mi Compañera ahora que ella me quiere cerca y sintiendo que debo estar preparado para introducirme en el territorio de esta curiosa manada de Ferales.

Es mejor ser precavido que acabar malherido o muerto si me meto en un terreno que no conozco con Ferales que no conozco.

Los años me han enseñado eso bien.

Entre Ferales, hay respeto siempre que mantengas las distancias. Especialmente con los herbívoros o los pequeños depredadores como los Zorros de Nieve.

Los Bisontes, en cambio, pueden ser tan agresivos y sobreprotectores de los suyos como lo son los Lobos.

Se trata, efectivamente, de una hembra Alfa de Bisonte.

El olor es inconfundible, y me deja anonadado durante unos segundos antes de reaccionar cuando escucho ruido en los matorrales cercanos y mi instinto me dice que se trata de mi Compañera.

Mi bella Antílope asoma su pálida cabeza por entre las ramas de un pequeño árbol, mirándome con curiosidad y con no poca confusión, y probablemente preguntándose por qué me he detenido.

Mi olfato me dice que los otros Cambiantes que conforman su manada, los dos Ciervos y el Reno, también están sin Emparejar, y que los Ciervos están muy relacionados entre sí. Hermanos o primos hermanos, tal vez. Y que son un macho y una hembra, y además su olor me resulta familiar a pesar de que ahora mismo mi mente está demasiado enfocada en el Cielo de mi Compañera como para que mi memoria funcione como debería.

Debe de haber sido doblemente trágico para sus familiares perderlos a los dos.

Sacudo la cabeza y me quedo quieto como una estatua cuando mi Compañera se me acerca. Elevo las orejas y extendiendo los sentidos todo lo que puedo, pero mi instinto me dice que estamos solos.

Mi conexión con el bosque nunca ha sido tan intensa como lo es (lo fue, me recuerdo con tristeza) la de mi hermano, Nero, pero siempre ha sido mayor que la de muchos Cambiantes.

No tan intrincada como la de mi sobrino Duncan, que ya desde niño mostraba síntomas de ser uno de los pocos elegidos para poder incluso comunicarse y entender el lenguaje de la tierra y de los árboles y el viento, pero sí lo bastante buena como para que no me pillen desprevenido.

A no ser que, como hizo mi sobrino Caidan (y me siento orgulloso del chico y aliviado de que se haya marchado de este lugar infernal y haya vuelto en sí y a casa en brazos de su Predestinada), alguien me empuje o me incite a subir a la montaña, donde nuestra conexión es más débil, tenderme una emboscada es casi imposible.

Mis ojos no se apartan de ella.

Me siento hipnotizado. Enamorado. Perdido.

Ella se acerca poco a poco y su morro toca el mío con suavidad, y yo tiemblo con las piernas tan débiles como un potro recién nacido.

Me obligo una vez más a no moverme mientras ella me explora. No quiero que se asuste de mí como ha ocurrido otras veces.

Ella me observa, me toca con el morro y deja suaves lametones sobre mi pelaje, y yo hago acopio de toda mi fuerza de voluntad para no gruñir de anhelo y necesidad y no abalanzarme sobre ella y hacernos rodar en la nieve hasta que esté cubierta de mi olor y yo del suyo y todo el mundo sepa que nos pertenecemos.

Mi Antílope curioseas mi boca, mi pecho, mis patas, mis garras, mi vientre, mi cola... se mueve a mi alrededor observándome y analizándome como si no supiera qué hacer conmigo o con lo que su instinto le dice sobre mí.

Sé lo que se siente, porque yo sentí lo mismo al verla por primera vez.

Todavía perdido en mi forma Feral, había estado cazando en la orilla del lago, siguiendo el rastro de un par de conejos hasta su madriguera, cuando la vi.

Recuerdo que mi Lobo había estado tan confundido.

La vi y pensé «Compañera. Mía.», pero también «no es Loba. ¿Presa? No. *Compañera.*»

Y entonces todo yo: huesos, músculos, cabeza, articulaciones,... todo, había empezado a arder y a doler como si me estuvieran arrancando la piel a tiras. Como si estuviera ardiendo.

Cuando recobré la conciencia estaba tendido en la nieve, justo en el lugar en el que mis ojos se habían posado sobre ella por primera vez.

Y volvía a ser un hombre. Un Cambiante y no un Feral.

Y mi cerebro no dejaba de repetirme que debía encontrarla. A ella. A mi Compañera.

Pero ella había desaparecido en el bosque y solía observarme desde la distancia negándose a acercarse por mucho que yo le suplicara lo contrario cuando venía a verme, y se alejaba de mí asustada cuando intentaba acercarme yo a ella o seguir su rastro.

Una Compañera que era incapaz de encontrar a pesar de mi conexión con el bosque.

Si ella no me hubiera guiado hasta aquí, yo jamás habría encontrado la madriguera que comparte con otros Ferales.

El bosque protege a los herbívoros y oculta sus presencias incluso de otros Cambiantes.

Como si fuesen fantasmas, sus rastros, sin ayuda del viento y los árboles o en contra de su voluntad, son imposibles de encontrar incluso para otro Feral.

Durante años, he esperado este momento.

Durante años, he suplicado, maldecido, jurado y llorado a todos los espíritus y poderes y a la mujer que está ahora frente a mí que se me diera una oportunidad para poder estar junto a ella.

Y ahora la tengo, y estoy más nervioso de lo que lo estuve como cachorro en mi primera caza bajo la estricta supervisión de mis padres y de mi hermano y Alfa.

Ella sacude la cabeza y resopla, respirando cada vez con más agitación, y el olor de sus hormonas se intensifica.

Está nerviosa y confundida, pero el deseo de permanecer junto a mí, de entremezclar nuestros olores y unir nuestras almas, es más intenso que su miedo instintivo a un depredador como yo.

Yo me agarro a lo que mis propios instintos me dicen y me quedo tan quieto como soy capaz de estarlo, aunque no puedo evitar que mis ojos sigan cada uno de sus movimientos.

Ella golpea el suelo con sus elegantes y delgadas patas delanteras y suelta otro resoplido, y yo contengo el aliento una vez más y la siento golpear mi costado con el suyo como si estuviera intentando provocarme.

Mi Antílope frota su pelaje contra el mío y muerde mi hombro con sus dientes planos haciéndome tragar saliva para no devolverle el mordisco jugueteón.

Su miedo ha desaparecido por completo, pero su instinto de presa todavía está ahí, bajo la superficie.

Esta unión no puede ser como la de Nina con mi sobrino, que son ambos depredadores.

Debo ser cuidadoso y dejar que ella tome la iniciativa y marque los pasos. No debo dejar que mi Lobo y mis propios deseos se impongan e intentar dominarla como lo haría con otra Loba: con un juego de lucha por la sumisión del otro, como es costumbre cuando la Pareja Predestinada se encuentra en forma de Lobo por primera vez y deja que su animal interior tome las riendas.

La cópula en forma animal nunca me ha atraído pero, como todo Cambiante, soy capaz de hacer cualquier cosa para traer a mi Compañera de vuelta y liberarla de la Feralidad y, si ello implica dejar que ella me use a su antojo, me muerda y me marque, eso haré.

Mi Antílope está cada vez más agitada.

Su larga lengua rosada lame mi morro y yo la dejo hacer y le devuelvo, con movimientos lentos y cautos, la caricia. A ella la muestra de afecto parece ponerla contenta, y deduzco rápidamente que ella espera que yo devuelva sus atenciones.

No sé cómo se Emparejan los Antílopes en su forma animal.

Sé, por supuesto, cómo se montan los animales. El método es el mismo sea la especie de mamífero que sea. O eso creo, tampoco es que le haya dado muchas vueltas (ni quiero tampoco).

Pero no conozco sus rituales de cortejo en esta forma.

Ni en la humana tampoco.

Cada especie de Cambiantes tiene sus costumbres y Leyes. Sus cortejos y sus expectativas.

Y yo, ahora mismo, tengo los pies hundiéndose en un lago cuya profundidad desconozco. Estoy perdido al respecto, así que me dejo guiar por ella e imito lo que ella hace: los lametones, las mordidas, las caricias y empujones.

Empiezo poco a poco y, cuando ello no la asusta, sino que de hecho la anima, me dejo llevar.

Me siento eufórico cuando la veo saltar a mi alrededor con alegría.

Es como si, al fin, ella estuviera celebrando el haber encontrado a su Compañero en vez de huir de mí confusa y asustada.

Debí de haber hecho esto hace años: el encontrarme con ella en forma animal. Debí de haber ignorado mis miedos de que ella se asustara de mi Lobo como sucedió la primera vez.

Pero ahora no es momento de arrepentirse.

Ahora es momento de regocijarse en que ella por fin esté respondiendo a mí. De que me reconozca.

Mi Compañera me empuja una última vez y me mira de manera juguetona antes de tumbarse en el suelo y elevar su delgado rostro para observarme con expectación y, si yo estuviese en forma humana, ahora mismo sé que estaría más ruborizado que nunca.

Sé lo que ella espera y, aunque mi cuerpo de Lobo está más que dispuesto a ello, hacer el amor con ella en forma animal no es ni mucho menos lo que esperaba o deseaba.

Sacudo mi cabeza para despejarla y me acerco a ella sintiendo un suave gruñido complacido que más parece un ronroneo salir de mi pecho.

Ella gira su cuello con una flexibilidad asombrosa y muerde con afecto el mío incitándome a acercarme más aún.

Me posiciono sobre ella y apoyo mis patas delanteras a cada lado de las suyas. Soy más grande que ella a pesar de que ella es de mayor envergadura de lo que lo sería un Antílope normal, y esa diferencia de tamaño lo hace más fácil.

Justo cuando estoy a punto de montarla, el bosque se agita y aparece una Bisonte inmensa en el claro saltando sobre los matorrales.

Y va acompañada del Reno, que tampoco es precisamente pequeño.

Me maldigo por haber perdido el norte y no haber estado prestando atención a mis alrededores, embobado como estaba en el Celo de mi Predestinada.

Ya van dos veces en mi vida que me pillan desprevenido, la primera habiendo sido Caidan (que, ya que yo mismo lo entrené, no me duele tanto en el orgullo como esta).

Me sitúo enfrente de mi Compañera y me elevo en toda mi considerable estatura, entre ella y los recién llegados, todos Cambiantes.

La Alfa Bisonte se detiene unos pasos más allá y nos mira con los ojos abiertos como platos. Y el Reno eleva el morro y olisquea el aire, seguramente notando el Celo, y golpea a la Alfa suavemente en el costado para sacarla de su ensimismamiento.

La Bisonte me observa con tensión evidente.

Es raro para un Feral dar caza a otros Ferales, pero han habido casos de Ferales depredadores que, en su locura y azuzados por el hambre, han asesinado a otros Cambiantes, especialmente herbívoros.

Una vez fui testigo de cómo un Feral de Chacal intentaba devorar a un Feral de Zorro de las Nieves, y por suerte pude intervenir a tiempo para que el Zorro pudiera huir (y me vi obligado después a luchar contra el Chacal para salvar la vida, ya que el Feral no atendía a razones, como suele suceder cuando uno está perdido en su lado salvaje), así que no me sorprende que la Bisonte y su amigo no me den la bienvenida en su territorio.

Y, dado que estamos cerca de su madriguera, o eso sospecho, no dudo de que se sienten todavía más amenazados.

Ningún Feral o animal depredador irrumpe en la madriguera de uno o varios herbívoros sin su consentimiento o el del bosque.

Y creo que ese conocimiento, aunque ella no lo tenga conscientemente, es lo que está evitando que me envista con sus cuernos e intente hacer de mí un pinchito de Lobo.

No soy pequeño, pero ella es inmensa, está bien alimentada, y además es una Alfa.

De especies diferentes o no, uno no vence a un Alfa así como así y, aunque en mi mejor época podía enfrentarme a mi hermano, también Alfa, y quedar bien parado, nunca realmente logré vencerlo.

Aunque hubiera logrado ser más grande y más feroz que él, cosa que no soy, el instinto de todo Cambiante normal es el de respetar y someterse a los Alfas, y esa necesidad inherente en nosotros es difícil de combatir.

Mi Compañera se levanta e intenta situarse entre mí y los recién llegados, pero yo no puedo permitir que se ponga en peligro.

El mero pensamiento de perderla me aterra, así que intento empujarla tras de mí de nuevo, pero ella es rápida, ágil, y obstinada, se pone de pie a mi lado a pesar de mis intentos de que se quede atrás.

Mi Antílope mira directamente a los ojos de la Alfa Bisonte y resopla con irritación.

Si esto fuera una conversación entre nuestras formas humanas, diría que le está diciendo que se largue y que deje de interrumpirnos. Y no de muy buenas maneras, además.

Si no estuviéramos en mitad de una situación tensa ahora mismo, lo obstinada y valiente que es me causaría admiración y no poca gracia, considerando que la Bisonte es más del doble de grande que ella (y a mí me saca un par de cabezas de altura en el lomo y sin duda también muchos kilos de peso), y mucho más musculosa.

Pero la Alfa de Bisonte meramente pone los ojos en blanco, un gesto tan humano que me deja sorprendido unos instantes y me hace extender mis sentidos hacia ella preguntándome si no se tratará de alguien como yo, que ha recuperado su forma y conciencia humanas, pero no, se trata de una Feral con todas las letras de la palabra. No percibo apenas nada de humanidad o de conciencia en ella y su mirada es definitivamente más animal que otra cosa a pesar de todo.

La Bisonte gruñe en dirección a mi Compañera, al parecer irritada con lo que quiera que mi Antílope le haya dicho y da media vuelta después de lanzarme una mirada de advertencia llena de promesas agresivas.

Desaparece de nuevo entre los árboles seguida de cerca por el macho de Reno, que nos mira una última vez antes de seguir a toda prisa a lo que parece ser la líder de su improvisada manada, y yo me pregunto si podrán comunicarse entre ellos a pesar de ser especies diferentes.

Los Lobos, aún Ferales, podemos hacerlo hasta cierto punto. Lo comprobé una vez cuando encontré a un viejo macho Lobo, mucho mayor que yo, que no reconocí como parte de mi manada y que murió pocas semanas después de conocernos cuando cayó en el lago helado. Aunque sospecho que él mismo se tiró y no luchó contra las aguas a pesar de que yo intenté rescatarlo sin lograrlo.

E incluso logré una vez comunicarme con el Chacal contra el que luché después de que éste se calmara tras vencerlo y someterlo, y fuimos amigos durante unos meses hasta que él murió, dejándose vencer por el cansancio y la soledad.

Los Ferales no suelen vivir mucho. No solo por las terribles condiciones en las que vivimos, sino también porque muchos se dejan morir pasado un tiempo. Agotados y anhelando siempre algo que son incapaces de entender con su mente animal.

La soledad es un enemigo mortal para los Cambiantes.

Mi Predestinada golpea el suelo con sus patas delanteras de nuevo, satisfecha de haber logrado que la Alfa y su acompañante se marchen, y se gira de nuevo hacia mí con un brillo en los ojos que reconozco fácilmente.

Quiere que sigamos donde lo hemos dejado.

A mí vuelve a latirme el corazón de manera frenética.

Ni siquiera el miedo o la tensión de un potencial enfrentamiento logra asustarme tanto como

cagarla cuando se trata de ella.

No quiero hacer algo que la aleje de mí o, peor, que la traumatice o la avergüence cuando recobre su conciencia humana (jamás perderé la esperanza de que lo haga), pero tampoco sé qué hacer para lograr que ella vuelva en sí que no sea ceder a lo que ella exige de mí.

Y no es que mi cuerpo no esté dispuesto, lo estoy, especialmente dados los años de soledad sin ningún tipo de contacto físico o espiritual que he pasado detrás de su rastro.

Poder tocarla, y que ella me permita hacerlo, es un milagro y un regalo inesperado y maravilloso que me hace pensar que debo de estar viviendo una de mis fantasías y que me despertaré de nuevo en la cueva, solo y abandonado y poco a poco cayendo más y más en la locura, muy pronto, porque algo tan bueno no puede ser real.

Ella vuelve a tenderse, ansiosa de completar nuestro vínculo y de terminar su Celo con nuestro Emparejamiento, y yo, con el corazón latiéndome pesado y apresurado en el pecho, me sitúo tras ella una vez más y muerdo suavemente su cuello con los colmillos para que se esté quieta mientras la penetro procurando no hacerle daño.

Y entonces nos interrumpen de nuevo.

Una vez más, he vuelto a dejar que el olor envolvente de su Celo y que mis propias necesidades nublen mis sentidos y me han pillado desprevenido.

Son los Ciervos.

Saltan ágilmente desde los árboles y se paran al otro lado del claro, mirándonos con asombro.

Suelto una maldición y un gruñido insatisfecho e irritado.

Los dos Ciervos tienen el pelaje marrón chocolate y una marca blanca en el rostro, y yo los reconozco de cuando solíamos jugar juntos en el parque después del colegio en Green Valley.

Son los mellizos Deer. Los hijos de Mirabella del Clan Deer, la que fue amiga de mi madre hace ya muchos años.

Hacía años que no los veía. Desde poco antes de la muerte de Nero (pensar en él siempre duele. Mi único hermano y mi guía. Mi Alfa).

Los rumores decían que se habían internado en el bosque juntos después de años de soledad y que no habían vuelto.

Y al parecer eran ciertos.

Los mellizos son como Adrien y Blake: comparten un vínculo telepático muy fuerte. Y no me extraña que, cuando se hicieron Ferales, lo hicieran también juntos.

Pero, aunque verlos relativamente sanos y a salvo me alegra, ahora mismo preferiría que estuvieran en cualquier otra parte del mundo.

Y mi Predestinada opina igual, si es que su bramido lleno de ira es pista suficiente.

Mi Antílope me sacude de encima y se eleva sobre sus finas patas con enfado y suelta otro bramido, haciendo que yo tenga que saltar hacia atrás para que no me golpee con sus cuernos.

Su ira indignada es tan intensa que casi sobrepasa a los sentimientos de frustración y deseo sexual que permean su olor personal.

Los Ciervos, a diferencia de la Bisonte y su amigo, no están nada contentos de que su compañera de manada Antílope les esté dando lo que en su forma humana sería la riña de sus vidas.

Mi Antílope resopla, brama y gruñe de enfado, y los mellizos, Fili y Flora Deer, se están poniendo nerviosos y cabreados de que se les grite. O lo equivalente en idioma Antílope.

Ambos Ciervos sacuden sus largos y afilados cuernos y Fili golpea el suelo con sus gruesas patas delanteras a modo de ominosa advertencia.

Yo me interpongo una vez más entre el peligro potencial y mi Predestinada, porque las cosas parece que están yendo bastante mal esta vez.

Dudo que los Ciervos vayan a dar media vuelta e ignorar el enfado y el reto airado de mi Antílope. No tienen pinta de ello.

De súbito, Fili enviste.

Logro situarme entre él y mi Predestinada y apartarla del peligro justo a tiempo y el golpe es más doloroso que peligroso a pesar de que casi me saca un ojo con los malditos cuernos y de que sé que debe de haberme roto una costilla o dos.

Flora, su melliza, se acerca alterada a nosotros mientras yo me levanto de donde el golpe me ha lanzado contra un árbol y parece reñir a su hermano, que agacha la cabeza avergonzado y suelta un resoplido de enfado.

Mi Antílope se acerca a mí corriendo llena de miedo y, para mi total asombro, una humareda negra que reconozco bien la envuelve justo antes de que una mujer baja y esbelta con el cabello blanco como la nieve caiga de rodillas junto a mí con lágrimas de preocupación en los ojos.

—¡Herido! ¡Compañero! —Son las palabras que exclama roncamente justo antes de perder el conocimiento.

Los Ciervos, asustados por la repentina desaparición de su compañera Antílope, corren hacia el bosque por donde la Bisonte ha desaparecido momentos antes y desaparecen.

Pero yo no les presto atención.

Mis ojos y sentidos están perdidos en mi Compañera.

Mi Predestinada.

Al fin soy capaz de ver su rostro.



Jane

Abro los ojos y los cierro microsegundos después soltando un gemido de agonía.

Me duele todo.

No hay parte de mi cuerpo que no proteste de dolor en estos momentos.

Y no entiendo por qué.

No comprendo qué es lo que me está ocurriendo.

Hay una mano cálida en mi sien aplicando una compresa húmeda en mi cabeza, y yo agarro esa mano y me aferro a ella como a un salvavidas, porque en estos momentos es lo único que siento real.

Lo único que siento que tiene sentido a pesar de que, en estos instantes, ni yo misma entiendo quién ni qué soy ni qué hago ni dónde ni por qué sufro.

Me escucho sollozar de dolor y miedo mientras mi mente se llena de imágenes a toda prisa que al principio no tienen ni orden ni sentido y que poco a poco van cobrando significado y ayudándome a entender la realidad en la que estoy.

Durante todo el proceso, que no sé si son horas o días o semanas, esa mano y esa voz, grave y masculina y llena de afecto y fuerza, son mi único apoyo.

Las busco y me centro en ellas para sobrevivir a la agonía que me consume como si el universo hubiera decidido romperme a pedazos y luego volver a montarme pero no tuviese muy claro dónde va cada pieza de mí.

Vuelvo a caer en la inconsciencia y es una bendición.

Cuando recobro algo de sentido de nuevo, la mayoría del dolor ha desaparecido, siendo sustituido por un vago latido enfebrecido. Como el recuerdo de un dolor pasado.

Mi cuerpo se siente pesado y sensible y el agotamiento me hace casi imposible abrir los párpados. Siento esa misma presencia, calmante y afable, junto a mí, y ello me llena de alivio y de alegría a pesar de que no sé quién es ni por qué está cuidando de mí con tanta preocupación.

Abro los ojos lentamente y parpadeo para adaptarlos a la tenue luz que ilumina el lugar en el que me he despertado.

Estoy tendida en un camastro que ha visto días mejores en la esquina de una cueva iluminada por una linterna que cuelga de un hilo metálico en uno de sus salientes.

Y hay un hombre dormido tendido junto a mí sobre las pieles y mantas roídas que hacen las veces

de ropa de cama.

Completamente desnudo.

Mis ojos no pueden apartarse de él.

Es apuesto, aunque ha visto días mejores.

Es alto, de cuerpo delgado y no muy bien alimentado, pero hombros anchos y buena figura a pesar de todo. Tiene largas piernas y fuertes brazos cubiertos de un fino vello rubio.

Su cabello es rubio oscuro y lo lleva largo hasta los hombros y una fina barba le cubre las mejillas. Tiene un rostro hermoso. Con pequeñas arrugas de expresión alrededor de los ojos de pestañas color castaño y una boca de apariencia dulce y sensual que desmiente su aspecto rudo de hombre de las montañas.

Y, en cuanto lo veo, mi cerebro grita «*mío*».

Hay pocas cosas de las que estoy segura en estos momentos, pero el hecho de que este hombre es mi Predestinado es una de ellas.

Aspiro una bocanada de aire porque de repente se me hace difícil respirar, y elevo las manos para esconder mi rostro en ellas, apretando los labios para no echarme a llorar de manera ruidosa y dramática.

Ya sé lo que me ha ocurrido.

Mis últimos recuerdos vienen a mí como un huracán, pero son familiares y poco a poco voy haciéndome una idea de quién soy y qué es lo que me ha ocurrido.

Recuerdo haber bajado del coche en el camino que salía de la casa de la colina en la que vivía junto a mis padres y mis hermanas cuando los huesos habían empezado a dolerme y había sentido la urgencia de salir del espacio cerrado del vehículo.

Recuerdo que iba de camino al trabajo tras haberme despedido esa mañana de mi familia después de desayunar en la cocina con ellos cuando la cabeza me estalló y mis pensamientos empezaron a desperdigarse y mi animal se hizo con el control de mí.

Paré en coche a un lado del camino. Bajé de él.

Y mis recuerdos como Jane Antelope acaban ahí.

Feral.

Estoy empezando a hiperventilar.

¿Cuánto tiempo he pasado Perdida como Feral?

¿Qué habrá sido de mi familia? ¿De mi trabajo? ¿De mis amigos?

No sé cuánto tiempo de mi vida he perdido, pero sí sé que es un milagro que haya logrado volver en mí, y algo me dice que posiblemente se lo deba a este hombre.

Este Lobo que ha cuidado de mí y ha logrado, de alguna manera inverosímil, salvarme de la Feralidad.

—Shhh. —Me sobresalto cuando siento una de sus manos, grandes y cálidas, acariciar mi pelo

intentando consolarme. —Tranquila. No estás sola. Estoy aquí. No estás sola.

Esas palabras solo me hacen llorar con más fuerza.

Siento como si estuviera viviendo una extraña pesadilla.

Por un lado, he perdido quién sabe cuánto tiempo de mi vida, pero por otro, por fin, después de años de soñar despierta y buscar en cada rostro y cada par de ojos que me cruzaba en el camino por una señal, he encontrado a mi Predestinado.

Tenía veintinueve años cuando me volví Feral.

Ahora no sé ni qué edad tengo, pero calculo que él estará en torno a los cuarenta y algo, aunque es difícil decirlo con nuestras especies ya que los Cambiantes envejecemos de manera distinta y más lenta que los humanos e incluso existen diferencias entre diferentes especies de Cambiantes.

Tengo la sospecha de que he estado Perdida durante más tiempo del que me gustaría saber, y la angustia me corroe.

No puedo ni imaginarme el dolor que habrán sentido mis padres. Mis hermanas.

Mi familia.

El rostro de mi madre me viene a la mente. Su última sonrisa mientras besaba mi mejilla antes de que me fuera a trabajar, como solía hacer a pesar de que mis hermanas y yo hace tiempo que éramos ya adultas, siendo yo la menor de las cuatro.

Y el de mi padre, mientras se reía con uno de sus chistes incomprensibles para el resto del mundo. Y el mundo se vuelve a derrumbar a mi alrededor una vez más.

Mi Compañero me abraza y apoya su cálido cuerpo contra el mío y yo siento como si estuviera envuelta en una nube de calma a pesar de la tormenta que hay en mi interior, arropada por su presencia y la seguridad que me produce.

Mis nervios se van calmando poco a poco, pero mi angustia persiste, aunque vaya reduciéndose hasta un nivel tolerable.

Por ahora.

Me conozco lo suficiente como para saber que voy a acabar estallando en llanto unas cuantas veces más hasta que mi lado práctico tome las riendas y decida afrontar mi vida y la situación en la que estoy con toda la entereza posible.

Pero por ahora me siento con ganas de dejarme llevar por la tristeza y el miedo.

Lo necesito.

Necesito desahogarme y dejar salir todo este estrés y todo este dolor emocional.

Pienso en mis hermanas mayores: Odette, la única Emparejada de nosotras cuatro; Trina, que se pasa la vida soñando despierta y dibujando posibles rostros para su futuro Emparejado; y Tamara, con su bella sonrisa siempre amable y sus consejos prácticos, y en lo unidas que estamos y en lo difícil que habrá sido para ellas darme por Perdida.

Me pregunto si sabrán qué es lo que me ha ocurrido o si pensarán que me he matado o que me ha

pasado algo, un accidente o un asesinato o qué sé yo, y sé en el fondo de mi corazón que mis hermanas, tozudas y protectoras como lo son, se habrán recorrido todo Green Valley y todo el bosque en busca de respuestas.

Somos una familia muy unida.

No sólo porque acabábamos de mudarnos a Green Valley tras haber perdido nuestras propiedades de Florida en un huracán, sino porque siempre lo hemos sido. Desde niñas.

Abro los párpados de nuevo y aspiro el aroma de mi Compañero en los pulmones de manera instintiva.

Nuestros cuerpos no desprenden precisamente un olor agradable, y sospecho que ambos hemos pasado quién sabe cuánto tiempo sin una buena ducha, pero debajo de toda la mugre y el sudor todavía puedo percibir parte del olor natural de él.

Almizcle y romero y algo más que no logro identificar pero que consigue calmarme y centrar mi mente en el presente una vez más.

Ni siquiera sé su nombre.

Le miro a los ojos y se hace el silencio en la cueva.

Nuestras respiraciones están acompasadas y, en ese instante, siento que no hay nada ni nadie en el mundo que no sea él.

Nada más importante en estos momentos que el hecho de que al fin hemos logrado encontrarnos.

Me embarga una sensación de calma absoluta y mi mente se queda en blanco. Me siento perdida en las profundidades de sus ojos azul-grisáceo.

Me doy cuenta, vagamente y como si mi mente estuviera llena de melaza, de que el cabello que descansa contra mi hombro es el mío, y me sorprende que sea blanco. Un blanco cegador.

Mi cabello siempre ha sido castaño oscuro.

Pero al parecer han cambiado muchas cosas en mi vida mientras mi animal interior decidía rebelarse contra mí por primera vez desde que nací.

—Hola, Compañera. —Su voz es ronca y grave y muy familiar.

Siento como si la hubiera escuchado durante toda mi vida y, al mismo tiempo, como si acabase de descubrirla y fuese el sonido más hermoso que he oído jamás.

Sé que mi mente está llena de pensamientos propios de una Cambiante que ha encontrado al fin a su Predestinado, pero ello no evita que sienta que cada uno de esos pensamientos que surgen al mirarle y lo consideran el ser más hermoso y noble del universo sean reales para mí.

Porque lo son.

Es como si estuviera mirando a los ojos de alguien que es al mismo tiempo familiar y nuevo para mí.

Como si hubiera conocido a este hombre durante toda mi existencia, no solo en esta vida sino desde los inicios del mismo tiempo, y como si hasta este momento, durante toda mi vida como

Jane Antelope, no hubiese estado completa.

Como si mi alma lo hubiese estado buscando desesperadamente y por fin ese anhelo sin nombre que vivía dentro de mí se hubiese acallado.

He escuchado decir de boca de muchos Cambiantes, incluidos mis padres, que encontrar a tu Predestinado y mirar a sus ojos y sentir su alma contra la tuya es lo mismo que darse cuenta de que las Almas Gemelas existen realmente en el universo.

Y ahora sé que es cierto.

A este hombre y a mí nos une el Destino.

—Hola, Predestinado. —Le susurro, y lo veo sonreír y pienso que es la sonrisa más bonita del universo.

Me siento como si estuviese llena de ridículas nubes rosas de algodón.

No soy muy dada a los romances épicos y los pensamientos ñoños (mi hermana Trina se lleva ese trofeo), pero en estos momentos me siento capaz de escribir ridícula y probablemente horriblemente mala poesía sobre la belleza del amor y del Destino y todas esas cosas que mi hermana ama tanto.

Su olor a Lobo no me molesta como lo habría hecho si él no fuese *mío*.

Las especies de herbívoros y depredadores Cambiantes no solemos llevarnos mal, pero tampoco nos llevamos bien, y siempre existe esa tensión subyacente que proviene de que los herbívoros creemos que los depredadores, por norma general, son arrogantes, marimandones y solitarios, y de que ellos piensen de nosotros que somos cabeza huecas impulsivos y presumidos, a pesar de que los estereotipos solo son eso: estereotipos.

Y nada más.

El cansancio hace mella en mí una vez estoy relajada, y me acurruco contra él y cierro los ojos una vez más sin poder evitarlo.

Siento como si hubiese escalado el Everest en un solo segundo y luego hubiese rodado cuesta abajo clavándome todas las rocas del camino en cada centímetro de mí.

No es una sensación agradable.

Pero todavía tengo la imperiosa necesidad de saber su nombre.

Y de oírlo decir el mío.

—Jane. —Le susurro mientras el sueño se me lleva, y me escucho emitir un sonido de simple placer nacido del confort cuando su mano aparta con cariño un mechón de pelo de mi rostro y lo coloca tras mi oreja.

—Sorren. —Responde él con la voz cargada de emoción, rota y ronca.

Mi Compañero está llorando.

Es un llanto silencioso y hay una sonrisa en sus labios y una expresión de maravilla e incredulidad en su mirada cuando entrebrio los ojos para mirarlo, como si no lograra creerse que este momento

es real.

Entiendo ese sentimiento.

Me ocurre lo mismo a mí.

—Sorren. —Susurro para sentir las sílabas de su nombre en mi lengua, y a él se le detiene el aliento unos segundos y su corazón late pesado y audible a mis sentidos Cambiantes.

Su alma roza la mía unos instantes, y el último pensamiento que tengo antes de que el agotamiento se me lleve es que no puedo esperar para sentir su espíritu enredado en el mío como Compañeros. A pesar de que no sé mucho de este hombre, de este Lobo, mi corazón me dice que estamos hechos el uno para el otro.

Que es noble y bondadoso y honorable y leal y muchas otras cosas que yo ya sé de él.

Porque mi alma lo reconoce. Lo conoce desde hace mucho, mucho tiempo.

Y lo ha estado esperando toda una vida.

—Jane. —Le escucho decir con la voz entrecortada, y siento mis propias lágrimas descender por mi rostro y sus dedos limpiarlas con gestos delicados y sus labios rozar mi frente.

Aquí, en estos momentos, estoy a salvo entre sus brazos.

Me hundo en el sueño sintiendo una paz que no había sentido antes en esta vida y sé que, cuando abra los ojos, él estará aquí esperándome.



Sorren

Mi Predestinada vuelve a estar dormida, pero esta vez no hay agonía en su rostro.

Ello me alivia.

Todavía puedo escuchar su voz resonando en mis oídos y en mi corazón como un suave murmullo. Escucharla decir mi nombre ha sido uno de los momentos más intensos y a la vez más devastadores de mi vida. Nunca me había sentido tan frágil y tan expuesto como en ese instante.

Como Lobo, no estoy acostumbrado a sentirme tan frágil. Como si mi corazón y mi alma hubieran estado esperando con desesperado anhelo su presencia y el sonido de su voz.

Se siente como si fuese familiar para mí.

Como un recuerdo lejano perdido en la memoria del tiempo, y deduzco que esto debe ser lo que los Emparejados que hablan de ello llaman Almas Gemelas.

He escuchado la leyenda que habla de las reencarnaciones y de las vidas y del hilo del Destino que une a dos almas que se enamoraron en los inicios del tiempo, pero siempre ha sido para mí eso: solo leyendas, a pesar de que mi hermano me comentó una vez que él creía en ellas después de haber encontrado a su Hera.

Pero ahora sé que son reales.

No puede ser de otra forma.

Conozco a esta mujer, en cuerpo y alma, y al mismo tiempo no la conozco porque hay en ella un aura a la vez de familiaridad y de novedad desconocida.

Como dos almas enamoradas que han pasado mucho, mucho tiempo, sin encontrarse de nuevo, y el camino hasta llegar a este instante hubiese sido largo y nos hubiese cambiado a ambos en el proceso.

Como volver a casa, había oído decir a mi hermano una vez.

Ahora le creo. Ahora lo siento.

Ahora sé por qué me he pasado la vida buscando algo, anhelando y sintiendo nostalgia, a lo que no podía darle otro nombre que Pareja Predestinada.

Ahora soy consciente de que esas palabras tienen más peso del que yo sospechaba.

Aparto los mechones rebeldes de cabello que caen sobre su rostro y bebo de la imagen de sus facciones por fin en paz desde que Cambió de vuelta a humana hace dos días.

Mi Compañera es hermosa. Y sé que todo Cambiante piensa eso de su Predestinada, pero para mí es diferente.

Su belleza va más allá de un rostro hermoso. De sus labios gruesos y rosados, sus cejas oscuras y rectas o la delicadeza de su pequeña barbilla obstinada y la magia hipnotizadora de sus ojos avellana.

Proviene de su alma, que siento acurrucarse tímidamente contra la mía como su cuerpo lo está en estos momentos.

No estamos unidos, no todavía (y tengo la esperanza de que ella desee Emparejarse conmigo), pero aun así puedo sentir su espíritu, pálido como la nieve y como su cabello y lleno de calidez y de obstinación y de muchas otras cosas más que estoy deseando conocer, tocar el mío como lo haría alguien que conoce y reclama el lugar que le corresponde junto a mi alma.

Encaja contra mi propio espíritu como dos mitades perfectas la una para la otra.

Dejo salir el aliento de mis pulmones lentamente en grandes bocanadas de aire hasta que mi mente puede pensar con más claridad.

Necesitamos provisiones, así que necesitaré acercarme a la extraña cabaña-almacén que encontré vagando por el límite del territorio de Keo y su gente hace unos años.

Creo que solo me quedan un par de latas de alcachofas o alubias guardadas en el baúl que cogí hace tiempo de la cabaña. Y algo de ropa masculina y, en un impulso sentimental y lleno de esperanza, hace años que también cogí una muda de ropa femenina, aunque siendo como es ella tan pequeña en tamaño, posiblemente le quedará grande.

Pero será mejor que ir desnudos, en caso de que a ella la avergüence su desnudez.

A mí no. Yo ya me he acostumbrado a estar desnudo en mi forma humana, que solo utilizo para entrar y salir de la cueva y para encontrarme con mi Compañera en la orilla del lago.

Pensar en todos esos años perdidos por mi estupidez de insistir en encontrarme con ella en forma humana me escuece, así que procuro apartar ese pensamiento oscuro de mi mente. Si hay algo que el tiempo y el arrepentimiento me han enseñado, es que los «y si» y el obsesionarse con los errores del pasado no trae nada bueno, ni a largo ni a corto plazo.

Es mejor dejar el pasado atrás y centrarse en el futuro.

Y eso es lo que hago ahora.

Mi mente se llena de planes y posibilidades.

Imagino que ella querrá volver a la ciudad, y que debe de tener familia esperándola (o que se ha dado por vencida y han celebrado un funeral sin cuerpo como hacen muchos), y necesitaremos hacer el trayecto de vuelta lo mejor aprovisionados posible.

No tengo muchas cosas, y la mayoría de ellas las compartí con Nina y Caidan cuando estuvieron aquí (pensé en ofrecerle la ropa de mujer a Nina, pero algo en mi corazón que se sentía similar a darse por vencido, por muy sentimental que fuese ese pensamiento, me cerró los labios y dejé que se fueran sin mudas de ropa a pesar de mi culpabilidad), así que la primera parada debe ser una de esas cabañas de la frontera.

Se me pasa por la cabeza que debí de haber advertido a mi sobrino y su Compañera de la existencia de los almacenes, pero en aquél momento, perdido como estaba con la mente llena de posibilidades e ideas de cómo Recuperar a mi propia Predestinada de la Feralidad, sinceramente no se me ocurrió.

Ahora es una de las cosas de las que me arrepiento, y mando una plegaria a los Espíritus para que los guíen hasta uno de los refugios, porque sé que atravesar la tundra es duro, y Green Valley está a unas semanas de camino a paso tan rápido como el terreno lo permita.

Pienso en salir a cazar pero lo descarto.

No solo no quiero alejarme de ella ahora que por fin está junto a mí y me mira como si por primera vez fuese capaz de verme, sino que además no sé si ella come carne o no.

Muchos Cambiantes herbívoros no lo hacen, optando por llevar dietas vegetarianas o una mezcla entre vegetarianas con productos lácteos propios de las granjas de la zona.

Así que, por ahora, la carne está descartada.

De todas maneras en esta época del año no hay mucha caza, y se hace mucho más difícil sobrevivir en la tundra.

Lo que me lleva a nuestro segundo problema: los animales salvajes y los Ferales. Especialmente los Ferales de tipo depredador que hay por la zona, de los que yo conozco o he visto de vez en cuando a unos cuantos.

Soy el único Lobo aquí desde que anciano Lobo que me encontré hace tanto tiempo falleció (gracias a los bosques y a todos los ancestros por esa bendición. No soportaría pensar que hay otro miembro de mi familia Perdido aquí como lo estuvo Caidan, sufriendo un destino similar a este), pero hay otros Cambiantes peligrosos sueltos por la zona: una Pantera hembra bastante agresiva que me he encontrado en un par de ocasiones; un Oso negro macho del escaso Clan Black con el que me he ignorado mutuamente durante nuestros encuentros ocasionales y que suele pescar cerca del río que atraviesa el bosque por el sur, que necesitaremos atravesar para llegar a Green Valley; dos Lince nada amigables, ambos machos y relacionados si el hecho de que siempre estén juntos y tengan olores similares es pista suficiente; y, en una ocasión, un Coyote hembra y un par de Zorros de la Nieve machos que atravesaban juntos el bosque y de los que mantuve alejado para no buscarme problemas.

Y yo, a pesar de ser grande e imponente y de tener experiencia en combate antes y después de volverme Feral, no soy una enorme Osa Alfa como lo es Nina, cuyo olor y mera presencia harían que muchos desistieran de intentar atacarla.

Hay muchos de esos Cambiantes que no dudarían en atacarnos a mí y a mi Compañera.

Y eso sin tener en cuenta a otros depredadores o a los Cambiantes de herbívoros u omnívoros que también andan sueltos entre nosotros y la ciudad y que pueden ponerse territoriales o nerviosos.

La situación en la que estamos no es ideal, pero pensaré en algo. Mi Compañera me necesita.

Y me necesita centrado y seguro de qué acciones tomar y qué caminos recorrer. Yo también he estado en el estado en el que se encuentra ella ahora mismo (pensar en lo que debe de estar sufriendo me llena de impotencia y dolor), y sé lo importante que es tener a alguien a tu lado que sea tu apoyo incondicional.

O, al menos, sé lo que es desearlo con tanta desesperación que sientes que te estás volviendo loco de soledad.

Los Cambiantes no estamos hechos para estar solos.

Incluso la Pantera de vez en cuando se acerca a socializar conmigo e insiste en seguirme mientras cazo a pesar de lo arisca que es.

Me levanto de la cama a regañadientes.

Estoy lleno de energía a pesar de que mi máximo deseo en estos momentos es tenderme al lado de mi Jane y no levantarme hasta que sea obligatorio hacerlo.

Pero debo empezar a preparar las cosas. Ella necesitará comer, y pronto, porque no creo que esta vez tarde en despertarse.

La cueva en la que estamos ya estaba tallada en la roca cuando yo la encontré, vacía y abandonada pero todavía con algunas viejas pieles y restos de un fuego en su interior, y para mí siempre ha sido un misterio quién o por qué la construyó.

En mis días más solitarios, cuando sentía que necesitaba llenar la mente de algo, entretenerme con algo o morir de soledad, estrés, y aburrimiento, me pregunté muchas cosas al respecto y exploré cada rincón de este pequeño lugar. E incluso busqué restos, indicaciones o huellas o lo que fuera, de su antiguo dueño.

Pero no hallé nada.

Ahora debo abandonar este lugar que ha sido mi cobijo y mi salvación más de una vez perdido aquí arriba y que encontré de casualidad buscando refugio de una tormenta de nieve tras haber Cambiado a humano apenas un día atrás, y apoyo mi frente contra la fría pero resistente y acogedora roca y doy gracias a las fuerzas del universo que me guiaron hasta ella en silencio.

He aprendido a ser agradecido de las pequeñas y grandes bendiciones de la vida, especialmente las que te permiten sobrevivir o mantener la cordura un día más, y esta es una de ellas.

Saco las cosas que vamos a necesitar del baúl que hay a los pies de la estantería tallada en la roca.

Ropa, una manta, una linterna de repuesto, botas de montaña que, al mirar los pies de mi Compañera, me doy cuenta de que a ella le vendrán un poco grandes, y mis dos últimas latas de comida.

Enciendo el fuego y, mientras lo hago, sé que esta será la última vez que lo haga.

No sé cómo ello me hace sentir.

He pasado tanto tiempo encerrado en este lugar sin ver una salida que, ahora que se ha abierto una

puerta y por fin puedo marcharme de este territorio infernal, apenas soy capaz de creerlo.

Durante años, no me he permitido soñar con una cama caliente y limpia o una comida decente, pero ahora lo hago. Y lo hago con ganas.

El cazo tiene todavía nieve derretida en su interior, y me avergüenza no poder ofrecer nada mejor a mi Compañera, que merece el mundo en una bandeja de oro, pero es lo único que tengo, así que espero que por ahora sea suficiente.

Me imagino cocinando para ella en la cocina de mi vieja cabaña en el territorio de la manada, la que construí con la esperanza de encontrar a mi Compañera un día con ayuda de mi hermano.

Mi pizza de cuatro quesos era la favorita de la familia, y Liam y Ewan siempre discutían por la última porción.

Pensar en ellos trae una sonrisa de nostalgia a mis labios. Deben ser tan mayores ya. Y Liam tiene hasta una hija, me contó Caidan.

Apenas reconocí a Caidan en su forma humana cuando Nina y yo lo llevamos a mi cueva.

Estaba tan mayor. Tan adulto. Tan cambiado.

Quizá ella quiera vivir en la cabaña, aunque las habitaciones que construí para futuros cachorros me temo que van a estar vacías dado que las uniones entre Cambiantes diferentes especies son estériles.

O tal vez desee vivir en otro lugar, estar más cerca de su familia. O en el interior de la ciudad.

Mientras pueda estar con ella, a mí me parecerá todo bien. Siempre puedo visitar a mis sobrinos y sus familias cuando me apetezca.

Estoy seguro de que no les importará no tenerme a su disposición las veinticuatro horas del día como solían hacer cuando eran más jóvenes. Ahora ellos también se han hecho mayores, y la mayoría tienen sus propias Predestinadas a su lado. Lo entenderán.

Mi Compañera se mueve en el lecho y suspira y yo desvío la vista del cazo cuyo interior estoy removiendo con el palo que uso siempre para cocinar y sonrío.

Me siento esperanzado como no lo he estado en años.

Si Nero estuviera aquí.... me detengo antes de completar ese pensamiento.

He de aprender a decir adiós a mi hermano y a mi cuñada, por mucho que los eche de menos. Ellos ya estarán viviendo su siguiente vida.

Y yo rezo de nuevo a los Espíritus y esta vez les pido que los ayuden a encontrarse el uno al otro una vez más.

Y que no tarden. No quiero que sus vidas sean tan solitarias como la mía.

—¿Sorren?

La voz de mi Jane está adormilada todavía.

—Estoy aquí. —Le respondo en un suave murmullo que la hace enfocar la vista en mí y sonreír y que acelera mi corazón al verla.

—¿Qué es ese olor? —Pregunta incorporándose del lecho con un bostezo.

—Alubias y alcachofas.

Ella arruga la nariz y yo agacho la cabeza porque me siento avergonzado de no poder ofrecerle nada más. De no haber pensado en coger más provisiones la última vez que estuve en la cabaña-almacén. Pero nunca esperé encontrarme a la compañera de Caidan buscando a mi sobrino Feral por la tundra.

—Oh. —Dice ella mordiéndose los labios. A mí se me pega la lengua al paladar y noto la boca seca y mi sangre removerse caliente en mis venas con interés al ver el gesto. —No, no, Sorren. Entiendo que no debe de haber mucho para elegir en... bueno, estemos donde estemos. —Finaliza diciendo haciendo un gesto vago con una de sus delgadas manos para señalar a su alrededor.

—Hay una cabaña a unos días de aquí. —Le digo. —De camino a Green Valley. Allí podremos encontrar provisiones.

Ella asiente y ahoga otro bostezo tras su mano.

—Gracias. —Me dice. —Por todo.

Y yo pienso que no hay nada que agradecer. Soy su Compañero, y es mi deber y mi lugar proveer para ella con lo mejor de mis habilidades.

Aunque en este momento mis habilidades se limiten a remover una lata de alubias y otra de alcachofas en un poco de nieve derretida con un palo en un viejo cazo que ha visto días mejores. Pero sé que se refiere al hecho de que haya logrado recuperar su humanidad.

—Fuiste tú quién volvió por fin en sí. Yo fallé en lograrlo durante años.

Sé que no debería de haber dicho algo así en cuanto veo su rostro palidecer y me maldigo. Mis habilidades sociales no están en su mejor momento.

Ni yo tampoco.

—¿Años? —Pregunta con una voz débil, como si hubiese sospechado la respuesta pero la temiese tanto que no se hubiese atrevido a preguntar y confirmarlo.

—No sé cuánto tiempo exactamente. —Le digo con lentitud escogiendo cada palabra con cuidado.

—Pero, según mi sobrino, yo llevo aquí más de ocho años.

La cifra la hace palidecer todavía más y yo me maldigo de nuevo y retiro el cazo del fuego para que la comida no se queme y lo dejo sobre el suelo para acercarme a ella.

Mi Jane parece a punto de echarse a llorar de nuevo.

—Jane. —Le digo sentándome junto a ella sobre las pieles. —Jane, mírame.

Ella eleva su mirada brillante con lágrimas no derramadas y la fija en mí y yo trago saliva porque no sé qué hacer para consolarla mejor y me siento como un inútil.

No sé cómo decirle que la encontré, según mis cálculos con los datos que me dio Caidan cuando hablamos antes de que se marchara con su Compañera, hace casi siete años en la orilla del lago.

Que llevamos aquí Perdidos más tiempo del que deberíamos.

Casi una década en mi lugar, y ni siquiera sé cuánto tiempo lleva ella como Feral. Si llegó poco después que yo o ya estaba aquí cuando yo lo hice y la encontré de casualidad.

—Ocho años. —Repite ella una y otra vez, con cara de pánico. —He perdido ocho años de mi vida, Sorren. Ocho. Y apenas puedo recordar nada excepto vagas imágenes de mí caminando sobre la nieve y de otros Cambiantes herbívoros a mi alrededor cuya imagen me resulta familiar por algún motivo.

La abrazo lo mejor que puedo considerando que ella está todavía bajo las pieles y yo sobre ellas. Ambos estamos desnudos pero, a pesar de que su Celo, aunque reducido, todavía persiste en el aire y en nuestros cuerpos, no se me cruza por la cabeza el sexo.

Ahora lo importante es que ella esté bien.

Necesito consolarla de alguna manera. Necesito que la información que acabo de soltarle de golpe como un imbécil no la derrumbe con su magnitud.

Perder casi una década de tu vida es algo muy grave. Algo muy grande.

Y espero que ambos, poco a poco, podamos recuperarnos de ello y dejar el pasado atrás.

Que podamos sanar.

Ella esconde su cara en mi pecho y deja salir sus lágrimas y yo hundo mi rostro en su blanco cabello y murmuro todas las cosas que he querido decirle desde hace tanto tiempo que apenas puedo recordarlas todas.

Lo mucho que la he anhelado. Lo mucho que la admiro. Lo fuerte que es. Lo bella que es, en sus dos formas. Retazos de mis poesías favoritas de memoria. De mis canciones favoritas.

Todo lo que se me cruza por la cabeza para que el silencio no la consuma. Para que pueda escuchar mi voz y sepa que estoy junto a ella en lo bueno y en lo malo.

Que no la abandonaré jamás a su suerte y que puede contar conmigo para lo que necesite.

Por y para siempre.



Jane

Me aferro a Sorren una vez más como si él fuese un flotador en un océano en medio de una tormenta y yo me estuviese ahogando.

No puedo creer que haya perdido ocho años. Ocho.

Y no se me escapa que ha dicho cuánto tiempo lleva él aquí, perdido y solo (me duele el corazón tanto al pensar en ello que me agarro a él con más fuerza. Mi pobre Compañero), pero no cuánto llevo yo.

Podría ser menos o más. Pero sospecho que es más.

No hay espejos en esta cueva, pero mis manos ya no son las de una mujer de veintinueve años. Aunque están cubiertas de una capa de suciedad que me hace querer frotarlas hasta ver la piel roja y sensible pero limpia, me recuerdan al verlas a las manos de mi madre. A las de mi abuela cuando yo era niña y que tuvo a mi madre a los veinti-pocos.

Calculo que debo de tener unos cincuenta años. Quizá algunos menos debido a que imagino que ser Feral no es precisamente saludable para nuestros cuerpos y que debe de envejecernos con mayor rapidez.

Ello situaría los años que he estado aquí, Perdida en mi Feralidad, en unos veinte.

La cifra me hace querer vomitar.

Veinte años.

Veinte.

Espero no tener razón.

Espero haberme equivocado y que mis cálculos no sean correctos, pero no sé cuánto tiempo real llevo aquí, donde quiera que sea ese aquí.

Una vez más, estoy hiperventilando. Y, una vez más, mi Predestinado me sostiene entre sus brazos y me consuela ofreciéndome su apoyo y su fuerza.

Llevo ocho años aquí. Como mínimo.

Se me pasa por la cabeza preguntarle dónde es aquí y qué hace él fuera de Green Valley y en una cueva viviendo de esta forma si está claro que no es Feral, pero tengo miedo de la respuesta.

Las cosas que murmura en mi oído mientras me derrumbo otra vez son una pista que me deja con el corazón en la boca incrédula del nivel de lealtad y amor que este hombre es capaz de tener.

Que mi Compañero, mi Alma Gemela, destina a mí, y solo a mí.

Sé en mi alma que él siempre, vida tras vida si es que las leyendas sobre las reencarnaciones son ciertas, ha sido así: leal, honorable, y lleno de un amor que no conoce fronteras.

Pero el grado de lealtad, de esperanza y fuerza de voluntad y tantas otras cosas, que él debe de haber tenido para haberse quedado aquí, tras mis huellas, durante años, es asombrosa e inverosímil y no sé cómo me siento al respecto.

Culpable, asombrada, agradecida, avergonzada, enamorada, sobrecogida,.... tantas y tantas emociones que se agitan en mi interior que no sé cuál escoger.

El amor de este hombre es tan fuerte que ni siquiera ocho años de soledad pueden apagarlo.

Y yo soy el centro de ese amor sin límites. De esa lealtad.

Y siento que no la merezco.

Lo susurro contra su clavícula y él me acalla con palabras de afecto y retazos de poesía y la total certeza de que yo merezco eso y más y a mí me late el corazón como si estuviera en mitad de un vendaval y, al mismo tiempo, me siento llena de tales ganas por aferrarlo y no dejarlo ir jamás que la intensidad de mis propias emociones me sobrecoge.

Cuando logro calmarme, respiro contra él y cierro los ojos intentando encontrar su olor natural una vez más bajo todos esos olores a bosque y a otras cosas menos agradables en los que ambos estamos cubiertos y, cuando lo encuentro, lo aspiro de nuevo en mis pulmones.

Quiero que él forme parte de mí. Para siempre.

Quiero que su esencia se entremezcle con la mía y ser una con él. Lo quiero tanto que duele.

Pero ahora no es el momento. Mi mente, mi alma, y mi cuerpo lo saben bien. Incluso mi Cielo se ha reducido a meras brasas, esperando el momento en el que resurgir como una llamarada que nos consuma a ambos.

Algo dentro de mí me dice que primero vamos a tener que encontrar un lugar seguro que no sea esta cueva oscura y húmeda. Y comida. Y una ducha. Y agua potable.

Y muchas otras cosas que son básicas para una vida decente y de las que ambos, pero especialmente él en su forma humana (ya que yo en la animal puedo alimentarme de muchas más opciones), hemos carecido durante *años*.

La palabra *años*, el concepto, no se me quita de la cabeza y no lo hará durante mucho tiempo.

Los Cambiantes vivimos por norma general muchos, muchos años, algunos llegando incluso a los ciento cincuenta, pero aun así perder una década, o dos, son demasiado tiempo.

Demasiado.

Nos separamos a regañadientes cuando mi estómago ruge de hambre.

Estoy más delgada de lo que debería. Siempre he tenido los huesos finos y el cuerpo pequeño, y apenas alcanzo el metro sesenta de altura, pero aun así mi cuerpo parece tan frágil que siento hasta dolor en el estómago del hambre.

Me pregunto cómo he sobrevivido todo este tiempo como Feral y me viene a la cabeza la imagen

de una Bisonte Alfa, de un Reno y de un par de Ciervos y de un Zorro de las Nieves que viene y va a su antojo, y pienso en ellos instantáneamente como *manada* sin proponérmelo.

Sorren se acerca al cazo que hay sobre el fuego y pone comida en una lata vacía.

—Ten. Perdona que no sea mucho. En cuanto salgamos de aquí procuraré buscar más comida. — Tiene cara de sentirse tan culpable que me siento yo culpable por haber protestado antes sin pensar.

—Esto está bien, gracias. —Cojo la comida que él me ofrece.

Las condiciones en las que estamos no son de lo más higiénicas, pero es comprensible dado que sospecho que estamos en mitad de la nada, y que debería sentirme agradecida por tener un lugar en el que cobijarme y comida caliente en el estómago aunque no sea nada apetecible.

Me acabo la comida poco a poco a pesar del hambre que tengo, y veo que mi Predestinado no se ha servido nada para él justo cuando él está rellenando mi lata vacía.

—¿Tú no comes? —Las palabras, ahora que mi mente está cooperando y funcionando con cierta coherencia, vienen a mí con mayor facilidad a la hora de hablar de lo que lo habían hecho cuando he despertado en mi forma humana por primera vez no sé cuánto tiempo atrás. Quizá horas. Quizá días.

Aquí perdidos es difícil saberlo.

—Estoy bien. —Me sonrío él, generoso y apestando a mentira. —He comido hace unas horas.

Yo niego con la cabeza, tan cabezota o más que él. No pienso comerme toda la comida yo sola, ya que además sospecho que es lo único que tenemos para comer hasta que llegemos a ese lugar, esa cabaña de la que él ha hablado antes.

—Come. —Le digo señalándole la lata rellena que él está intentando tenderme, y por primera vez lo veo fruncir el ceño en desacuerdo.

Parece ser que estamos teniendo nuestra primera discusión como futuros Emparejados.

El pensamiento es tan banal que me hace reír.

Sorren relaja su lenguaje corporal y me sonrío, seguramente preguntándose qué es lo que encuentro tan gracioso de esta situación.

Eso, o se cree que estoy loca de atar.

O quizá las dos opciones son ciertas.

Noto de manera consciente por primera vez que ambos estamos completamente desnudos cuando mis ojos se desvían a sus genitales, y me siento ruborizar como una colegiala.

Ya no me acuerdo de la última vez que vi a un macho desnudo, pero sí de que había sido en una película no apta para menores de esas que mi hermana Odette escondía debajo de su cama para que mis padres no las encontraran cuando éramos adolescentes.

Nunca he tenido mucho interés en el sexo, prefiriendo centrarme en otras cosas en la vida y esperar a encontrar a mi Compañero como hizo mi padre antes de adentrarme en ese terreno,

tradicional como siempre he sido (o aburrida si le preguntabas a mi hermana Trina) pero ahora, de súbito, mi mente se llena de *mucho* interés.

Carraspeo y aparto la mirada de ahí cuando veo que él se ha fijado en dónde están mis ojos y se ha ruborizado.

Me muerdo los labios para contener una sonrisa.

Un Lobo que se ruboriza.

Qué... curiosamente adorable.

A pesar de su aspecto masculino mezcla de leñador y donjuán de cine, algo me dice que mi Compañero tiene un corazón suave y tímido debajo de esa fachada de macho endurecido.

No puedo evitar notar que está bien dotado y recuerdo las palabras de mi hermana Trina, adicta a las novelas de romance de Cambiantes y Almas Gemelas entre muchas otras cosas, diciéndome que, según todas las autoras de romance erótico del mundo, los Cambiantes de tipo depredador estaban todos muy bien dotados y eran guapísimos a no ser que fuesen el malo del libro, en cuyo caso solían ser feos y tenerla pequeña.

Al menos en ese primer aspecto mi hermana tenía razón.

Sorren se aclara la garganta y vuelve a ofrecer la lata llena de comida caliente y poco apetecible, y yo niego con la cabeza hasta que veo su expresión entristecida de cachorro apaleado y me arrepiento.

Es común entre todos los Cambiantes el querer ver a su Predestinado y a sus seres queridos bien alimentados, pero entre nosotros eso es algo que va en ambos sentidos. Y no pienso ceder.

Yo puedo aguantar sin comer un día más o encontrar verdura o hierba comestibles si hay un bosque cerca, y por mis vagos recuerdos como Feral sospecho que lo hay, pero él necesitaría cazar para hacer eso y es ya difícil hacerlo de por sí como para añadirle a ello el instinto de no querer alejarnos el uno del otro ahora que estamos juntos.

—No puedo comer más. —Le digo intentando razonar con él, sabiendo que insistir en que se lo coma él va a resultar en vano. —Mi estómago no lo aceptaría.

Veo en sus ojos que está considerando mis palabras e imagino que cree que comer esa cosa después de haber Cambiado a humana no me está sentando muy bien, y a pesar de que me hace sentir culpable rechazar la comida que él ha preparado para mí y que seguramente es lo único que tiene, no lo corrijo.

Lo cierto es que tengo un hambre de Toro, pero mejor que ambos tengamos algo en el estómago si vamos a hacer ese viaje del que él ha hablado a que solo uno esté en condiciones.

Sorren aprieta los dientes pero asiente de manera comprensiva, al parecer habiendo deducido que mi estómago está sensible tras tantas emociones, y, cuando veo que va a guardar la comida en el cazo de nuevo en vez de comérsela él, seguramente pensando en ofrecérmela más adelante, dejo salir una protesta audible que lo hace girarse hacia a mí con sorpresa.

—No. —Le digo con obstinación señalando sus acciones con una mano. —Come, Sorren. Te necesito todo lo fuerte que puedas estar.

Sé que decirle eso, apelando a su orgullo y a la necesidad inherente de los Cambiantes y, en especial, de los depredadores, de proteger, es quizá un golpe bajo, pero quiero que coma, maldita sea.

Quiero que tenga el estómago lleno aunque sea de este horrible mejunje que atenta contra el buen nombre de los cocineros de todo el mundo.

Sorren vuelve a apretar la mandíbula pero, para mi alivio, obedece, y se come la comida de la lata a regañadientes, bebiéndose el horrible caldo y masticando los trozos de alcachofa en vinagre y de alubias.

Cuando acaba, nos quedamos en silencio.

Ninguno de los dos estamos lo suficientemente cansados como para dormirnos otra vez, pero empezar el viaje se me hace una tarea titánica.

Semanas de viaje, ha dicho.

A saber a cuánta distancia estamos de casa.

Con un suspiro, me levanto quitándome las pieles y mantas de encima y las vuelvo a dejar sobre el colchón, feliz de estar fuera de ese nido de gérmenes por ahora y de volver a estar en pie sin marearme.

—Tengo ropa. —Me dice mi Compañero tras sacudir la cabeza y ruborizarse después de haber pasado un par de segundos con la vista fija en mi desnudez.

Señala el cofre que hay a los pies de las estanterías de roca y pongo rumbo hacia allí sintiéndome aliviada de que mi cuerpo responda como debe y mis músculos no estén atrofiados.

No estoy tan malnutrida como me temía. Solo un poco más delgada de lo que debería. Así que debo de haber estado alimentándome de manera decente como Feral, cosa que al menos es algo positivo en lo que pensar.

Saco del cofre los bultos de ropa mientras mi Predestinado apaga los últimos restos de fuego en el agujero en la roca que hace las veces de chimenea y cocina y lo llena de tierra para apagar las brasas.

Tengo la sensación de que no vamos a pasar mucho tiempo aquí y, aunque el futuro y el trayecto me asustan un poco, me alivia poder salir de este lugar.

Y no puedo imaginarme cuánto lo aliviará a él, si mi deducción de que ha estado viviendo aquí mucho, mucho tiempo, es correcta.

Este lugar se siente claustrofóbico.

Nunca me han gustado los espacios pequeños o incluso las habitaciones sin ventana. No los soporto, y me está costando horrores no salir de aquí cuanto antes.

Pero antes necesito echarle un vistazo a esa ropa.

Separo las prendas en dos montones. Dos pares de botas, unas más grandes y unas más pequeñas que aun así me van a venir un poco grandes (pero nada que un par de gruesos calcetines no arreglen). Medias de una tela resistente y calentita. Calcetines. Camisetas interiores, suéteres y un par de enormes chaquetas oscuras de una tela pesada y resistente.

No hay ropa interior, pero me las apañaré. Ahora mismo en no llevar bragas o sujetador es la menor de mis preocupaciones.

—¿Cuándo nos ponemos en marcha?

—Cuando te sientas en forma, hace poco que ha amanecido. Si quieres, podemos quedarnos aquí unos días más hasta que estés recuperada. —Su voz es menos ronca y más coherente, me doy cuenta, como si él también se estuviese acostumbrando a hablar de nuevo.

Yo le sonrío y noto con gozo que él me devuelve la sonrisa.

—No quiero quedarme aquí más de lo necesario. Deberíamos partir hacia la ciudad cuanto antes.

Él asiente, al mismo tiempo preocupado y aliviado, imagino que de poder volver a casa, y a mí me entran ganas de abrazarlo con fuerza y no dejarlo ir.

Este hombre alto y fuerte y valiente y leal, me doy cuenta, también necesita que lo protejan.

Principalmente de él mismo y de su lealtad y auto-sacrificio por otros. Concretamente por mí.

Mi Lobo se sacude las manos de tierra y se levanta, cargando el resto de la leña que todavía se puede usar hasta la pila que hay en la pared opuesta a la chimenea, y echa un último vistazo a su alrededor como si se estuviera despidiendo del lugar antes de acercarse a mí y a la pila de ropa amontonada en el suelo.

—Deberíamos hacer la primera mitad del trayecto en forma animal. —Me dice.

Y yo no sé cómo sentirme al respecto.

Por una parte, mi yo animal siempre ha sido parte de mí. Una parte natural y necesaria.

Por otra, estoy aterrorizada de perder el control de mi Antílope de nuevo y no poder volver a ser yo nunca más.

Los milagros como este no se repiten.

Él debe de darse cuenta de qué es lo que se me cruza por la cabeza, porque se acerca a mí hasta que solo nos separan unos milímetros y entonces acuna mi rostro entre sus dos anchas manos con una reverencia en la mirada que me hace respirar de manera pesada por las emociones que me causa.

—Compañera. Jane. —Me dice con calma. —Confía en mí. No perderás el control esta vez. Ni nunca más. Todo está bien. Yo estoy aquí, contigo.

Lo miro a los ojos y sé que dice la verdad y que confío en él más de lo que jamás he confiado en nadie, incluyendo mi familia, y el miedo retrocede hacia el fondo de mi mente una vez más.

—Vale. —Le digo respirando con dificultad. —Vale. Lo intentaré.

Él besa mi frente y yo cierro los ojos ante el contacto.

Se siente tan bien el estar entre sus brazos que una parte de mí se derrite cuando me toca.

Mi Lobo coge una manta fina del fondo del baúl y la parte en dos con facilidad, yo miro hipnotizada sus bíceps mientras trabaja en atar los montones de ropa y los dos pares de botas y linternas en el interior de las mochilas improvisadas.

Y entonces duda mirando un viejo montón de trapos que parece un peluche infantil bastante destrozado y lo mete también en uno de los bultos.

Imagino que querrá que los carguemos en nuestra forma animal hasta que dé el visto bueno para adoptar forma humana.

Nuestras formas animales son más resistentes al frío y a las temperaturas extremas en general, y también más ágiles, más fuertes, y más invulnerables tanto a condiciones desfavorables como el hambre como a las heridas o trayectos duros.

No me cuesta mucho deducir que este va a ser uno de esos trayectos duros.

Él me besa la mejilla cuando acaba su trabajo, como si no pudiera resistirse, y carga los dos bultos en sus anchos hombros antes de señalar la salida.

—Yo saldré primero por si acaso.

Yo me tenso. Sé que en ese «por si acaso» viene implícito el «hay peligro» y también sé que él es un Lobo y, por lo tanto, mucho más construido para la lucha y la defensa de lo que lo estoy yo, cuya mayor habilidad es mi agilidad y rapidez a la hora de huir de una posible pelea, pero el que esté tan dispuesto a ponerse en peligro por mí no me hace nada de gracia.

En absoluto.

Pero no protesto. Sé que solo nos llevaría a una discusión en la que, en esta ocasión, yo tengo las de perder precisamente porque no estoy hecha para peleas contra otros Ferales aunque en mis días de locura adolescente me metiera en unas cuantas en mi forma humana contra otros humanos en algún que otro bar cuando rescataba a mi hermana Tamara de uno de sus desfases con demasiado alcohol de por medio, y además las ganase.

Esto no es lo mismo.

No se trata de unos cuantos humanos borrachos con las manos demasiado largas.

Los Cambiantes podemos ser dulces y suaves y generalmente, pero no siempre, buena gente, pero los Ferales son conocidos por ser violentos y territoriales e impredecibles.

Él tiene más posibilidades que yo de ganar.

Aun así, no me reconforta se ponga en peligro. Ni me gusta.

Hace que un nudo de miedo y nervios se asiente en mi estómago.

No quiero que salga herido o sufra.

—No tardes. —Le digo cuando lo veo agacharse a la entrada de la cueva. —O saldré sin esperar.

Él me sonríe con calma asentando mis nervios antes de inclinarse hacia delante para pasar por la entrada y lanzar las bolsas hacia fuera, dándome una maravillosa vista de su culo en el proceso.

—Apaga la linterna al salir. —Me dice antes de girarse de nuevo hacia la salida, y yo asiento de manera ausente a sus espaldas.

Es un culo muy bonito.

Con glúteos muy bien formados a pesar de su delgadez. De esos con suficiente músculo y forma en los que daría gusto apoyar las palmas.

Casi suelto un gemido de vergüenza cuando lo pienso.

Mi cerebro siempre ha estado lleno de idiotez, pero este no es el momento de ponerse a mirar el culo de mi Compañero por muy atractivo que este sea.

Ya habrá tiempo para eso más adelante.

Él se gira una última vez, sin duda preguntándose a qué viene mi vergüenza, y yo me ruborizo todavía más cuando veo sus genitales a través de la abertura de sus piernas antes de que él desaparezca fuera de la cueva y casi me golpeo la cara con la mano de pura exasperación.

De toda la normalidad que quisiera recuperar en mi vida, mis pensamientos intrusivos no son una de ellas.

Espero a que me haga una señal.

La cueva se me hace oscura, tenebrosa, y horrenda ahora que él no está aquí para ocuparla con su presencia.

Me pongo nerviosa cuando los segundos pasan.

No me gusta estar aquí dentro. No me gusta estar a solas. Y no me gusta el que tenga que apagar la única luz de este sombrío lugar antes de irme.

Las sombras parecen demasiado largas y amenazadoras.

Nunca me ha gustado la oscuridad.

Suelto el aire de mis pulmones del alivio que siento cuando escucho un silbido bajo venir del otro lado de la pared de roca y me apresuro a apagar la linterna a pesar de que mis miedos me gritan que no lo haga y a arrastrarme por la salida llena de pequeñas piedras cortantes, y me entretengo mientras siento las toneladas de roca que hay sobre mí sobre el estrecho pasaje pensando en cómo habrá mi Compañero logrado colarme en esta cueva con lo difícil que es entrar y salir, porque si no pienso en algo voy a entrar en pánico.

Debe de haberle costado horrores.

Soy pequeña, pero no tanto.

Cuando por fin siento el aire limpio en la cara y la tenue luz del sol me golpea los ojos, casi sollozo de alivio.

Odio tanto la oscuridad y los espacios cerrados que estos segundos han sido un infierno.

Mi Compañero me ayuda a levantarme y yo me aferro a él con manos temblorosas por el estrés y el frío.

Ahora sé por qué no podemos hacer el viaje en nuestras formas humanas. Incluso con las ropas,

podríamos acabar muy mal de la hipotermia.

Hace un frío terrible en este lugar.

Miro a mi alrededor.

Roca y nieve y más roca y nieve y lo que parece un camino con más roca escarpada montaña abajo.

No es precisamente un escenario acogedor.

—Voy a Cambiar a Lobo. —Me dice mi Sorren. —Y entonces quiero que ates los bultos de ropa a mi espalda. ¿Podrás hacerlo, mi Jane?

Asiento con los dientes castañeteándome.

—Uno tú y uno yo. —Le digo con firmeza.

Él abre la boca para discutir pero, justo cuando las primeras sílabas de su protesta suenan sobre el aullido constante del viento, un bramido furioso e indignado resuena en el aire.

Nos giramos al mismo tiempo y mi Compañero se interpone rápidamente entre el peligro y yo, pero no antes de que pueda ver a una enorme Alfa Bisonte acompañada de un macho Reno a los pies del camino por el que se supone que debemos descender la montaña.

Cuando ella me mira, hay un brillo de reconocimiento en sus ojos.

Sabe quién soy y me ha estado buscando.

Y yo sé quién es ella.

Mi nueva Alfa.

Y el día acaba de dar un giro inesperado de nuevo.



Sorren

Las cosas no pintan bien.

La Alfa de Bisonte está enfurecida, y creo que puedo entender por qué.

Las manadas, sin importar si sus miembros están relacionados consanguíneamente o no, se protegen siempre unos a otros para bien o para mal.

Y los Alfas son especialmente sobreprotectores y hasta posesivos con sus miembros.

Y ahora esta Alfa, que antes me ha visto con uno de los miembros de su manada, ha descubierto que su amiga Antílope ha desaparecido.

Y ha seguido el rastro hasta nosotros.

Para su mente consumida por su lado animal, el hecho de que haya una mujer con el aroma y la presencia espiritual de su protegida Antílope debe ser muy confuso.

Los Ferales no razonan bien, y ciertamente no espero que de pronto la Bisonte se dé cuenta de que la mujer y la Antílope son la misma persona y lo deje correr.

Para ella, que no es capaz de pensar como lo haría un Cambiante normal, solo existe una opción ante la confusión o la preocupación: la ira.

Y nosotros somos el motivo de esa ira.

Nosotros, que olemos a una Antílope que ella puede sentir pero cuya presencia y forma no se corresponden a lo que está habituada a ver.

Lo único que la mantiene a raya ahora mismo es el hecho de que el pase de montaña es demasiado empinado y estrecho para alguien de su inmenso tamaño y peso.

De otro modo, no dudo de que nos habría investido y de que ahora mismo estaríamos envueltos en una lucha, quizá a muerte.

La Bisonte brama de nuevo con frustración y rabia y su compañero, que a pesar de que aparece siempre pegado a sus talones no es su Predestinado, resopla nerviosamente y se hace a un lado para darle más espacio.

El Reno es más ágil y tiene mayor facilidad para escalar las rocas del paso, pero por suerte no parece muy dispuesto a meterse en una pelea, a diferencia de su Alfa.

Aunque no dudo de que podría con él, siendo como soy un Lobo, tampoco quiero causar problemas a la manada de mi Compañera, que seguramente la ha mantenido a salvo todos estos años.

No adopto forma de Lobo porque sé que para la Alfa eso solo sería una provocación y, a mi lado, mi Compañera emite un sonido de estrés que me lo hace difícil y que incrementa mi necesidad de protegerla y hundir mis colmillos y garras en la amenaza.

Está preocupada por nosotros, pero también por la Alfa.

No hace falta que ponga en palabras que, para ella, estos Cambiantes son y serán siempre parte de su familia no-oficial.

Las manadas crean vínculos muy fuertes, y el hecho de que hubiesen sido todos Ferales posiblemente hace que esos vínculos, que a veces suponen la vida o la muerte en el juego la supervivencia y la soledad, sean incluso más relevantes.

—¡Tranquila! —Exclama mi Jane angustiada. —No pasa nada, soy yo. Aún soy yo. ¿No lo ves?

Ella, como yo, entiende por qué la Alfa está tan alterada y furiosa con nosotros.

Seguramente, en su mente Perdida, ha concluido que si la Antílope no está y mi Compañera (y yo, después de haber estado piel con piel con ella) huele a ella, es que nosotros la hemos hecho desaparecer.

Los Ferales tienen una mente muy simple.

La Bisonte parece reaccionar a la voz de mi Compañera, y ello me causa sorpresa y me hace tener la esperanza de que quizá salgamos de esta sin una lucha mortal.

Pero, cuando Jane da un paso camino abajo para acercarse a la Alfa, no puedo evitar cogerla del brazo y situarme entre a ella y la amenaza una vez más.

Es instintivo. Es inherente a mi naturaleza.

Necesito que ella esté a salvo.

La Alfa sacude la cabeza con enfado y resopla de nuevo golpeando la roca con sus pezuñas.

Está atrapada, veo ahora que tengo un nuevo ángulo.

No puede subir, pero tampoco puede darse la vuelta.

Así que eso la está poniendo aún más nerviosa conforme va entendiendo que está en una situación de desventaja.

—Podemos cruzar el pase si nos apegamos a la pared y el Reno no nos ataca. —Le digo a Jane señalando un saledizo que hay a un lado de la entrada de la cueva y que desciende como un camino improvisado ladera abajo, a unos buenos dos metros de distancia de donde la Bisonte está atrapada sin poder apenas moverse, pero ella niega con la cabeza, angustiada.

—No podemos dejarla así. —Me dice aferrando mi mano con fuerza. —No puedo irme y dejarla así, Sorren.

Me mira alzando la cabeza con súplica en los ojos, y yo suspiro porque sé que, aunque preferiría coger la salida fácil y dejar a la Bisonte atrás a su suerte, no puedo ignorar la petición de mi Compañera.

Es una situación complicada.

La Bisonte está a nuestra izquierda, por el camino más ancho, varada en un hueco que hay entre una gran roca cubierta de nieve resbaladiza por la que debe de haber logrado descender de alguna manera, y la pendiente sobre la cual estamos nosotros, imposible de escalar para ella sin la flexibilidad y agilidad necesarias.

Desnudos, con los dos bultos de ropa a nuestros pies, y tiritando de frío cada vez más a pesar de que nuestra sangre de Cambiante nos protege bien de las temperaturas de la montaña, nos miramos pensando en qué hacer.

El Reno ha escalado una roca fácilmente y lo observa todo desde las alturas, bramando preocupado mientras mira el fútil intento de su Alfa por girar su enorme tamaño y volver a escalar la roca que ha logrado bajar de milagro.

Abandonarla posiblemente supondría su muerte.

Si el agotamiento no la mata, lo hará algún depredador o quizá un hueso roto de alguna pata que le impida moverse si continúa insistiendo en intentar escalar ese lado de la montaña para bajar de nuevo al bosque.

Habilidad Cambiante para sanar o no, este clima es peligroso para todos y las tormentas de nieve son repentinas y mortales. Y una pata rota no le permitiría buscar cobijo, dejándola a merced del clima y de los depredadores.

Suspiro y me paso las manos por la cara.

Acercarnos a ella en este estado es peligroso. Podríamos llevarnos una cornada o acabar aplastados entre ella y la roca.

—Sorren... —Cojo la mano de mi Compañera cuando ella, que no deja de mirar a la Alfa con angustia, intenta acercarse a la Bisonte con intención de ayudar, y la detengo para que no se ponga en peligro.

—Espera. Creo que podemos hacer algo por ella. —Mi mente va descartando ideas conforme pienso en ellas.

Convertirme en Lobo no es una opción. Probablemente se pondría todavía más nerviosa al ver a un depredador, y meterme en el hueco en forma de uve en el que está atrapada es estúpido y suicida.

Así que tendré que volver a la cueva, buscar la vieja cuerda que sé que vi una vez debajo del colchón, atarla de alguna manera a la cabeza de la Alfa, y tirar de ella para ayudarla a escalar la roca y bajar la montaña.

Y todo ello con la esperanza de que, una vez ella esté libre, en el caso de que lo logre, no decida atacarme cuando huela el Lobo que hay en mí.

Pongo una mano sobre el hombro de Jane y le explico la situación.

Ella no va a querer irse de aquí mientras la Bisonte esté en peligro, y yo no puedo dejarla a ella atrás aunque fuese capaz de dar la espalda a la Alfa, cosa que prefiero no tener que hacer.

Nadie se merece morir de esa forma. Y el hecho de que sepa que se trata de una persona atrapada en ese cuerpo, y no de un animal (que también me causaría compasión), no hace las cosas más fácil para mi conciencia.

La cuerda es, pues.

Jane asiente y me promete que se quedará junto a la entrada de la cueva vigilando las bolsas y que no se moverá para intentar ayudar a la Bisonte por su cuenta y yo la abrazo en un impulso brevemente antes de entrar de nuevo en mi viejo refugio.

No me hace falta encender la linterna una vez me he arrastrado hasta el interior; sé dónde está cada cosa después de tanto tiempo.

Encuentro la cuerda bajo el raído colchón, tal y como esperaba, y la enrolló sobre mi hombro antes de salir.

Y lo que veo al salir me deja helado de miedo durante unos segundos.

El Reno está junto a Jane. Y ella tiene la mano sobre su cabeza y está intentando tranquilizarlo.

Maldigo en silencio, demasiado asustado de hacer un ruido que lo sobresalte y que ataque a mi Compañera presa del miedo.

—Jane... —Susurro, y ambos se giran hacia mí.

Jane me sonrío sin preocupaciones, como si no tuviera los cuernos del Feral a escasos centímetros de su rostro, y con la mano acariciando el pelaje de su cuello como si estuviera saludando a un viejo amigo.

El alivio de ver que él no la mira como lo hace el Bisonte, sino que parece reconocerla y aceptarla como amiga, casi hace que me tiemblen las piernas.

Debí de haber pensado en la posibilidad de que el Reno se acercarse a mi Jane mientras yo, el Lobo, desaparecía en el interior de la montaña. Seguramente se había estado manteniendo alejado por mi causa.

—Está bien, Sorren. Él es un amigo. ¿A que sí? —Pregunta lo último girándose hacia el Reno, y él resopla suavemente en su mano con afabilidad.

Yo suelto el aire que se había detenido en mis pulmones y ordeno a mi corazón dejar de latir frenético en mi pecho.

Por unos instantes, he creído que ella estaba en peligro. Por mi estúpida culpa, además.

Tan centrado estaba en conseguir la cuerda y pensar en un plan que no he tenido en cuenta que el Reno, aunque su tamaño sea considerable, no es ni de lejos tan grande y tan poco ágil como la Bisonte y por ende no tiene tantos problemas a la hora de subir y bajar la montaña a su antojo.

La Bisonte brama de angustia de nuevo, elevándose sobre sus patas traseras para mirarnos con súplica en los ojos por encima de la roca, y yo me reajusto la cuerda en el hombro y me giro hacia Jane.

Parte de mí desconfía del Reno, pero otra parte de mí, mi lado más animal que humano, sabe que

si él no la ha atacado es porque la ha reconocido y la considera parte de su manada todavía, así que no la agredirá sin provocación.

—Quedaos aquí, voy a intentar atar la cuerda en la cabeza de la Alfa y a tirar de ella montaña abajo, a ver si puedo ayudarla a salir del hueco.

—Podemos ayudar. —Se apresura a decir mi Jane, y el Reno mueve la cabeza y parece estar de acuerdo con sus palabras.

Yo dudo.

La tarea sería más fácil con su ayuda, pero gran parte de mí no quiere a Jane cerca de la Alfa nerviosa y rabiosa, y especialmente cerca de sus cuernos.

Jane endurece el rostro, tozuda y decidida.

—Vamos a ayudarte. Solo dinos qué tenemos que hacer.

Yo la miro a los ojos y sé que no voy a ganar esta discusión.

Para parte de ella, la Bisonte todavía es su Alfa, y no va a poder quedarse a un lado y mirar.

Lo comprendo, pero ello no hace más fácil que mi instinto por protegerla agache la cabeza unos segundos para que ella dé un paso al frente del peligro.

—Muy bien. —Le digo sabiendo que no voy a ganar y que, aunque pudiera obligarla a quedarse atrás, no lo haría nunca.—Pero quédate cerca del Reno y no te metas entre ella y la pared.

Los Cambiantes somos muchas cosas, pero el ser capaces de anular la voluntad de otra persona, y en especial si esa persona es nuestra Predestinada, no suele ser una de ellas.

Así que tendré que hacer las cosas con ella en mente y rezarle a los Espíritus para que mi decisión no nos cueste la vida a ambos o, peor, a ella.

Jane asiente y el Reno la empuja suavemente con el morro para pedir más caricias, al parecer contento con nuestra decisión de ayudar a su Alfa.

Los Ferales son más animales que otra cosa, pero algunos pueden llegar a entender conceptos básicos y sospecho que el Reno es uno de ellos.

Al menos comprende que vamos a intentar ayudar a la Alfa y que Jane es amiga y no enemiga, y eso ya es algo.

Más de lo que se les puede pedir habitualmente.

Saco la ropa de los bultos y le indico a Jane que será mejor que nos vistamos, porque hacer esto desnudos es tontería si podemos tener los pies, aunque sea, protegidos de la roca cortante en la que vamos a tener que meternos y que yo tenía planeado evitar.

Una vez vestido, me muevo por la roca con los pies enfundados en las botas de gruesa suela con la facilidad que dan los años de haber conocido esta montaña piedra por piedra a pesar de que volver a llevar ropa encima se me hace extraño al principio.

Llevo tantos años viviendo o desnudo o en forma de Lobo que me había olvidado de cómo se sentía contra mi piel.

La Bisonte brama al verme, pero al menos es un bramido de súplica y no de ira.

Procuro no mirarla a los ojos directamente, porque eso para algunos Ferales es sinónimo de un reto, y alargo la mano lentamente mientras ella se está quieta, estresada y asustada y sin saber hacia qué lado moverse, inclinándome sobre la roca hasta que logro apoyar la palma en su frente.

Me quedo quieto unos minutos sin apartar la mirada de ella y sin moverme, hasta que la respiración de la Alfa se calma poco a poco ahora que ya no se siente sola y abandonada y atrapada.

Mi olor a Lobo no parece hacerle mucha gracia, pero al menos no le disgusta lo suficiente como para decidir que soy enemigo una vez más.

—Se ha calmado. —Escucho a Jane susurrar a mis espaldas, y la Alfa desvía sus ojos hasta ella y suelta un suave bramido llena de tristeza. —Soy yo, boba. ¿Es que no lo ves? —Le pregunta a la Alfa, que la mira sin entender unos segundos antes de girarse hacia mí y empujarme la mano con el morro exigiendo que la ayude.

—Quédate quieta mientras te pongo la cuerda. Y mantén esos cuernos alejados de mí. —Le digo a la Alfa sabiendo que no va a entenderme pero intentándolo de todas formas.

El Reno se acerca hasta estar a mi lado e inclina la cabeza hacia abajo, y resopla y brama con suavidad, al parecer manteniendo una conversación con la Bisonte que logra relajarla todavía más.

Al menos ella ya no tiene los ojos enrojecidos por el pánico.

Con la ayuda de la calma que parece inspirar en ella su amigo Reno, ato la cuerda alrededor del grueso y fuerte cuello y del pecho delantero de la Bisonte, para lo que tengo que situarme peligrosamente cerca de ella y descender por la resbaladiza roca más de lo que me hubiera gustado.

La pendiente de la piedra es empinada y escabrosa, pero lo bastante ancha como para que ella pueda subir si tiene impulso suficiente.

Subo de nuevo hasta estar en el borde superior de la gran piedra y ofrezco un extremo de la cuerda a Jane, que tiene la mano en el cuello del Reno mientras ambos me observan en un nervioso silencio.

—Creo que será mejor que ates tú la cuerda alrededor del pecho de nuestro nuevo amigo si queremos que nos ayude a tirar de ella. No creo que le agrade que un Lobo se le acerque tanto.

No quiero que él se ponga nervioso de nuevo, y a ella parece aceptarla, así que es mejor que lo haga ella.

Jane asiente y toma el extremo de la cuerda en sus manos, hablando dulcemente con el Reno para calmarlo mientras ata la cuerda alrededor de su pecho como si fuera un arnés, pero él está tan tranquilo que ni siquiera hace falta esforzarse en calmarlo.

Una vez está hecho, mi Compañera palmea a su amigo en el pecho y lo alaba por «hacer un gran

trabajo» con la voz que algunos usarían con un cachorro y yo sonrío porque la imagen es graciosa pero también curiosamente adorable.

Mi Jane es afectuosa y empática y cabezota y yo quiero besarla, pero este no es el momento ni el lugar para eso.

—Vamos a tirar de ella todos juntos hasta subirla. —Indico cogiendo el trozo de cuerda más cercano a la Bisonte con las manos.

En caso de que decida investir, no quiero que Jane esté tan cerca de sus cuernos.

La mera idea de que salga herida me hace estremecer de pavor.

—Muy bien. —Dice Jane poniéndose entre el Reno y yo con rostro firme y decidido. —Un, dos, ¡tres!

Tiramos de la cuerda a la cuenta de tres y la Bisonte empuja con sus patas traseras hasta que por fin logra subir a la roca y empieza a andar hacia arriba lentamente.

—Cuidado con los pies. —Le digo a Jane mientras seguimos tirando de ella.

No quiero que se resbale y se golpee al tener que caminar hacia atrás.

Es un trabajo difícil.

La Bisonte no es precisamente un peso ligero. Pero por suerte, con ayuda del Reno y la fuerza de las musculosas patas de ella, logramos que, por un milagro, no se resbale de nuevo roca abajo llevándonos con ella al agujero en el que se había metido.

Cuando por fin logramos que ella esté parada en un terreno mucho más estable y a salvo de volver a caer, todos soltamos un suspiro de alivio.

Me tenso y suelto la cuerda, agarrando a Jane de la cintura sin movimientos bruscos y apartándola a un lado del camino. Ella me mira con confusión cuando la hago subir a una saliente en la que no cabemos los dos pero que está lo bastante alta como para que la Alfa no logre llegar a ella si decide atacar.

—¿Sorren?

—Solo por si acaso. No me fío de que no decida que somos enemigos de nuevo ahora que está libre de obstáculos.

Jane me sonrío con afecto cuando comprende que la estoy intentando poner a salvo.

—Está bien, mi Compañero. No creo que ella nos ataque. —Me dice, pero yo no me fío nada.

No tengo su confianza en ellos.

El Reno, todavía con un extremo de la cuerda atado a modo de arnés sobre el pecho, nos observa con curiosidad y se acerca segundos después a su Alfa, poniendo su morro sobre el agitado de ella a modo de saludo afectuoso.

La Bisonte se está calmando poco a poco tras el esfuerzo y el estrés que ha superado, pero ya nos mira fijamente con sus ojos negros como el carbón.

Yo me tenso. Si tengo que transformarme en Lobo, este no es un buen lugar para ello.

Apenas hay espacio en el camino improvisado e inclinado que baja por la montaña y solo supondría ponerme entre ella y el saliente en el que está mi Compañera como un escudo hecho de carne y huesos, cosa que haré si es necesario.

Como Cambiantes, tenemos mucha resistencia a las heridas y podemos recuperarnos de cosas que para otros serían mortales, pero no somos inmunes a la muerte.

La suerte es que el espacio es tan estrecho que ella no podría coger impulso para cargar contra nosotros. Y que como Lobo y como hombre soy más ágil y esbelto que la Alfa.

Mi mente se vuelve a llenar de cálculos y posibilidades.

Si Cambio a Lobo, podría llevar a Jane sobre mi espalda montaña abajo como si fuese un caballo. Pero ello también podría suponer que la Bisonte y el Reno se pusieran nerviosos y atacaran sin más, así que no sé si me daría tiempo a conseguir escaquearnos.

Quizá pueda usar la cuerda a nuestro favor...

—Oh, para ya. Puedo oír los engranajes de tu mente moverse, Predestinado. —Me dice Jane con risa en la voz y yo parpadeo y la miro unos segundos antes de desviar mi mirada de nuevo hacia el potencial peligro. —No pasa nada, ¿ves? No van a atacarnos. —Mi amada se gira hacia sus antiguos compañeros de manada y vuelve a hablar: —¿A que no?

Ellos la miran y, para mi sorpresa, la Alfa mueve la cabeza como si estuviera asintiendo, cosa que es imposible porque los Ferales no entienden de palabras ni conceptos complejos.

Parpadeo para despejar la mente pero no se trata de una alucinación.

—Creo que me entienden. —Dice Jane frunciendo el ceño, pero tiene una mirada de alegría en los ojos.

Ella también los reconoce a ellos.

—Reconocen mi voz. —Susurra apoyando una mano en mi hombro para equilibrarse al bajar de un salto del saliente.

Yo sigo sin estar convencido, pero dado que ya no hay un aura violenta alrededor de la Bisonte y ésta parece haberse serenado, prefiero no provocarla.

Me preocupa más Jane.

Mi Predestinada se acerca al Reno y a mí se me para el corazón cuando la Alfa mueve las patas y resopla en su dirección. Pero no es un movimiento amenazador, tan solo uno de saludo.

Mi Lobo no está tan tenso como lo estaría si ella fuera una amenaza para la salud de mi Compañera, y ello me ayuda a calmarme poco a poco.

—Así que no vas a atacarnos... —Le digo a la Alfa tentativamente.

Ella se gira hacia mí y me mira con sus ojos oscuros sin parpadear. Y luego se gira de nuevo y sacude la cabeza como si estuviera intentando librarse de la cuerda, su interés en mí repentinamente perdido.

Al parecer ha decidido que no somos una amenaza y, por la forma en la que mira a mi Jane,

también que ella es el Antílope que estaba buscando a pesar de su nueva forma.

O eso espero.

No quiero más problemas.

—Venga, Sorren. —Mi nombre en sus labios siempre me acelerará el corazón aunque lo diga durante una eternidad. —Ayúdame a quitarles la cuerda y pongámonos de camino, esa cabaña de la que hablas no va a venir hasta nosotros. —Dice poniendo las manos en la cintura con una expresión de determinación en el rostro.

—....Muy bien. —Le respondo ojeando a la Bisonte por el rabillo del ojo solo por si acaso.

Sigue estando en calma.

Sigo las órdenes de mi Compañera, y me alegra el hecho de que parece estar mucho más contenta que cuando se despertó en la cueva habiendo retomado su forma y mente humanas.

Verla canturrear mientras desata la cuerda del Reno y darle palmaditas de afecto al Feral me llena de calidez.

Y de unos pocos celos.

Pero principalmente de calidez y alivio de que parezca estar mucho mejor.

Quizá el estar rodeada de varios de los antiguos miembros de su manada tenga un efecto positivo en ella.

La Bisonte me mira con calma pero con desconfianza cuando me acerco, pero yo no estoy dispuesto a que Jane se le acerque demasiado, y sé que ella no dudará dos veces antes de caminar hacia su antigua Alfa y quitarle la cuerda ella misma tras acabar de hablar y acariciar al Reno, así que camino lentamente hacia ella para adelantarme y evitar que lo haga.

La Alfa entorna levemente los ojos, pero se queda quieta mientras retiro la cuerda de su pecho y cuello y me permite moverme a su alrededor sin alterarse.

Es una buena señal.

No se me ocurre palmearla y decirle lo bonita que es y lo mucho que me alegro de verla como Jane ha hecho con el Reno ni loco.

Con la cuerda en las manos, me alejo de ella caminando hacia atrás y procurando no parecer una amenaza, y ella se relaja una vez más una vez estoy a una distancia considerable.

—¿Nos vamos? —Pregunta Jane con una sonrisa.

Me mira a mí y sus ojos se iluminan y yo sonrío como un tonto porque es tan hermosa que no puedo evitarlo.

Y luego mira a los Ferales y, de repente, sé que planea llevárselos consigo a la cabaña.

Que, de hecho, da por sentado que ellos vendrán con nosotros.

Abro la boca para protestar y la cierro de nuevo sin saber qué decir cuando veo que ellos se ponen en marcha montaña abajo siguiendo sus indicaciones.

Y a ella se la ve tan... contenta.

Tan en su hábitat, diciéndoles a los Ferales a dónde vamos y por qué y hablando sin parar con una sonrisa como si esto fuese un viaje escolar, ella la guía y ellos sus alumnos... y no quiero joderlo todo diciéndole que no es buena idea llevarse a unos Ferales de vuelta a Green Valley.

Si es que ellos deciden continuar el viaje con nosotros, eso es.

Pero, mientras la miro, y cuando la veo sonreírme de nuevo como si fuera su héroe y estuviese feliz de haber rescatado a la Alfa y de poder hablar con los Ferales (y tengo la sospecha de que ella genuinamente cree que ellos la entienden), pienso que tal vez el mundo es el que debería cambiar para adaptarse a ella, y no al revés.

Que, si ella quiere hacer un viaje de vuelta a la ciudad con un par de Ferales a su lado, entonces eso es lo que vamos a hacer aunque no se haya hecho jamás hasta ahora. Que yo sepa.

La Alfa se gira y me mira con los ojos entrecerrados de nuevo. No le gusta tener a un Lobo a sus espaldas, al parecer, así que camino hasta Jane y me pongo a su lado. Justo detrás del Reno, que me saluda con un resoplido amigable.

Tengo la extraña sospecha de que le gusto.

—Nos vamos a casa. —Escucho decir a mi Compañera con emoción y determinación. —*Todos.*

Lo último lo dice como una promesa y mira con decisión a nuestros dos nuevos amigos, como si estuviese pensando en que ellos van a venir con nosotros les guste o no.

Jane coge mi mano y la besa, y ambos caminamos lado a lado por la ladera.

Después de años de soledad y aburrimiento, la vida definitivamente se acaba de volver mucho más interesante.



Jane

Saben quién soy. Y yo sé, aunque no conozca sus nombres y formas humanas, quiénes son ellos. Son familia, a pesar de que no estamos relacionados por la sangre. Son seguridad, protección, compañerismo, y muchas cosas que han mantenido los restos de mi cordura y mi vida a salvo durante todos estos años. Y no puedo dejarlos atrás. Aquí, en este lugar inhóspito y cruel, sabiendo que puede que no sobrevivan un invierno más a pesar de lo fuerte que es la Alfa Bisonte y de que nos ha salvado la vida a todos más de una vez. Pero también sé que tampoco puedo dejar al resto atrás. Los dos Ciervos. Y el Zorro que de vez en cuando se acurrucaba contra mí en la madriguera buscando calor y protección. Y, si pudiera, todos y cada uno de los Ferales de este lugar. Nadie merece un destino así. Es horrible. Ojalá pudiera llevármelos a todos a casa. Sé que no es posible pero, si logro que la Alfa y el Reno me sigan, también sé que es muy probable que al menos los dos Ciervos sigan sus pasos. Es lo que hacen las manadas: permanecer juntos. Y estos Ferales, estas personas, son mi manada. Son parte de mi familia. Tanto como lo son mis padres o hermanas. Pero no sé cómo decirle a Sorren que quiero buscar e intentar convencer a los Ciervos y al Zorro de que vengan con nosotros. Mi Lobo ya está tenso por la potencial amenaza que supone la Alfa. Él no comprende como lo hago yo que ella y yo estamos conectadas tanto como el Reno y yo o los Ciervos y yo, y que no era su intención hacerme daño. Que ha escalado la montaña con la esperanza de encontrarme y salvarme. Puedo recordar todas las veces que la Bisonte salvó mi vida o yo la suya. La primera vez que la vi, iba ya acompañada de su inseparable amigo Reno, y yo había estado atrapada entre las fauces de un gato montés y un acantilado. Ella venció al gato y lo hizo huir. Me salvó y me aceptó como parte de su manada. Parte de los Ferales a los que ella guiaba y protegía.

Si no hubiese sido por eso, yo habría muerto.

Poco a poco los recuerdos de mi tiempo como Feral vuelven a mí. Algunos son vagos y confusos. Años que transcurren como una bruma. Y otros con claros y cristalinos como el agua.

Ellos son familia. Son Clan. Son manada.

Y la familia no se abandona. No se deja atrás para afrontar un destino terrible y solitario hasta su muerte.

No soy capaz de hacerlo.

Llegamos a los pies de la montaña tras varias horas de caminata.

Sorren y yo vamos cogidos de la mano, y mi Lobo emite feromonas de felicidad (cosa que me hace sonreír y me enternece por lo fácil que es hacerlo feliz), pero también de preocupación.

No ha protestado por mi idea de llevarnos a los dos Ferales con nosotros de vuelta a la ciudad aunque sé que quiere hacerlo.

El viaje no es fácil y lo será menos si vamos con un par de Ferales impredecibles.

Y todavía más si logramos convencer a los Ciervos y al Zorro de las Nieves como tengo pensado hacer.

Hacemos un parón cuando llegamos al bosque que crece a los pies de la alta montaña y nos sentamos a descansar sobre una roca mientras observamos al Reno y a la Bisonte excavar la nieve buscando hierba fresca y resoplarse el uno al otro como si estuvieran manteniendo una conversación (y, por mis recuerdos, sé que lo están haciendo. Y además soy capaz de entender los conceptos que se comunican entre ellos, ya que los Ferales no se comunican con palabras sino con ideas, pero esa es una información que todavía tengo que procesar porque me sorprende hasta a mí y sé que no es una habilidad común).

Me aclaro la garganta pero, antes de que pueda hablar, mi Predestinado se me adelanta.

—Quieres que vayamos a buscar a los Ciervos, ¿verdad? —Me pregunta, a la vez divertido y resignado a su destino.

Yo me ruborizo y me pregunto si soy tan fácil de predecir o es que nuestro vínculo de Predestinados hace que a él le sea más sencillo.

—Sí. —Le confirmo, y le escucho soltar un gruñido resignado.

—Lo imaginaba. —Suspira.

Apoyo la cabeza en su hombro y él besa mi pelo.

La Bisonte nos mira con curiosidad y yo le devuelvo la mirada con una sonrisa y meneo la mano a modo de saludo, a lo que ella resopla y pone los ojos en blanco.

—¿Alguna pista de dónde pueden estar? —Me pregunta mi Sorren. —¿Y de si van a intentar atacarnos de nuevo?

Le miro alzando la cabeza de su hombro, pero tengo la mente llena de tantas cosas que lo que más pica mi curiosidad en ese momento no es lo que él quiere saber.

—¿Cómo lograste meterme en la cueva? —Pregunto porque me lo he planteado más de una vez. Recuerdo que el Ciervo lo embistió y luego huyó y que él estaba herido.

—Con mucho esfuerzo y muchas maldiciones. Te cargué en brazos hasta arriba y luego te envolví en una de las mantas para que tu piel no se cortara con el suelo de la entrada y te arrastré dentro. Difícil, pero no imposible.

Asiento, asombrada por su perseverancia y su lealtad.

Ahora que hemos bajado la montaña, sé que él debe de estar aligerando lo mucho que le costó subirme hasta allí arriba estando herido.

No debió ser tan fácil como lo pinta.

Le miro las costillas. La piel está amarillenta pero no parece que la herida haya persistido o que le duela nada, y ello me alivia.

Debería de haberme acordado antes de ello. Me siento culpable por no haberle preguntado cómo estaba y haberme centrado solo en mi dolor.

Él lleva más años que yo como humano en este lugar, así que debe de haber sido más difícil para él sobrevivir aquí de lo que lo ha sido para mí, porque como Feral tus emociones complejas apenas existen.

Al menos hasta que un día resurgen y te matan como sucede a veces, como si todavía hubiera en nosotros una conciencia humana enterrada debajo de la animal que eventualmente nos llevase a desear la muerte.

Lo he visto antes. No es esperanzador o algo de desee recordar o de lo que hablar.

—Así que, ¿no sabes dónde están?

Le miro de nuevo cuando habla. Su voz me hipnotiza pero no es momento para fijarse en la belleza de la forma y el sonido y el todo de este macho Cambiante.

Recuerdo que me ha preguntado si sabía dónde estaban los Ciervos y que mi curiosidad, como sucede muchas veces, me ha hecho desviarme del tema.

—Supongo que cerca de la madriguera o, si tenemos suerte, se acercarán a la Alfa por sí mismos como suelen hacer.

Está en nuestro instinto seguir a nuestros Alfas cuando se trata de una manada tan unida como la nuestra.

O como la que era mía.

Mi cabeza es un nido de confusión.

Por un lado, esta es mi manada. Por el otro, mi manada está en Green Valley.

Y ambas son importantes para mí.

Mi familia siempre ha sido mi manada a pesar de que no tenemos Alfas ya que mis padres y hermanas son Cambiantes normales, como yo, y para considerarse como tal se necesita al menos un Alfa.

De otro modo solo eres familia y nada más, sin ninguna repercusión legal a la hora de solicitar cosas como ayudas económicas del Estado, que se conceden a manadas regidas por Alfas, que las reparten entre sus miembros. O sin tener representación familiar en los Consejos de Gobierno Cambiantes que existen alrededor del mundo.

Mis abuelos lo eran pero de eso hace mucho tiempo.

Habíamos estado planeando buscar a algún Alfa Antílope en Green Valley que nos aceptara en su Clan, de hecho, ya que con el apoyo de un Clan es más fácil sobrevivir y vivir cómodamente. Pero entonces me perdí. Y no sé si mi familia lo habrá logrado o habrá desistido del plan.

—¿Crees que funcionará? —Pregunto en un momento de vulnerabilidad, porque aunque esté decidida a intentarlo no sé si los Ferales accederán a seguirnos o no.

Como Feral, nuestro primer instinto es alejarnos de aquellos que no lo son.

Es parte de lo que me llevó a huir de mi propio Compañero todos estos años. Ahora lo sé.

Porque él se convirtió en Cambiante de nuevo y yo seguía siendo Feral y los Ferales tenemos la necesidad visceral de poner distancia con ellos.

Eso, y que me confundía y me asustaba su forma humana. Mucho más que el hecho de que oliese a Lobo.

Él besa mi sien y yo sonrío de manera automática y siento mi cuerpo y mi mente relajarse.

Es curioso cómo un simple gesto de afecto puede afectarme tanto cuando proviene de él. Y a él los míos.

—Lo intentaremos. —Me promete.

Y ello debe bastarme, pero siento que no es suficiente.

Nunca me ha gustado perder, mucho menos cuando algo tan importante como la vida de alguien está en juego.

Antes de Perderme como Feral, solía trabajar en el refugio de animales de Green Valley como veterinaria. Y, antes de eso, en el de Hillson, el pueblo en el que vivíamos en Florida.

Siempre he sentido la necesidad de cuidar de los demás o, en mi caso, también de los animales.

No se me da bien dar a alguien por perdido.

No lo hice con todos los perros abandonados sin importar lo salvajes o desconfiados que se hubiesen vuelto, ni con los gatos ancianos dejados a su suerte sin adoptar ni los conejos heridos ni nada de lo que cayera en mis manos.

Ni siquiera cuando mi familia y yo lo perdimos todo en Florida y tuvimos que mudarnos a la vieja propiedad de los abuelos aquí en Green Valley, que mis padres habían intentado vender sin éxito desde que ellos murieron y que nos vino de perlas cuando no sabíamos a dónde ir tras el desastre.

No suelo darme por vencida, y esta vez no va a ser la primera vez que lo haga.

Los llevaré a todos de vuelta a sus familias y hogares y encontraré la manera de hacer que vuelvan en sí.

Y no aceptaré un no por respuesta.

—Aunque creo que ya lo sabes. —Sorren me mira con una sonrisa afectuosa en los labios y yo me derrito.

Me alegra que mi cabezonería no lo espante, como mis hermanas solían decirme que algún día pasaría cuando encontrara a mi Compañero.

De hecho, parece encontrarla agradable.

Beso su mandíbula, y me interrumpo cuando iba a besar sus labios por primera vez porque la Bisonte brama una advertencia.

Ambos nos giramos hacia donde ella señala y vemos que algo se acerca por entre los árboles.

Mi Lobo se tensa, pero yo sé que no se trata de una amenaza, porque tanto el Reno como la Bisonte no parecen asustados y porque mi propio instinto me dice que se acercan amigos.

Los Ciervos salen del bosque y se detienen cuando nos ven a Sorren y a mí.

El macho agita la cabeza, alterado, pero la hembra lo golpea suavemente en el hombro y se acerca a paso tranquilo a la Bisonte a saludar.

Yo alzo la mano y los saludo como si fueran viejos amigos.

Porque lo son, aunque el macho Ciervo y yo solemos discutir a menudo.

Él discute a menudo con todo el mundo.

Es más cabezota y que yo y más huraño que nadie en la manada.

La Alfa, que suele ser afable si no se la provoca, saluda a los recién llegados y hace un sonido que indica que Sorren y yo somos amigos, pero el Ciervo macho sigue mirando a mi Lobo con enfado.

Parece que no se ha olvidado de la pelea que tuvieron hace unos días.

Yo pongo la mano en el tenso bíceps de mi Compañero y lo veo mirar duramente al Ciervo como si estuviera esperando un ataque, y pienso que mi Lobo debe de haber pasado tanto tiempo solo que ahora todo le parece una amenaza.

—Es un poco idiota. —Le digo a mi Sorren señalando al Ciervo. —Pero no es un peligro a no ser que se asuste.

Sorren resopla, pero se destensa poco a poco cuando el macho Ciervo se acerca al Reno a preguntar si ha encontrado comida fresca y a quejarse de lo picantes que son las hojas de un matorral que se acaba de comer y nos ignora.

Es curioso lo bien que puedo entenderlos ahora que soy dueña de mí misma de nuevo.

—¿Estás segura?

Sé que mi Compañero está preguntando tanto si quiero que nos sigan a casa como si el Ciervo es o no una amenaza.

—Muy segura. —De ambas cosas, añadido para mí misma. —Le está diciendo al Reno que las hojas que ha comido son demasiado picantes. Nada que ver con nosotros.

Sorren se gira hacia mí con sorpresa, y yo le sonrío como si entender a los Ferales fuese lo más natural del mundo.

—¿Cómo lo sabes? —Inquiere mi Lobo con asombro.

—Lo entiendo.

Él me mira unos segundos en silencio como si estuviese procesando la información.

—Lo entiendes. —Repite. —¿Lo que él dice... o lo que todos ellos dicen?

—Ambas cosas. —Le digo tentativamente.

Él suelta un gruñido de aquiescencia pero no me lo discute, y sé que me cree.

—¿Puedes entender a los animales normales? —Pregunta al cabo de un tiempo.

—No lo sé. —Le contesto con honestidad.

No sé hasta dónde llega mi nueva habilidad.

Por lo que sé, tal vez solo pueda entender a mi manada y sea más a causa del hábito y de haber estado junto a ellos durante años que otra cosa.

—Ya veo. —Dice estirando los brazos por encima de su cabeza y haciendo crujir sus hombros.

Algunos miembros de la manada levantan sus cabezas para mirarle con curiosidad, pero lo ignoran de nuevo unos segundos después.

Yo me quedo embobada mirando los abdominales que asoman por debajo de su chaqueta.

—Muy bien, creo que ya hemos descansado demasiado. No quiero estar cerca del lago cuando se haga de noche. —Dice sacándome de mi ensimismamiento.

—Estoy de acuerdo.

El lago es zona central de caza y, a veces, de pasar el rato, para demasiados Ferales. Muchos de ellos depredadores.

No hay mucha cosa que hacer por aquí y observar a los peces bioluminiscentes nadar debajo del hielo es una de ellas.

Es mejor ponerse en marcha antes de que la luz empiece a desvanecerse.

—¡Nos vamos! —Exclamo poniéndome de pie en la roca para hacerme ver y oír por la manada.

Atraer a los Ciervos ha sido más fácil de lo que esperábamos gracias a la presencia de la Alfa, pero el resto del trayecto quizá no sea tan sencillo, y todavía tengo que encontrar al Zorro de la Nieve, que va a venir cuando le place y es impredecible.

La Alfa Bisonte me mira. Y luego alza ya cabeza y suelta un bramido cargado de autoridad que hace que el resto de la manada deje de buscar hierba bajo la nieve y se ponga en marcha en dirección al bosque.

Se van a la madriguera, quizá pensando que yo quiero volver a ella.

Y eso no es lo que quiero.

—¡Espera, no! ¡Eso no! No me refería ir allí. —Le digo a la Bisonte saltando de la roca.

Mi Lobo me sigue con una maldición en los labios mientras me acerco a paso rápido a mi antigua

Alfa.

La Alfa se para y me mira con confusión. Y yo sé que me entiende. Lo sé en mi corazón.

—Nos vamos a casa. —Le aclaro. —A Green Valley.

El nombre de la ciudad desata el caos.

Mi Lobo me aparta de la manada cuando los Ciervos se elevan en sus patas traseras y resoplan con rudeza. El Reno se altera y corre el círculos alrededor de los demás con los ojos como platos. Y la Bisonte brama para hacerse oír por encima del súbito jaleo.

—¡Basta ya! —Grita mi Lobo obligándome a subirme de nuevo a la roca mientras yo intento convencerlo de que me deje bajar para intentar hablar con ellos.

Está claro que es un nombre que reconocen. Que los trastorna. Y que hay más humanidad en ellos de la que muchos sospechan.

Nadie hace caso a mi pobre Lobo.

Los Ciervos parecen estar discutiendo con el Reno en estos momentos, que sacude sus cuernos y brama y resopla. Y la Bisonte se acerca a una roca plana y se eleva en sus dos patas traseras y sacude el suelo de un golpe partiendo la roca con sus pezuñas.

Todos nos giramos a mirarla, y ella se gira y me mira a mí a la espera de que diga algo para aclararme.

Yo me aclaro la garganta y me pongo de pie sobre la roca en la que estoy subida y cojo aliento para hacerme oír.

—Sé que podéis entenderme. —Los Ferales me miran y mi Lobo aferra mi cintura para evitar que me caiga y maldice entre dientes, preocupado de nuevo de que nos ataquen. Vamos a tener que trabajar en esa paranoia suya. —Y ya es tiempo de que dejemos de vivir así. De esta forma horrible. Es hora de volver a casa y sé que podemos hacerlo si estamos todos juntos.

Fui delegada de clase durante muchos años. Y luego representante en el Consejo Estudiantil de mi instituto y de mi Universidad en Florida, pero hace tantos años de ello que los discursos ya no se me dan tan bien.

Pero ellos me comprenden a pesar de todo.

Se giran unos hacia otros y se miran y me miran a mí de nuevo en busca de respuestas.

—Nos vamos a casa. —Repito una vez más con firmeza y con toda la fuerza de voluntad que puedo invocar en esos momentos. No quiero que tengan dudas y se pierdan por el camino o no empiecen siquiera el trayecto. —Y nos vamos ahora.

Ni tampoco quiero que lo piensen demasiado. Es mejor para un Feral el actuar por impulso e instinto, y a ello me aferro.

Si logro convencerlos ahora, es posible que pongan rumbo a la ciudad con nosotros solo porque el resto lo hace o porque se sienten con ganas.

Aunque luego decidan dar media vuelta.

Ya pensaré en algo entonces.

La manada se gira hacia la Alfa.

La Bisonte me mira un buen rato, y luego eleva la cabeza y brama de nuevo, poniendo rumbo en dirección al bosque.

Pero, esta vez, en dirección a Green Valley.

Y el resto la siguen.

Suelto un grito de alegría cuando lo veo y me lanzo a los brazos de mi Sorren agarrándolo en un abrazo lleno de felicidad.

Mi Lobo parece sorprendido una vez más.

—Nos vamos. —Le digo sonriente y sintiéndome tan feliz como si acabara de ganar un Premio Nobel. —Todos.

Él asiente con expresión estupefacta y me ayuda a bajar de la roca y coge mi mano mientras caminamos tras las huellas de la manada.

—Increíble. —Le escucho murmurar a mi lado, incapaz de dejar de estar sorprendido. —No me lo puedo creer.

Yo no puedo dejar de sonreír.

Un problema menos.

Ahora solo queda afrontar el resto que se nos venga encima y hacerme a la idea de los años perdidos y empezar una nueva vida.

Todos juntos.



Sorren

Todavía no soy capaz de creerme lo que han visto mis ojos.

Si no lo hubiese visto y alguien me lo contara, ni siquiera le creería.

Mi Compañera acaba de convencer a toda una manada diversa de Ferales de que vuelvan a Green Valley.

Así, sin más.

La vida me ha demostrado que muchas cosas que se dan por imposibles son de hecho no tan imposibles como parecen, pero una cosa es saberlo tras haber vivido lo que he vivido, y otra muy diferente descubrir que mi amada tiene el don, algo que jamás que yo sepa ha ocurrido antes, de hablar con los Ferales.

Y quizá incluso con los animales normales. Quién sabe.

Los Cambiantes podemos, más o menos, comunicarnos entre nosotros en forma animal. Pero ello es más propio de la familiaridad con el individuo con el que nos comunicamos y con el lenguaje de nuestra especie que porque realmente podamos hablar en forma animal.

Solo los Alfas tienen esa habilidad. Y ni siquiera la tienen todos. Mi cuñada Hera solía tenerla. Pero su Compañero nacido Lobo, mi hermano Nero, no.

Es un don que aparece alguna que otra vez.

Pero ser capaz de hablar un lenguaje humano en forma animal y ser capaz de hablar con diferentes especies de Ferales y de entenderlos son cosas muy diferentes.

Los Alfas pueden comunicarse con quién comprenda el lenguaje humano que utilicen, pero no son capaces de hacerlo con otros Cambiantes en esa forma si no son de su propia familia y ciertamente no con Cambiantes de otras especies, que tienen su propio lenguaje verbal y no verbal.

Antes de ser Feral, fui profesor de Comunicación y Lenguaje en la Universidad local durante muchos años, y la comunicación entre las diversas familias de Cambiantes en su forma animal siempre me ha fascinado.

Y ahora mi Compañera, en tan solo unas horas, ha roto con todas las teorías, todo el supuesto conocimiento, y todo aquello que los llamados expertos creíamos saber sobre el tema.

Como su macho y como investigador, estoy fascinado.

Hace mucho, mucho tiempo, que no pienso en lo que solía ser mi vida antes de ser Feral.

—¿Cuánto tiempo queda para llegar a la cabaña con almacén de la que has hablado antes?

Mi Compañera todavía tiene la mano enredada con la mía, y ello me llena de calidez y de no poca alegría.

Tras tantos años sin ningún tipo de contacto, esos pequeños gestos son para mí como agua para un moribundo sediento.

—Algo más de una semana. Quizá dos.

Posiblemente más al ritmo que vamos.

Está oscureciendo, y apenas hemos avanzado dos tercios del camino que tenía planeado. La manada se detiene de vez en cuando para pastorear y, para mi asombro (y estos últimos parecen ser días llenos de sorpresas inagotables), para comunicarse entre ellos.

Y Jane se une a las conversaciones como si fuese lo más natural del mundo, charlando sobre tipos de plantas y bayas y raíces y todo aquello que se les cruza por la cabeza, que suele al parecer girar casi siempre en torno a la comida.

Yo me pregunto si serán capaces de entenderme a mí, porque a pesar de haber sido Feral, la mayor parte de ese tiempo lo he pasado estando solo y apenas he logrado comunicarme con otros Ferales durante estos años.

La Pantera y el viejo Lobo me vienen a la mente, pero la última vez que la vi a ella fue algo más de seis meses, calculo, y el viejo Lobo murió antes de que pudiéramos desarrollar una relación como la que tiene esta manada.

Si entienden el lenguaje humano, es muy probable que me entiendan también a mí, y mi Jane no parece tener problemas de que comprendan su inglés.

—Tendremos que detenernos pronto. —Digo observando cómo el Reno juega con la Cierva hembra a saltar sobre un tronco caído una y otra vez, a ver quién lo hace más alto.

A veces, he observado durante el día, parecen cachorros en vez de adultos.

Calculo que deben tener mi edad, o quizá un poco más en el caso de la Bisonte y el Reno.

Es decir, unos sesenta años. Aunque yo no tengo muy claro qué edad exacta tengo ya.

En años humanos, aparentaría unos cuarenta y algo, pero los Cambiantes envejecemos de manera diferente a ellos.

—Tienes razón. —Dice Jane. —¡Chicos! ¡Hay que encontrar un lugar donde pasar la noche!

Apenas hemos recorrido unos pocos kilómetros en todo el día, pero es de esperarse.

La Bisonte brama una señal y la manada deja de jugar y se reúne.

Tengo hambre, y sé que Jane también. Ella ha estado cogiendo bayas del camino que yo no reconozco pero que me ha asegurado que son comestibles (y, dada su experiencia y sus conocimientos sobre el bosque, no he dudado de su palabra), así que hemos comido algo, pero no lo suficiente.

Y no sé cómo se tomarán todos estos herbívoros mis ganas de cazar algo y asarlo sobre el fuego.

Sospecho que no muy bien.

La mayoría me toleran porque estoy con Jane y ella es parte de ellos, y creo que al Reno le gusto. Y además está el pequeño dato de que Fili solía ser uno de mis mejores amigos cuando éramos jóvenes y parece que poco a poco lo va recordando, porque más de una vez a lo largo del camino el Ciervo y su hermana se han acercado para ofrecerme bayas recién cogidas (llenas de babas de Ciervo) de manera amigable.

Pero la Bisonte todavía me mira con desconfianza de vez en cuando.

No me extraña. Soy un depredador al fin y al cabo.

La Alfa olisquea el aire, y tengo la sensación de que se está comunicando con el bosque. En estos momentos, su conexión como Alfa con la naturaleza me da envidia.

Para ella debe ser mucho más fácil que para el resto lograr que el bosque le indique un lugar seguro donde dormir y que la proteja, a ella y a su manada, de cualquier intruso o peligro potencial.

Para el resto de nosotros no es tan sencillo.

Seguimos a la Bisonte por el bosque. Ella parece saber a dónde va, así que sospecho que los árboles deben de estar guiándola hacia un refugio de algún tipo.

Los herbívoros me dan envidia en estos momentos.

Los depredadores, incluso siendo Alfas, no tenemos tanta suerte. Solemos sobrevivir por nuestra cuenta sin mucha ayuda por parte de la Madre Bosque, que nos guía de vez en cuando, pero no tan a menudo y no tan directamente como a los herbívoros o sus Alfas.

A no ser que tengas el don de Duncan.

Y la mayoría no lo tenemos.

Llegamos a una pequeña abertura entre los árboles que da a la entrada de una cueva que parece seca y deshabitada, y que es lo bastante grande como para que incluso la enorme Bisonte pueda entrar con facilidad.

La boca de la cueva es inmensa, y el interior, una vez entramos, es también grande y cavernoso.

Nuestras pisadas resuenan haciendo eco en el interior y elevo la vista para ver que, en el lejano techo, hay estalactitas que cuelgan puntiagudas y amenazadoras.

No es muy acogedora, pero está seca y cabemos todos, así que tendremos que apañárnoslas.

—Será mejor que encienda un fuego. —Le digo a Jane.

Hay un pequeño hueco en el suelo del centro de la cueva que puede servir para poner madera y hacer una buena hoguera, que necesitaremos ya que la noche invernal en la tundra es difícil aun siendo Cambiantes.

No tengo muchas ganas de acurrucarme en una pila de cuerpos con la manada Feral de mi Compañera en busca de calor.

Y además he visto varias ramas prometedoras. Y puede que ya de paso encuentre más de esas bayas.

—Voy contigo. —Me dice Jane. —Así cargaremos más madera.

Asiento, porque es una buena idea para no tener que hacer varios viajes, y porque confío en que el bosque proteja a la manada y, por ende, a Jane en este refugio.

No planeo alejarme mucho de todos modos y no he sentido que nos siguiera ningún depredador o Feral.

El Reno se nos acerca corriendo de donde estaba mirando fascinado las estalagmitas que crecen en el suelo al final de la cueva y resopla con suavidad con una expresión afable y animada en su rostro.

—También quiere venir. —Sonríe Jane acariciándole el morro de manera juguetona.

—Muy bien, pero nada de juegos. Se acerca la noche y es peligroso, así que habrá que encontrar leña suficiente y algo de cenar.

El Feral vuelve a resoplar como si me quisiera decir que va a portarse bien, y escucho a la Bisonte, que se ha recostado cerca del centro de la cueva a descansar tras lo que para ella imagino que ha sido un día agotador después del estrés de haber pensado que iba a morir atrapada en la montaña, dar un quedo bramido de reniego, y tengo la sensación de que le está advirtiéndome al Reno que no haga tonterías y a nosotros que volvamos pronto.

Quizá yo también esté empezando a entenderlos y me pregunto si se debe a mi vínculo con Jane.

—No te preocupes. —La dice mi Compañera a la Alfa. —Volveremos pronto y no nos alejaremos mucho.

La Bisonte mueve la cabeza en señal de asentimiento y se recuesta de nuevo en el frío suelo a descansar.

—¿Nos vamos? —Jane, cuya mano todavía está enredada en la mía, señala la entrada de la cueva, y ambos nos giramos y marchamos hacia el bosque en busca de madera

Encontrar leña es difícil debido al clima y a que necesitamos que esté todo lo seca posible, y la nieve no ayuda precisamente en eso, pero conseguimos amontonar un buen puñado tras lo que calculo que son un par de horas.

E incluso encontramos más de esas bayas, gracias al Reno, que las ve en lo alto de un matorral y casi se cae y se rompe una pata intentando alcanzarlas.

Es una rama bastante grande y cargada, pero no será suficiente para todos.

Tenemos muchas bocas que alimentar.

Por suerte, la mayoría de los herbívoros ya han estado llenando sus tripas con la escasa vegetación que íbamos encontrando en el camino, que es más de lo que Jane y yo hemos comido, así que quizá no tengan mucha hambre.

Me arrepiento de no haberme traído el viejo cazo con el que solía cocinar. Por muy roñoso y roto que estuviera, es mejor que nada.

—Ya estamos aquí. —Saluda Jane a la manada cuando volvemos a la cueva cargando nuestros

hallazgos.

La Bisonte, que al parecer estaba durmiendo, parpadea y nos mira antes de cerrar los ojos de nuevo, demasiado cansada como para preocuparse por nada más, pero los Ciervos se nos acercan a curiosear.

Aparto el rostro de Fili cuando intenta comerse las bayas.

—Ya has comido bastante antes, Fili, viejo amigo. Deja que Jane tenga su parte primero.

El Ciervo protesta, pero se aleja con un resoplido indignado y su hermana lame mi mejilla llenándola de babas antes de seguirlo a curiosear las estalagmitas del fondo de la cueva otra vez.

Parecen fascinados con ellas y yo me pregunto qué será tan interesante cuando el Reno deja la rama de bayas que cargaba en la boca sobre el suelo y se deshace de la leña que he logrado cargar en su espalda tirándola sin más y se acerca dando saltos a donde están los Ciervos.

—Son como niños. —Ríe Jane mirándolos curiosear y asomar la cabeza por entre las estalagmitas.

A mí algo me molesta en el fondo de la mente cuando miro hacia esa zona de la cueva, pero estoy demasiado ocupado ordenando la leña y encendiendo un fuego con un par de piedras como para centrarme en ello.

—Cómete las bayas, debes tener hambre. —Le digo a Jane mientras ella termina de ordenar la leña en montones que vamos a ir gastando durante la noche.

—Y tú también. —Me dice alzando una ceja, y yo escondo una sonrisa agachando la cabeza porque el hecho de que se preocupe por mí me hace sentir tontamente feliz.

Pero estoy decidido a ganar esta discusión. Ella tiene que alimentarse.

—Come tú y luego lo haré yo.

Mi Jane me mira con los ojos entrecerrados, pero termina de ordenar la leña y se sienta en cuclillas cerca de mí, cogiendo bayas de la rama que le dejan los dedos manchados de rojo y llevándoselas a la boca.

—¿Qué crees que mirarán con tanto interés? Solo son piedras.

Elevo la cabeza una vez tengo el fuego encendido y estable y miro a los Ferales.

La Bisonte sigue dormida, y los demás siguen curioseando en el fondo de la cueva.

La Cierva hembra, Flora, está lamiendo una de las estalagmitas, posiblemente disfrutando del agua y las sales minerales con las que está cubierta la roca, pero los dos machos continúan con la cabeza metida entre dos de ellas mirando algo que hay en el suelo. O al menos da la impresión de ello.

—No lo sé. —Le digo a Jane. Mi instinto me dice que no se trata solo de que sientan curiosidad por la forma de las rocas y que debería acercarme a echar un vistazo. —Quédate aquí vigilando que el fuego no se apague, ahora vuelvo.

Me levanto y camino en dirección a las estalagmitas.

Es un lugar enorme, y me lleva un rato hacerlo, y cuando llego veo algo en el suelo que me sorprende y hace que el estómago me dé un vuelco.

Un hueso.

Humano.

Es pequeño y está blanco y desnudo, así que debe llevar mucho tiempo aquí.

Deduzco, por la forma y el tamaño, que debe de tratarse de una vértebra. Desde el otro lado de la cueva, donde Jane sigue sentada cerca de la Bisonte, apenas puede verse tirado como está en el suelo rocoso y desigual.

El Reno me saluda y me golpea con suavidad en un costado, y entonces se da la vuelta y me señala al hueco por el que él ha estado asomando la cabeza.

El Ciervo macho ha perdido el interés en lo que quiera que hayan encontrado (que ahora sospecho que sé de qué se trata), y está ahora junto a su hermana unos metros más allá, lamiendo una estalagmita diferente y resoplando con ella como si estuvieran conversando de algo.

Con un nudo en el estómago, asomo la cabeza por donde el Reno me indica y parpadeo para ajustar la vista a la oscuridad hasta que mis ojos de Lobo se adaptan y puedo distinguir qué es lo que estoy viendo.

Un cuerpo.

Contengo un suspiro estresado.

Como sospechaba.

—¿Qué hay? —Pregunta Jane en voz alta y haciendo ecos desde su lugar sentada en una roca baja junto a la Bisonte, que también nos mira con curiosidad.

No sé si decírselo. Sé que está estresada y no quiero empeorar las cosas y no sé cómo se va a tomar esto.

Pero tampoco quiero mentirle.

Jane deja la rama de bayas a un lado y se levanta limpiándose las manos llenas de rojo en la chaqueta y caminando hacia mí.

—Sorren, ¿qué es lo que has encontrado? —Tiene el ceño fruncido cuando llega a mi lado, y lo va a ver de un momento a otro.

—Es un cuerpo. —Le digo en voz baja y grave.

Ella se detiene y se tensa con los ojos abiertos como platos.

—¿De una persona? —Pregunta con voz llena de horror.

—Sí. —Asiento yo. —Voy a meterme por detrás de esas estalagmitas a ver si puedo echarle un vistazo más de cerca, ¿vale?

Señalo hacia un lado, donde hay una abertura lo bastante grande como para que pueda pasar con facilidad.

—Vale. —Asiente ella, pálida.

Aprieto los puños y salto por entre las rocas hasta que estoy en cuclillas junto al cadáver, que no es más que un montón de viejos huesos.

Sé lo suficiente de anatomía Cambiante y humana como para poder deducir que se trata de un hombre humano adulto y de que los huesos de sus piernas están rotos.

Un haz de luz me golpea al rostro momentáneamente y, cuando miro hacia arriba, veo que hay una abertura en el techo de la cueva.

A unos doscientos metros de altura.

El pobre hombre, por las ropas desgastadas y el equipo que hay junto a él y la mochila rota y envejecida que hay todavía en lo que queda de su espalda, debió de haber sido un escalador o montañista perdido.

El agujero es lo bastante grande como para que quepa un hombre adulto, y he echado un vistazo a la ladera en la que está situada la cueva cuando estábamos buscando leña y he visto que está cubierta de maleza, así que debe de haberlo ocultado a la vista.

Debió de haber dado un paso pensando que se trataba de suelo firme y cayó hasta el fondo de la caverna.

Los huesos de sus piernas, espalda, costillas y cráneo tienen fracturas severas, y hay una pequeña y afilada estalagmita que le atraviesa el pecho. Una muerte rápida pero terrorífica y dolorosa.

—¿Sorren?

La voz de Jane suena preocupada.

—Hay un agujero en lo alto de la cueva que solo se puede ver desde aquí. —Le digo. —Debió de haber caído por él y murió de manera instantánea al chocar contra el suelo. Creo que era un montañista o escalador humano. Un hombre adulto.

—Oh. —Jane se queda en silencio unos segundos y yo, tras debatirme con mi conciencia, elevo una plegaria a los Espíritus para que cuiden del alma del hombre y cojo su mochila y rebusco en su chaqueta a ver lo que encuentro.

Necesitamos todas las provisiones que seamos capaces de encontrar por muy grotesco que sea esto.

—¿Crees que deberíamos enterrarlo? —Me pregunta Jane de repente.

—No lo sé. Muchos de sus huesos ya no están. Imagino que los animales salvajes se los habrán llevado.

—Vaya. —Mi Jane parece tan desanimada.

Maldigo al destino por su crueldad. No necesita más estrés del que ya tiene encima.

—¿Qué estás haciendo? —Ella debe de haberme oído remover los pobres huesos del hombre para coger sus pertenencias, porque su tono está cargado de sospecha.

—Tiene una mochila y un cinturón con equipo de escalada con él.

—¡Sorren! —Su tono suena tan indignado que me avergüenza.

—Lo siento. —Me disculpo, pero cojo la mochila y el cinto antes de salir, desencantado por no haber encontrado ningún teléfono o radio que nos permitiera comunicarnos. —Pero él no las necesita y nosotros sí.

—No me lo puedo creer.

Cuando salgo de detrás de las estalagmitas con la mochila y el cinto en la mano, Jane está de pie de brazos cruzados con el ceño fruncido y cara de indignación.

Yo me ruborizo de la vergüenza y agacho la mirada, pero mi lado práctico, afinado tras años de supervivencia, no me permite dejar pasar una oportunidad como esta.

Quizá tenga provisiones en la mochila.

Las bayas no son suficientes para mantener a dos adultos sin hambre, y ello sin contar al resto de Ferales.

Cuando echo un vistazo hacia el fuego en el centro de la cueva, veo que la Bisonte se está comiendo el resto de las mismas, rompiendo la larga rama con sus dientes para acabarse las últimas.

Ahí va la cena prevista.

—Jane. —Intento usar un tono razonable. —Necesitamos comer, y seguro que a él no le importaría.

—Eso no lo sabemos.

—Pues si le importa puede quejarse todo lo que quiera en el Más Allá o en su próxima vida. — Respondo caminando hacia el fuego y señalando a la Alfa. —Porque nuestra cena acaba de desaparecer y ambos tenemos hambre.

Eso parece que hace que reconsidere lo de robarle a los muertos. Aunque dudo que «robar» sea un término que se pueda usar aquí. Y también dudo que él vaya a denunciarnos a la policía del Más Allá por una mochila vieja y un cinturón con una cuerda y poco más.

La idea de que siquiera exista una fuerza de seguridad del Más Allá es ridícula.

—Muy bien, pero que sepas que esto no me gusta. A los muertos hay que respetarlos.

—Se lo contaremos a la policía cuando lleguemos a Green Valley, pero primero tenemos que llegar, ¿de acuerdo?

Jane se muerde los labios echando un último vistazo a las estalagmitas tras las cuáles está el cuerpo y asiente parcamente.

—Me parece bien. O, bueno, todo lo bien que puede parecerme.

Nos alejamos de ese lado de la cueva sin mirar atrás. Siento pena por el hombre que nunca tuvo un entierro apropiado y cuya familia quizá se preguntará dónde está todavía y qué le ocurrió.

Acercándome al hueso de la columna que he visto antes, me lo guardo en un bolsillo de la chaqueta por si acaso ello puede ayudar a que reconozcan su ADN o algo parecido cuando se lo entreguemos a la policía.

No sé muy bien cómo funcionan estas cosas, pero tampoco sé si podríamos volver a encontrar esta cueva sin ayuda del bosque para que los guardias forestales pudiesen recuperar el cuerpo más adelante, así que tal vez sea la única forma de reconocerlo, ya que no había ningún nombre en la chaqueta.

Se me ocurre de pronto que tal vez lo haya en la mochila.

Nos sentamos junto a la manada frente al fuego, y Jane pone un par más de ramas para avivarlo. El Reno se me acerca a curiosear la mochila que estoy abriendo y su interior y yo le sonrío y le palmeo el cuello para alejar su morro entrometido.

Jane sigue de brazos cruzados y de vez en cuando resopla, pero no protesta.

Tampoco hay etiqueta con nombre, pero sí que hay un pequeño cazo de metal que se ha doblado de un lado del golpe, un termo con taza a juego, unos frascos con nombres de diferentes especias de cocina escritos en marcador negro y letra nítida, una navaja multiusos y un juego de cubiertos y platos de metal.

Y también unas cuantas latas de comida con la etiqueta todavía visible y una fecha de caducidad que sospecho que todavía no ha pasado.

Bingo.

—Mira. —Le digo a Jane sacando las latas, cuatro en total, y el cazo y dejándolos ente los dos.

Ella refunfuña pero coge una de ellas y mira la etiqueta.

—Lentejas a la Riojana. —Lee en voz alta.

—Mejor que volver a comer bayas.

Yo analizo el cazo de metal. Está abollado por un lado pero todavía es útil y no parece usado. Incluso tiene aún la etiqueta de compra y todo.

Qué raro.

Me encojo de hombros. Al menos puede sernos de utilidad.

El estómago de Jane elige ese momento para gruñir y yo aparto algo de leña del centro del fuego y cojo la navaja, abriendo la lata de lentejas y volcándolas en el cazo, que caliento sobre las brasas.

Cenamos en silencio, cansados y bostezando una vez nuestros estómagos están llenos.

Cuatro latas (ahora tres) no son mucho, pero nos serán útiles para el trayecto.

Quizá aguantemos dos o tres días con ellas, y tal vez encontremos más bayas y pueda cazar algo siempre y cuando los Ferales no se pongan de morros por ello.

Soy un Lobo, no un herbívoro como ellos.

Nos acurrucamos el uno junto al otro para dormir cerca del fuego, y la manada se recuesta cerca de la Bisonte unos metros más allá.

Con Jane saciada y sin hambre entre mis brazos, me siento mucho más tranquilo y esperanzado.

Beso su cabello y la abrazo con fuerza mientras ella duerme con la cabeza apoyada en mi pecho, y me dejo llevar por el sueño sabiendo que estamos a salvo.

Por ahora.

Horas después, Fili me despierta sobresaltado y con los ojos como platos del pánico.

Me levanto como un resorte y coloco a una súbitamente despejada Jane tras de mí para protegerla.

Es de día y la luz entra a raudales por la abertura que da al bosque y por los agujeros del techo de roca.

Y hay una Pantera a la entrada de la cueva.

La feroz depredadora está rugiendo con la vista fija en el Reno.

Tiene hambre, y nosotros somos la presa.



Jane

El corazón me late a toda prisa.

Así no es como esperaba despertar.

Al final voy a coger un trauma, si cada vez que abro los ojos hay alguna situación estresante nueva con la que lidiar.

Me siento cada vez más enfadada con el mundo, si no fuera porque tengo a Sorren y a mi manada a mi lado, lo mandarían todo a hacer puñetas.

Ya estoy harta.

—¡Hey, tú! ¡Deja de rugir y aprende a tener modales! —Le grito a la Pantera, alterada hasta el punto de que ya ni me importa que la depredadora sea dos veces más grande que yo y esté evidentemente hambrienta.

La Pantera cierra la boca y me mira como si hubiera comprendido lo que le acabo de decir y estuviese sorprendida y cabreada.

Pues ella no me gana a mí a cabreo.

Estoy hasta el moño de tanta sorpresa desagradable.

El universo podría esforzarse un poquito más en hacerme feliz.

Todavía tengo legañas del sueño en los ojos, y Sorren no deja de empujarme para que me quede a sus espaldas, y la manada está alterada, con la Alfa al frente y los demás retrocediendo hacia el fondo de la cueva.

Bueno, no. No todos. El Reno está junto a la Alfa y no se mueve, y me preocupa que mi amigo se haya quedado paralizado por el pánico.

Pero ese no parece ser el caso.

El Reno se eleva sobre sus patas traseras y golpea el suelo con las delanteras. Y entonces se lanza como loco sobre la Pantera con un bramido de lo que parece alegría.

O eso, o acabo de volverme todavía más loca de lo que ya sospecho que lo estaba.

La Pantera, para asombro de todos, no lo ataca.

De hecho, deja que la empuje al suelo.

Y que la monte.

La imagen es lo más extraño y lo más horrible y fascinante que he visto jamás. Y, durante mis años trabajando cuidando animales de todo tipo y como Feral, he visto muchas cosas raras.

Todo el mundo está paralizado. El olor a feromonas y a Celo está en el aire.

Y proviene de la Pantera y el Reno.

Que están disfrutando de lo lindo mientras el resto los miramos con horror o apartamos la vista ruborizados y sin saber dónde mirar o qué hacer como el caso de mi Compañero y mío.

Esto sí que es una sorpresa inesperada.

Sorren se aclara la garganta, pero apenas es audible por sobre los sonidos de la Pareja en lo suyo y el eco que hacen en la cueva.

La Bisonte está alterada. Con las patas firmemente clavadas en el suelo y los ojos como platos.

Y los Ciervos hacen cabriolas nerviosas en el fondo de la cueva, junto a las estalagmitas que tienen detrás una pila de huesos humanos.

Jamás, ni en mis sueños más extraños, me habría imaginado siendo partícipe de una situación o escenarios semejantes.

Me echo a reír de repente.

Sorren me mira y abre la boca y la cierra después sin saber qué decir. Mi pobre y dulce Lobo. Su rostro está tan ruborizado y tiene una expresión de incomodidad y vergüenza en los ojos.

Debe creer que estoy chiflada.

No puedo parar de reírme.

Me carcajeo hasta que las costillas y la mandíbula y el pecho me duelen y tengo que sentarme en una roca, y mis risas histriónicas se unen al ruido que hacen los recién Emparejados creando una cacofonía de ecos que parece salida de un cuento macabro en el interior de la cueva y haciendo que los Ciervos se alteren todavía más.

Pero no puedo parar.

Soy incapaz.

Me río y me río hasta que los ojos me lloran y siento que mis costados van a estallar de dolor.

—¿Estás bien? —Se hace oír Sorren con preocupación en los ojos mientras me acaricia la espalda.

Qué dulce es mi Lobo.

Incluso preocupado por mi cordura todavía cuida de mí.

Yo logro asentir, porque una nueva oleada de risas me posee cuando escucho el bramido de placer del Reno y el de la Pantera y los veo siendo consumidos por una humareda negra y un par de cuerpos humanoides aparecen en su lugar.

Una mujer de piel morena y largo cabello negro ébano y un hombre de pelo rojo salpicado de gris un poco más bajo que ella.

Y los dos están inconscientes.

Miro a mi alrededor.

A los dos flamantes Emparejados. A la Bisonte que se acerca con cautela a olisquear a su viejo

amigo Reno. A los Ciervos que lo observan todo desde detrás de una estalagmita particularmente grande, y a mi Compañero con su vista desviándose entre los dos Emparejados y yo, que sigo riéndome como si estuviese poseída por un espíritu de la risa.

Y apoyo la cabeza en el hombro de mi Sorren porque siento que me va a dar algo de tanto reírme. El universo me la tiene jugada.

Pues que le den.

No pienso dejar que sus sorpresitas me arruinen más la vida.

¿Que una Pantera nos ataca? Bien. ¿Que de repente ella y mi amigo Reno se ponen a Emparejarse a la vista de todos en su forma animal? Pues vale. ¿Que encontramos una pila de huesos y le robamos la comida a un muerto? Genial.

No pienso alterarme.

Para nada.

A la mierda todo, decido en ese momento.

Voy a tomar esta vida por las riendas una vez más, como solía hacerlo cuando era joven y creía que tenía toda una vida llena de aventuras y un futuro maravilloso por delante.

¿Por qué no? ¿Por qué no volver a creerlo? ¿A intentar vivirlo?

Cierto, mi vida puede haberse convertido en algo surrealista y puedo haber perdido años de la misma siendo Feral, pero al menos he encontrado a Sorren.

Eso vale por mucho.

Le miro aguantándome la risa cuando lo veo mirar de reojo a los cuerpos desnudos de la Pareja y ruborizarse más intensamente hasta que las orejas se le ponen coloradas.

—Se han Emparejado antes que nosotros. Indignante. —Le digo medio en broma, y cuando veo cómo me mira con deseo y con vergüenza me echo a reír otra vez hasta que la garganta me duele demasiado como para continuar.

No puedo esperar para que este hombre sea completamente mío.

Pero debo esperar, porque montar un numerito a la vista de la manada como han hecho esos dos no es algo que quiera o me vea a mí misma haciendo.

Sorren se aclara la garganta y se incorpora una vez concluye que mi ataque de risa súbita se ha detenido al fin.

—Será mejor que vea si están bien.

—Por los sonidos que hacían yo diría que deben sentirse de maravilla.

Él resopla ahogando una risotada sorprendida y yo me río otra vez y me limpio las lágrimas de las mejillas.

Cuando la vida te da limones, haz limonada.

Y luego tírasela a los ojos como venganza y ríete de ello, como diría mi madre, que siempre ha tenido una vena sádica cuando se enfada.

Suelto un resoplido sin poder evitarlo.

No sé qué vamos a hacer ahora con estos dos.

Ninguno nos esperábamos algo así.

Y, por experiencia, sé que la vuelta a recobrar tu conciencia humana y a que esta se vuelva a unir con la animal de nuevo para ser un Cambiante completo no es un proceso fácil, así que dudo que vayamos a poder movernos de la cueva durante un tiempo.

Al menos hasta que ellos estén lo bastante recuperados como para hacer el viaje.

—Mi Jane. —Oírlo decir mi nombre con el posesivo delante, como yo hago con el suyo, me hace aletear el estómago de alegría. —Ven y ayúdame a moverlos, por favor.

Veo cuál es el problema sin que me lo diga.

La Bisonte no le deja maniobrar mucho ahora que ha decidido que el hombre que huele a su amigo Reno es en realidad su amigo Reno, y está intentando despertarlo a lametones, cosa que no va a funcionar muy bien.

—Voy.

Me levanto y me acerco, hablándole a la Alfa para que se aparte y nos deje espacio, cosa que hace tras una leve protesta, y entonces echo un vistazo a los Emparejados.

Todavía ni siquiera sabemos sus nombres, y sin embargo hemos sido partícipes de un momento de sus vidas de lo más íntimo y relevante.

Qué curioso es el mundo.

Mi amigo Reno se mueve en sueños frunciendo el ceño con la cara arrugada de dolor, y la Pantera, que está debajo de él soportando su peso, emite un gruñido incómodo.

Sorren coge de un brazo al Reno apartando la mirada de manera pudiente de sus cuerpos desnudos y cubiertos del olor y la esencia del otro y retira con cuidado al macho de la Pantera, dándole a ella más espacio para respirar.

—Yo cogeré al macho, ¿puedes cubrir a la hembra con mi chaqueta? —Me dice quitándose la prenda y tendiéndomela.

Tiene todavía un leve rubor en el rostro, y yo me vuelvo a morder los labios para no reírme entre dientes de lo adorable que es este Lobo mío.

Tan tímido y pudoroso a pesar de todo.

Cubro a la Pantera con la chaqueta de Sorren aunque el hecho de que el olor de mi Compañero toque la piel de ella no me haga nada de gracia, pero las prioridades son las prioridades.

Sorren ha cargado al Reno en brazos hasta estar junto a las brasas y ha tendido su cuerpo en los restos de la manta que usamos como mochila improvisada para cargar nuestras ropas y las linternas y sobre las que hemos dormido esta noche nosotros, y está volviendo a por la Pantera cuando ella abre los ojos y suelta una maldición y un grito de dolor y se aferra la cabeza con ambas manos.

No la envidio en este momento. Sé cómo se siente y lo traumático que es el recuperar la memoria. Pongo una mano en su espalda para que no caiga al suelo cuando los músculos le fallan y Sorren se apresura a nuestro lado y maldice entre dientes cargándola en brazos a pesar de sus protestas.

—Voy a tumbarla junto a su Compañero, creo que eso ayudará. A mi sobrino lo ayudó. —Me dice mientras intenta que ella no se le caiga de los brazos.

Le ayudo a tenderla junto al Reno y poco a poco la Pantera se va calmando y su respiración se acompasa, volviendo de nuevo a la inconsciencia.

—¿Cuánto tiempo crees que tardarán en estar más o menos bien y en pie? —Pregunto a mi Predestinado.

—No lo sé. Tú tardaste dos días, pero Caidan fue más rápido. Quizá dependa del tiempo que han pasado como Ferales.

Asiento. Eso tiene sentido.

Lo que significa que vamos a pasar aquí unos días, porque sospecho que el Reno lleva más tiempo que yo siendo Feral.

—¿Reconoces a alguno de ellos? —Le pregunto a Sorren mientras él aviva el fuego y yo acomodo su chaqueta sobre nuestra nueva Pareja.

—Sí. —Me dice él, y señala al Reno. —Creo que es Bert Reindeer. A él no lo conozco muy bien, pero coincidí con una de sus muchas hermanas, Vivienne, en el colegio y en el instituto. Y además di clases a varias de sus sobrinas en la universidad cuando trabajaba como profesor.

—¿Eras profesor? —Me siento fascinada por los detalles de su vida.

Una vida que no conozco más allá del ahora y de la que ahora formo parte para siempre, igual que él en la mía.

—Comunicación y Lenguaje, entre otras cosas. Aunque me especializo en Literatura Inglesa y he sido profesor de teatro.

Sorren me habla de su trabajo. De su amor por la literatura clásica, por los libros de Tolkien y la Leyenda del Rey Arturo y la mitología anglosajona, y su pasión por la poesía, de la cual me recita algunos versos de sus poemas favoritos cuando le pido que lo haga y se le ruborizan una vez más las orejas, y yo me encuentro hablándole de mi trabajo en el refugio de animales como veterinaria y de mis hermanas y mis padres y muchas otras cosas.

Hablamos durante horas, compartiendo anécdotas y pensamientos y curiosidades de nuestras vidas, hasta que nuestros estómagos protestan por ser ignorados.

La Pareja duerme felizmente en los brazos del otro y la Bisonte y los Ciervos están pastando en la entrada de la cueva tras haber encontrado un matorral lleno de hojas verdes.

Incluso la primavera llegará pronto a la tundra.

Ningún lugar en el mundo está sin vida para siempre.

Nos comemos una de las latas entre los dos. No tenemos mucha comida, y ambos hemos acordado

guardar las dos últimas latas para compartirlas con Bert y su Emparejada, así que nos saciamos como podemos.

—¿Has vivido en Green Valley mucho tiempo? —Le pregunto mientras me recuesto entre sus brazos frente al fuego.

Acabamos de volver de buscar más leña después de haber comido, porque va a oscurecer otra vez en un par de horas como mucho y vamos a necesitar más para mantenerlo encendido.

—Toda mi vida. —Me responde con sus dedos jugando con un mechón de mi pelo.

Estamos tranquilos y el hambre no nos molesta todavía, así que nos relajamos sabiendo que no nos queda mucha otra cosa que hacer.

—Mi Clan fue uno de los fundadores de la ciudad.

Silbo ente dientes, impresionada.

—Así que sois como realeza por aquí, ¿entonces? —Bromeo. —¿Debería hacerte una reverencia o algo?

Él se ríe entre dientes.

—No. Nada de eso. Aunque no estamos mal acomodados. —Me dice sin pretensiones pasando un brazo por mi cintura. —¿Y tú? No creo haberte visto nunca por la ciudad.

—Me acababa de mudar con mi familia cuando... —No puedo decir «me volví Feral» sin que la voz se me rompa. No todavía.

—Entiendo. —Dice él en tono sombrío.

Nos quedamos en silencio unos segundos. Para ambos es un tema espinoso.

—Tenía veintinueve años. —Continúo en voz baja con la vista perdida en el fuego. —Y acabábamos de venir de Florida después de perderlo todo en un huracán.

—Lo siento.

Yo sonrío sin un ápice de alegría.

—No es culpa tuya, es el universo quién me debe una. —Digo sintiéndome enfadada con el mundo. —Y una muy gorda.

Él se ríe quedamente.

—¿Y cómo piensas reclamárselo?

—Ya pensaré en algo. —Suelto un bufido petulante.

Es una idea ridícula y poco realista pero me hace sentir mejor decirlo. Como si tuviese algún control sobre las cosas.

—Cuando lo hagas, dile al universo que, ya de paso, podría echarnos una mano con lo de la comida.

Él bromea, y yo sé que no espera que ni los Espíritus ni el bosque ni ningún otro poder nos ayude al respecto, pero yo estoy decidida a gritarle a alguien hasta desahogarme. Ya sea el viento, o los árboles, o los Espíritus, o el universo mismo.

Se ha pasado de injusto con nosotros.

Sé que es un pensamiento infantil, pero no me importa. Me hace sentir mejor creer que las fuerzas universales, o como quiera que se llamen, van a escucharme si me pongo a quejarme de los males de mi vida.

Como si estuviera contándoselo a alguien. Como si realmente fuese a funcionar.

Es una manera como cualquier otra de desahogarme.

Sorren ahoga un bostezo contra mi cuello y yo apoyo las manos en sus muslos y paso los dedos de manera ausente por la tela de sus pantalones, sintiendo a mi Lobo estremecerse contra mí y acelerar la respiración.

Si continúo por este camino, no tengo duda de que podría seducirlo, manada y Emparejados presentes o no.

Pero quiero que, por una vez, algo salga bien.

—Sorren. —Susurro rompiendo el silencio.

—¿Mmm?—Murmura él contra mi hombro, besando mi cuello.

—Quiero una ceremonia. Una de esas tradicionales. Con altar y fiesta y todo. —Le confieso.

Siempre que me había imaginado mi Emparejamiento, lo había hecho como quién imagina una boda humana, solo que más al estilo Cambiante.

Con una fiesta y unos votos y un vestido blanco y hermoso, y el nombre de mi Emparejado tatuado bajo mi clavícula y cerca de mi corazón.

Rodeada de mi familia y la suya.

—Y la tendrás. —Dice él abrazándome con más fuerza, y su voz suena como un juramento. —La tendrás. Te lo prometo.

Aferro su mano con la mía y cierro los ojos con la cabeza apoyada contra su pecho y los latidos de su corazón bajo mi oreja y me trago las lágrimas que amenazan con aparecer.

Es una promesa.

Y más le vale a mundo cumplir con su parte esta vez.



Sorren

Dos días después, las cosas han cambiado para la manada.

Bert y su Compañera, cuyo nombre es Karen Panther, han recobrado el dominio de sí y sus recuerdos.

Y no dejan de tener sexo cada dos por tres como si no pudieran apartar las manos del otro ni por diez segundos sin que se fuera a acabar el mundo.

A Jane parece hacerle gracia. O al menos lo hacía al principio, cuando se llevaba las manos a la cara y soltaba risotadas avergonzadas y llenas de hilaridad cada vez que a ellos perdían el hilo de cualquier conversación que estuvieran manteniendo y acababan lanzándose a por el otro como si todavía estuvieran en Celo, aunque ahora solo pone los ojos en blanco y suelta un gemido de exasperación e irritación cuando sucede.

Lo que sí continúa haciéndole gracia es que yo me ruborice cada vez que pasa.

Bert y Karen no son precisamente silenciosos y discretos. Y les da absolutamente igual que alguien los mire.

De hecho, creo que eso incluso los pone más cachondos.

Así que Mi Compañera, el resto de la manada, y yo, solemos quedarnos cerca de la entrada de la cueva, pero lo bastante lejos como para que sus gritos de placer exagerados no nos molesten mucho.

La buena noticia es que he encontrado más de esas bayas comestibles cuando escalaba la roca a un lado de la cueva.

La mala, que se nos han acabado las latas de comida que cogí de la mochila del montañero fallecido.

Así que no tenemos muchas opciones.

Tenemos que continuar el viaje.

Si es que logramos que Bert y Karen caminen más de unos metros antes de detenerse a montárselo en medio del bosque como la última vez.

Quizá si adoptamos todos forma animal podamos avanzar más terreno.

La primavera debe de estar llegando a Green Valley, aunque tardará más en notarse en esta zona tan helada y remota, con lo que es posible que encontremos más plantas y bayas comestibles

cuanto más cerca estemos del valle en el que está situada la ciudad.

Pero para eso deberíamos poder movernos sin que la manada se detenga cada poco tiempo.

Y ahora mismo es casi imposible.

—Ya están otra vez. —Comenta Jane saliendo de la cueva para ayudarme a cargar leña a su interior.

Hemos salido tantas veces a buscar leña para evitar a los enamorados que ya hay una montaña considerable de ella.

Lo bastante como para que no necesitemos buscarla durante unos días si hiciera falta.

Carraspeo cuando escucho un gemido masculino particularmente audible y Jane ahoga una risotada de vergüenza ajena y sacude la cabeza con irritación.

—Menudo aguante. Creo que les tengo hasta envidia. —Dice mi Predestinada.

Nos miramos a los ojos y el aire se carga de electricidad y energía y deseo contenido.

Ambos tenemos voluntades de hierro, y yo quiero que su sueño de pasar por el altar primero se cumpla, así que no me inclino a besarla porque sé que, si cedo al impulso, seré tan incapaz de alejar de nuevo mis manos de ella como Bert y Karen lo son el uno del otro.

Jane traga saliva y se humedece los labios y yo aprieto las manos sobre mi carga de leña y gruño cuando Fili, que me está ayudando últimamente con las tareas, me da un empujón nada agradable con la cabeza en la espalda para que me mueva y le deje pasar, rompiendo la magia del momento.

Dejamos la leña en el interior de la cueva y salimos de ella con la piel enrojecida porque Bert y Karen se lo están montando otra vez cerca del fuego a la vista de todos.

Flora y la Alfa, que ya parecen haberse acostumbrado a ellos, intentan ignorarlos lo mejor que pueden mientras se tumban cerca de las llamas para disfrutar del calor, pero Jane, Fili, y yo nos sentamos en la entrada lo suficientemente lejos como para no tener que oírlos mucho.

Son tan ruidosos.

—Tenemos que encontrar más comida. —Dice Jane.

Fili resopla de acuerdo con sus palabras y yo miro sombrío a los árboles y me pregunto qué voy a hacer para alimentar a mi Compañera y a los otros miembros de la manada si esto sigue así.

Karen y yo siempre podemos cazar algo y comérmolo, disgusto por parte de los herbívoros o no, pero el resto necesitan vegetación abundante, y mi Compañera y Bert van a necesitar más que simples hojas y bayas si pretenden continuar con el viaje en su forma humana.

—Quizá deberíamos Cambiar. Así sería más fácil. —Tanteo el terreno a ver qué le parece.

Jane se tensa, pero asiente con un movimiento seco de la cabeza a pesar de que se muerde los labios de la ansiedad.

Sé que está preocupada y que tiene miedo de no poder Cambiar de vuelta como ya le pasó una vez, pero yo sé por instinto y experiencia que eso no va a ocurrir.

—Jane. —Le cojo la mano con una de las mías y alzo su barbilla con la otra, mirándola a los ojos

para que vea la honestidad de los míos. —No debes tener miedo. Nunca más perderás el control. Ella traga saliva y vuelve a asentir como si las palabras le costaran en ese momento y se le humedecen los ojos de lágrimas sin derramar.

—Lo sé, pero... —Susurra con voz quebrada.

Me inclino y beso su frente y sus párpados y sus mejillas y la envuelvo en mi presencia hasta que se calma, incapaz de dejar que sufra sin intentar consolarla.

—Estoy aquí. —Le digo una vez más. Ya se lo he prometido antes, pero no me importa tener que repetir mi juramento una y otra vez hasta el final de los tiempos si hiciera falta. Porque por ella soy capaz de hacer cualquier cosa. —Y siempre estaré aquí para ti. No va a pasarte nada.

—¿Me lo juras?

—Lo juro. Siempre.

Esta vez, no puedo resistirme a besarla.

Capturo sus labios húmedos y fríos en un beso suave, de bocas cerradas pero dulce como la miel, y ella suspira contra mis labios y devuelve el beso con ganas.

Ninguno de los dos somos lo que se dice expertos en besar. Llevamos tanto tiempo perdidos en la nada que los actos sociales o románticos no son algo en lo que tengamos práctica, pero el momento, a pesar de todo, se siente perfecto, por cliché que ello suene.

Como la culminación de un sueño y el inicio de otro.

Abrir una puerta y encontrar calidez y familiaridad y un hogar lleno de esperanza y planes de futuro al otro lado.

Como el final definitivo de la soledad.

Fili resopla a mis espaldas, y yo lo ignoro y pongo mis manos en la cintura de mi Compañera.

Nos besamos durante un buen rato, con los ruidos de Bert y Karen de fondo y riéndonos de vez en cuando en brazos del otro sin separarnos cada vez que hay un eco particularmente fuerte.

Es una extraña banda sonora de fondo para un momento tan bello, pero no nos importa.

El espíritu de mi Jane acaricia suavemente el mío, y parece prometer con su tacto que algún día, no muy lejano, se unirá al mío y nos entrelazaremos juntos de manera inseparable.

Emparejados.

Tenerla entre mis brazos se siente tan familiar, como si lo hubiera hecho un millón de veces antes.

Nos detenemos solo porque ambos escuchamos ruido en un matorral cercano y nos giramos sobresaltados.

Pongo a Jane tras de mí de manera instintiva cuando algo salta de ellos hacia nosotros y se detiene a unos pasos a mirarnos sorprendido.

Un Zorro de las Nieves.

Una vez más me han pillado por sorpresa.

Jane se ríe cuando gruño enfadado que la cueva se supone que debería ser segura y sin sorpresas.

Al menos el Zorro no ha seguido nuestros pasos buscando presas como lo hizo la Pantera. Parece bastante amigable, y una vez se recupera del susto se acerca a Jane y a Fili y los saluda como si fuera un viejo amigo.

Y éstos hacen lo mismo, así que debe serlo.

—¡Ahí estás! —Exclama Jane con alegría al verlo. —Me alegra que nos hayas encontrado, no me gustaría que nos hubiéramos ido sin ti. Hola, pequeño amigo.

El Zorro no es precisamente pequeño. Es tan grande como un perro Pitbull al menos, pero comparado con otras especies de Cambiante sí que lo parece.

Su pelaje es de un blanco cegador como el de Jane y se confunde con el paisaje nevado que nos rodea, y sus ojos son azul oscuro y están bordeados de gris pálido.

Y está evidentemente encantado de ver a Jane, que lo acaricia tras las orejas y le pregunta dónde ha estado como si fuese una madre o hermana preocupada.

Mi Compañera es amiga de todo el bosque, por lo que parece. El pensamiento me hace sonreír.

Como una de esas princesas de cuento de hadas que se comunican con los animales.

—Tienes que venir con nosotros. —Le está diciendo Jane al Zorro, que la mira como si comprendiese lo que ella está diciendo y no estuviese muy convencido, pero mi Predestinada es obstinada y decidida, así que no dudo de que acabará convenciéndolo.

El Zorro ya puede ir haciéndose a la idea de que Jane lo ha adoptado como propio y va a volver a Green Valley con nosotros le guste o no.

Si es que logramos salir de la cueva y avanzar, claro está.

Llevamos estancados aquí demasiado tiempo y, aunque el clima está mejorando, el invierno sigue en pleno apogeo y no hay un alma alrededor que nos pueda echar una mano.

La idea de Cambiar y hacer el viaje en forma animal es cada vez más la única opción que tenemos.

Como animales, somos más resistentes, más enérgicos, y aunque gastemos también más energía, es más sencillo alimentarse con lo que nos provee el bosque.

Nuestros estómagos en forma humana son más delicados. Menos capaces de digerir carnes crudas en el caso de los depredadores o las fibras de las plantas en el de los herbívoros.

Me quedo junto a Jane mientras ella y Fili conversan con el Zorro contándole lo que ha ocurrido como si hablar con unos Ferales de lo que ha sucedido en tu vida en los últimos días en mitad de la tundra fuera el equivalente a sentarse a tomar un café con unos amigos.

La normalidad de la escena que pintamos no sería comprensible para muchos, ya fuesen Cambiantes o humanos.

—Deberíamos entrar en la cueva. Se está haciendo de noche.

Oscurece rápido y, aunque muchos tengamos el estómago vacío, al menos tenemos un buen fuego junto al que cobijarnos.

Y, por la ausencia de sonidos, Karen y Bert deben de haber acabado su nueva ronda y tengo la esperanza de que pasen unos minutos más antes de que empiecen la siguiente.

Ni siquiera sé de dónde sacan toda esa resistencia.

Deben de estar famélicos, y es imposible que un macho pueda tener tantas erecciones seguidas.

Aparto el pensamiento de mi cabeza con horror.

El pene de Bert no es algo en lo que quiera pensar.

Jamás, me digo rotundamente.

Sigo al trío hasta el interior tras extender mis sentidos a nuestro alrededor para asegurarme de que no hay más sorpresas ocultas.

Estoy decidido a recuperar mi reputación como cazador Lobo al que no se puede pillar por sorpresa.

Tengo el orgullo un poco herido desde que Caidan me emboscó y me derrotó, y estos últimos sustos no ayudan en nada.

Mis sentidos deberían de haberme avisado antes de que me sorprendieran.

La noche transcurre como todas: con la manada alrededor del fuego y los Emparejados en brazos de sus Predestinados, pero con la nueva adición del Zorro y con el alivio de que Bert y Karen duermen toda la noche sin despertarnos con sus numeritos.

Menos mal que tienen pinta de estar ya agotados, a pesar de su evidente felicidad y de que se miran con ojos brillantes y llenos de maravillado asombro el uno al otro a cada segundo cuando están despiertos.

Al día siguiente, nos reunimos todos alrededor de la fogata una vez estamos despiertos.

La Pantera y el Reno tienen tales ojeras y caras de agotamiento que dudo que puedan mantenerse mucho tiempo despiertos, y no me extraña después de dos días de portarse como si estuviesen en Celo (cosa que, por el olor, sé que no estaban. El Celo acabó en cuanto se Emparejaron y no volverá hasta dentro de un año como es habitual.)

Pero el resto, por primera vez en dos noches, hemos descansado bien.

—Debemos poner rumbo a Green Valley cuanto antes. —Les digo a todos. —Nos faltan provisiones para mantener nuestros cuerpos humanos, así que tendremos que hacer el viaje en nuestra forma animal si queremos ser capaces de alimentarnos. Y deberíamos encontrar un río cuyas aguas no estén congeladas. —Estoy harto de beberme la nieve derretida en el cazo. —Hay uno alimentado por un glaciar a un día de aquí.

Bert y Karen tienen caras de aprensión, y yo deduzco que volver a sus formas animales no les hace mucha ilusión después de haber estado atrapados en ellas, pero es la única forma de que podamos continuar, y son lo bastante inteligentes como para saberlo dado que no protestan más allá de poner caras largas.

—¿Cuándo? —Pregunta Karen con voz ronca.

La alta y delgada mujer de piel cetrina está desnuda de brazos cruzados con el hombro apoyado en el de su Compañero, que la mira como si fuera una diosa en carne y hueso.

—Hoy mismo. No deberíamos perder más tiempo.

La Pantera gruñe haciendo una mueca, pero no discute mis palabras. Ella también debe de estar hambrienta y preocupada por su Predestinado, al que le gruñe el estómago desde hace un rato.

—Bien. —Dice levantándose y estirando sus músculos delgados y fibrosos de manera elegante como la del gato que es. —Entonces basta de cháchara y vayámonos ya.

La Alfa Bisonte resopla suavemente como si estuviera de acuerdo y la manada se levanta.

Apago el fuego y echo tierra por encima y miro el montón considerable de leña que hay acumulado contra una de las paredes. Espero que algún día le sea a alguien de utilidad, pienso despidiéndome del lugar tras darle gracias al bosque en silencio por el refugio.

Jane me da un codazo en las costillas y, cuando me giro, se está quitando la chaqueta y me mira con el ceño fruncido.

—Es muy guapa. —Murmura entre dientes con evidentes celos señalando a Karen con la cabeza.

A mí me confunden sus emociones, porque *ella* es mi Predestinada, no la Pantera.

—Tú lo eres más. —Le respondo tontamente sin saber qué decir.

Ella resopla de risa y se ruboriza, quitándose el resto de la ropa con movimientos prácticos y aparentemente complacida de que mis ojos estén hipnotizados por el striptease improvisado y no puedan apartarse de cada centímetro de piel que va descubriendo hasta estar desnuda.

—Ñño. —Me acusa en tono de broma. Y yo me encojo de hombros.

Solo he dicho la verdad.

Ella me sonrío antes de que la bruma negra la envuelva y la Antílope con la que soy tan familiar después de años de haber seguido sus huellas me saluda lamiendo mi mejilla.

Emito un sonido de placer y me apresuro en recoger la ropa descartada y meterla dentro de la mochila del montañero, y hago lo mismo con la mía una vez me la he quitado, antes de transformarme, y con el viejo peluche Aullidos en otro arrebató de sentimentalismo.

La Pantera silva al verme.

—Eres casi tan jodidamente grande como un Alfa. Ya no me acordaba de eso.

Yo gruño con el orgullo complacido y cojo la mochila con la boca, acercándosela a Bert, que está todavía en forma humana mirando a su Predestinada con cara de atontado y estrellas en los ojos, como siempre.

—Creo que quiere que se la pongas en la espalda, querido. Seguro que podemos atarla de algún modo. —Le dice la Pantera a su Emparejado, y yo asiento. —Mira, aquí hay un cinturón de escalada.

La hembra coge el cinto y me ayuda a pasarme la mochila por las patas delanteras, asegurándola luego sobre mi espalda con el cinturón a modo de arnés para que no se caiga.

Me tira un poco, pero puedo moverme con facilidad.

Bert y Karen Cambian a sus formas animales y seguimos a la Bisonte fuera de la cueva.

El viaje no es fácil, pero tal y como había predicho es más sencillo hacerlo en forma animal.

El Zorro, la Pantera, y yo, nos turnamos para cazar.

Al resto de la manada no le hace mucha gracia, pero somos depredadores y no nos podemos alimentar de plantas en esta forma como lo hacen ellos, así que no protestan mucho.

El Zorro es quien más presa logra atrapar, dado que Karen y yo nos vemos limitados por nuestro instinto de no alejarnos de nuestros Compañeros en un terreno que no es del todo seguro, y se convierte rápidamente en un gran aliado para el resto.

Encuentra alimento con mucha mayor facilidad, ya sean bayas y hojas o conejos y faisanes.

Las semanas transcurren con normalidad. O toda la normalidad que se puede esperar de un grupo de Cambiantes la mayoría de los cuales son Ferales que se paran cada dos minutos a ojear los árboles y matorrales en busca de comida.

A un día de la cabaña, sin embargo, las cosas vuelven a tomar un giro inesperado que pone a toda la manada en alerta nerviosa.

Acaba de amanecer y estamos preparándonos para proseguir el trayecto tras haber pasado la noche en otra cueva cuando el ruido de motores acercándose a nuestra posición se va haciendo cada vez más fuerte.

A mi alrededor, los Ferales se alteran, Karen ruge y se posiciona frente a Bert dispuesta a protegerlo con fiereza, y Jane me mira con ojos como platos, pero yo apenas puedo procesar lo que el bosque me dice con voz alta y clara de repente.

Lo que mis sentidos me están gritando.

De mi sale un aullido que resuena en el bosque como una llamada de reconocimiento.

Y, segundos después, es respondido por una jauría de aullidos de Cambiantes en forma humana y el rugido de una Osa que conozco bien.

Mi manada se acerca.

Los Wolf han venido a buscarnos.

Ya no estamos solos.



Aaron

No quepo en mí de alegría.

La última vez que vi al tío Sorren, fue el día antes de que desapareciera, pocos días después de que papá y mamá murieran.

Y de eso han pasado más de ocho años.

No puedo esperar para volver a ver a mi tío y darle un buen abrazo, aunque sé que tendré que esperar mi turno, porque mis hermanos están igual de emocionados; especialmente los gemelos, para los cuales el tío era muy especial ya que fue parte importante de su educación.

Solo Blake ha venido con nosotros, ya que Adrien se ha quedado atrás con Clara, su Compañera compartida, que está embarazada; y con Samara y Sonya, mis sobrinas.

Y se le nota tenso.

Los gemelos no están acostumbrados a separarse. Creo que no lo han hecho ni un solo día de sus vidas desde que nacieron. Liam dice que incluso dormían en la misma cuna porque si no lloraban a mares desconsolados. Y en sus años de escuela escogían los mismos cursos, clases, y horarios.

Sorren está tan cerca que puedo sentir su presencia, y la manada deja salir otro aullido al unísono, esta vez de felicidad, y la excitación y la alegría permean el aire que nos rodea cuando escuchamos la respuesta de nuestro tío en el aire, que aúlla de nuevo con la voz llena de tanto júbilo como las nuestras.

Los quads hacen un ruido espantoso, pero son útiles, y atraviesan la nieve y los caminos accidentados del territorio de Keo con mucha mayor facilidad y rapidez de lo que lo haríamos a pie o en forma animal, así que no tardamos más de una hora en llegar a la posición de mi tío, cuya presencia es ya evidente para nuestros sentidos.

Y que, además, no está solo.

Tras él, asomándose con caras asustadas a la entrada de una cueva que tiene pinta de haber sido su refugio nocturno, hay más Cambiantes.

Una Pantera, un Reno asomando la cabeza a sus espaldas, una Antílope de pelaje blanco cegador, dos Ciervos, un Zorro de las Nieves, y una Alfa Bisonte que se ha situado justo enfrente de la manada, al lado de Sorren y de la Antílope, y tiene los músculos abultados tensos y un aura defensiva y agresiva, evidentemente dispuesta a defender a los demás contra nosotros.

Detenemos los quads unos metros más allá de donde mi tío se encuentra después de que Liam dé

la orden. Es mejor no aproximarse demasiado a la Alfa Bisonte, porque se la ve nerviosa y es enorme.

Y es, además, una Feral.

El olor y los ojos, donde apenas puede percibirse rastro de conciencia humana, son evidentes.

Blake en cambio, no hace mucho caso de la orden de Liam de quedarse quietos y calmar a la Alfa antes de acercarse a Sorren.

Mi hermano mayor se quita el casco lanzándolo a un lado y salta de su quad, corriendo hacia Sorren como un cachorro lo haría a los brazos de un padre al que ha echado de menos.

Liam suelta una maldición audible y vulgar y salta detrás de él con Sheila a su lado.

Pero no llegan a tiempo.

La Bisonte carga.

Y Blake acelera el paso, pero no es lo bastante rápido en su forma humana y además tiene los ojos fijos en Sorren, no en el peligro.

Con horror, veo como mi tío se interpone entre mi hermano y la Alfa y lo aparta a un lado antes de ser arrollado por ella.

El cuerpo de Lobo del tío golpea contra los árboles con un sonoro y horrendo *crack* que suena a huesos partidos y Blake suelta un grito de rabia angustiada al verlo, pero no mayor que el de la Antílope, que se apresura al lado del tío y Cambia a forma humana antes de caer de rodillas junto a su cuerpo.

—¡Sorren! —Exclama con ojos llenos de lágrimas.

El tío gime levemente y lame su mano con una lengua llena de sangre y, a mi lado, Nina está ayudando a Caidan a toda prisa a descargar el equipo médico que hay bajo el asiento de los quads.

El corazón se me ha detenido durante unos segundos en el pecho.

La Alfa de Bisonte mira a Sorren con confusión y angustia, como si no pudiera entender lo sucedido, y el resto de la extraña manada de Ferales y Cambiantes racionales se acerca a la escena con ojos preocupados; toda la tensión previa olvidada en pro de averiguar si Sorren está fatalmente herido.

Tengo ganas de vomitar, pero me trago las lágrimas y la ansiedad.

Encontrar al tío solo para perderlo por un error tonto sería tan trágico, y sé que Blake nunca se lo perdonaría.

Mi hermano mayor está sentado en el suelo al lado de Sorren con la cabeza en las manos, sollozando. Esta es una imagen que no se le va a olvidar nunca.

Que jamás se va a perdonar a sí mismo.

Duncan y Ewan lo agarran de un brazo cada uno y se sientan junto a él a unos metros de distancia, hablándole con voces suaves para que se calme y dándole espacio a Caidan para que trabaje, y

Liam está junto a la Alfa y su estafalaria e inverosímil manada, intentando calmar los ánimos junto a su Compañera, que parece tener más éxito que él al hablar con ellos.

Ayudo a Pam y Nina a cargar con el resto del equipo médico mientras Natalie trata de consolar a la Antílope, que debe ser la Predestinada del tío y que tiene una mano en el pelaje de su cuello y no lo suelta, incapaz de alejarse de él.

Lo que iba a ser un reencuentro feliz de repente es una pesadilla, pero el tío sigue vivo y tengo la esperanza de que nuestra habilidad Cambiante de sanación le ayude a recuperarse.

Sus heridas son evidentemente graves.

No solo el golpe contra el árbol, que le debe de haber roto como mínimo las costillas y herido la columna, sino la cornada que se ha llevado de la Bisonte, cuyo tamaño empequeñece incluso a Liam y que está intentando hacer a un lado a mi hermano Alfa para acercarse a Sorren, palpablemente angustiada y culpable.

El día se hace largo y difícil para todos.

Caidan trabaja en el tío y los demás nos paseamos montando un campamento improvisado con las tiendas de campaña, maderas y provisiones que hemos cargado con nosotros y encendemos un fuego al cobijo de la cueva, cocinando lo que hemos traído y que iba a ser parte de las provisiones destinadas al tío cuando montásemos la cabaña que ayudé a Ewan a diseñar para él.

Comemos en un silencio rara vez interrumpido por susurros o por los resoplidos de los Ferales de la curiosa manada, que creería que parecen estar comunicándose entre ellos si no supiera que ello es imposible, y les hacemos preguntas a los otros dos únicos Cambiantes racionales del grupo: la Pantera Karen y el Reno, que reconozco como tío de mi amigo Zain Reindeer, Bert.

Al principio, cuando Cambian a forma humana y Liam les ofrece ropa y provisiones, no puedo creer lo que ven mis ojos.

Porque Bert Reindeer se hizo Feral casi veinte años atrás, si lo que me dijo Zain es correcto.

Y nadie vuelve después de veinte años.

O eso se creía, porque después de que el tío Sorren volviera en sí soy muy capaz de creer en milagros.

Y además está la Antílope, de la que Natalie ha conseguido que al menos nos diga el nombre (Jane), y que es efectivamente la Compañera Predestinada del tío Sorren.

Y que lleva más años que el tío Perdida como Feral si la historia que nos contaron Caidan y Nina es cierta.

Todos alzamos la vista con esperanza en los ojos cuando Caidan se nos acerca con cara agotada pero tranquila.

—Está estable. Sobrevivirá pero pasará un par de días sin poder moverse. Y tendremos que cargarlo de vuelta a casa con cuidado.

Soltamos un suspiro de alivio colectivo y Blake, que se ha negado a comer nada y está tan pálido

que me asusta mirarle, hunde de nuevo la cabeza en las manos y llora en silencio.

A su lado, Ewan lo abraza contra su costado y le murmura que todo va a salir bien y Liam se levanta de su sitio junto a Sheila y se pone en cuclillas frente a él, hablando con el gemelo en voz suave pero llena de autoridad.

Desvío la mirada y la fijo en la Antílope, que todavía está al lado de Sorren junto al árbol contra el que éste ha caído con su mano en el cuello de mi tío y con su desnudez cubierta con el abrigo de Natalie y una manta que Nina le ha dado, de la que ella está intentando poner la mitad sobre Sorren mientras le murmura con ternura al oído.

La escena es de lo más extraña pero también reconfortante en el evidente amor que ella siente por él. No es lo que me esperaba de esta reunión, pero la vida da giros extraños en ocasiones.

Y yo estoy seguro de que, esta vez, todo va a salir bien.

Me gusta mantener una mentalidad positiva.

—Eres el pequeño Aaron. —Elevo los ojos y me encuentro con los de Bert, el amigable Reno tío de Zain. —Aunque ya no eres tan pequeño, has crecido un montón desde la última vez que nos vimos. Eres casi tan alto como los gemelos.

—Me alegro de verte, Bert.

—Y yo a ti, pequeño pescador. Y yo a ti. Ha sido un largo tiempo, ¿eh? Muy largo. ¿Sigues intentando pescar en la fuente de la plaza mayor a menudo?

Yo me río entre dientes y lo invito a sentarse conmigo en una de las sillas plegables vacías que hay vacantes y que hemos traído con nosotros desde Green Valley, y su silenciosa Emparejada Pantera se sienta a sus pies con languidez como si la nieve no la molestara en absoluto.

—Karen. —Me la presenta él con evidente adoración en los ojos, y ella le sonríe y vuelve segundos después a mirar al resto de mi manada con ojos entrecerrados y una expresión de falsa indiferencia en el rostro.

No dudo de que está alerta y lista para saltar al ataque en cualquier momento en defensa de su Compañero.

Las Panteras son Cambiantes solitarios y posesivos y, en mi experiencia, un poco paranoicos.

—Descubrí cuando tenía siete años que los peces estaban pintados en el fondo. —Digo respondiendo a la pregunta anterior de Bert. —Fue una gran decepción para mí.

Bert se ríe animado.

Lo recuerdo bien. Ahora que lo veo, los recuerdos de mi infancia vienen a mí con mayor facilidad. Las tardes pasadas junto a Zain y Caleb, mis dos mejores amigos (un Reno y un Zorro rojo respectivamente), frente a la fuente de la plaza mayor, cerca de la tienda de helados y cafetería que regentaba Bert, que de vez en cuando salía con una sonrisa y nos traía helados o dulces gratis. Había peces en el fondo de la fuente mayor, o eso creía yo. Una vieja construcción de más de dos metros de fondo de aguas cristalinas y en perpetua ebullición desde la fundación de la ciudad.

De pequeño, había estado convencido de que los pequeños azulejos de colores en forma de pez eran animales reales, y solía llevarme la vieja caña de pescar de mi padre a pesar de las protestas de algunas gentes de la ciudad y de las risas de mi familia, que encontraban todo el asunto hilarante y adorable, para intentar pescarlos.

Recuerdo que mamá me había dicho una vez, cuando tenía cuatro años, que eran peces mágicos especiales que concedían cualquier deseo que les pidieras.

A mamá le habían diagnosticado cáncer cuando yo cumplí seis años y yo quería capturar un pez y pedirle que ella se pusiera bien antes de devolverlo a la fuente.

Aunque luchó con todas sus fuerzas y logró recuperarse, recayó años después, cuando yo era adolescente. Y no salió adelante en esa ocasión por mucho que todos rezamos y suplicamos a todos los dioses y Espíritus habidos y por haber para que ocurriese lo contrario.

No hubo peces mágicos que la salvaran.

El recuerdo es uno amargo pero dulce. La inocencia de un niño y el amor de una madre que desearía que hubiese sido eterna.

En mi corazón, ella lo es. Y en él vivirá para siempre.

—Así que, ¿mi sobrino y tú seguís siendo amigos? —Pregunta Bert con una sonrisa afable, y los ojos le brillan con una emoción que conozco muy bien.

Quiere que le hable de su familia. Necesita escuchar que todo está bien. Que ellos están bien.

Y yo, esta vez y por suerte, puedo conceder ese deseo.

—Por supuesto. —Le contesto, y lo veo relajarse del todo y ampliar su sonrisa a una más genuina y llena de alivio y agradecimiento. —Zain sigue como siempre: perezoso y testarudo y el Cambiante más leal y más generoso que conozco.

A Bert se le humedecen los ojos y su Compañera apoya una de sus manos en el muslo del Reno, vestido con un par de vaqueros viejos de Blake, con un gesto de preocupación que él corresponde con un cabeceo que da a entender que todo está bien.

La Pantera se relaja de nuevo contra sus piernas y continúa observando el campamento, pero tiene un ojo puesto en nosotros.

Más me vale no alterar mucho al Reno, porque dudo que ella vaya a ser tan fácil de tranquilizar si digo algo que lo haga infeliz.

No dudo de que sería capaz de saltarme al cuello sin un ápice de remordimiento.

Los Cambiantes de gato pueden ser impredecibles y vindicativos cuando se lo proponen.

—Me alegra. —Dice Bert aclarándose la garganta. —Me alegra. —Repite aspirando por la nariz antes de limpiársela con una manga del suéter que solía ser de Liam. —¿Tiene ya Compañera? Mi sobrino, digo. ¿Y cómo está el resto de la familia? ¿Todos bien?

Los ojos le brillan llenos de frágil esperanza de nuevo.

—Acaba de encontrarla. —Le respondo, y veo cómo el alivio recorre sus facciones. —Se llama

Eileen y es contable. Y humana.

Zain ha estado insoportable desde que ello pasó hace un par de días, en palabras de Caleb. Yo he estado liado con las preparaciones del tío Sorren pero, conociendo al Reno, no me extrañaría nada que Caleb estuviera de hecho siendo amable con su descripción del estado de ánimo de nuestro amigo mutuo.

Zain es tranquilo y apacible la mayor parte del tiempo, pero puede ponerse un poco (muy) nervioso cuando se trata de algo importante. Y encontrar a su Compañera es algo con lo que ha estado soñando desde que éramos críos y con lo que su madre lo ha estado agobiando mucho últimamente.

Beth Reindeer, que además es amiga de mi cuñada Natalie, ha estado preocupada por su hijo desde hace años porque Zain es tan perezoso que es difícil que deje su ordenador y su trabajo como programador y salga a dar una vuelta por la ciudad.

Es casi como una segunda madre para mí, ya que me ha conocido desde que era un cachorro y era amiga de mi propia madre, así que no tiene reparos a la hora de quejarse de su hijo frente a mí, por mucho que a Zain eso le irrite.

Bert siempre ha sido un hombre familiar y compasivo, y es comprensible que lo alivie que su sobrino no vaya a acabar como él: Feral y Perdido.

Quién sabe cómo él habrá logrado Emparejarse o volver en sí.

Eso no es algo que suceda todos los días.

Toda esta situación es fascinante a pesar de la tragedia que la permea.

Me siento culpable por pensar así, pero no puedo evitarlo. Siempre he tenido una mente curiosa y llena de preguntas.

—El resto de los Reindeer siguen como siempre, que yo sepa. Beth con su taxi, su Emparejado Hansel con su trabajo en la radio, y las demás tías y primas de Zain con sus cosas. No he oído de nada extraño últimamente.

Bert asiente alegremente, y se le ve mucho más animado aunque esté procurando, por respeto al dolor de nuestra familia y al evidente estrés de todo el mundo, pero en especial de Blake y Jane, y las heridas de Sorren, mantener su alegría contenida.

—¿Y qué hay de Adele? ¿Se te ha declarado ya? Esa dulce chica, ya es hora de que la veamos del todo feliz. Siempre solía seguirnos a todas partes cuando era niña, escondida tras los matorrales con su prima Sarah a cuestas. Era una imagen adorable.

Parpadeo porque no sé de qué me está hablando.

Sé que Zain tiene una prima llamada Adele que regenta una cafetería porque él la ha mencionado un par de veces, pero tiene tantos familiares que la verdad es que no le he prestado mucha atención cuando hablaba de ello.

Y tampoco recuerdo a ninguna niña que me siguiera a ningún lugar aunque, para ser honesto,

siempre había algún grupo de críos, mayoritariamente compuesto de niñas, que solía seguirnos a mis amigos y a mí allá dónde íbamos y que más tarde hacían lo mismo durante mi época en el instituto y en la universidad.

Caleb las llamaba medio en broma mis *groupies*.

Yo las ignoraba por consejo de mi hermano Caidan, que había tenido, como muchos de mis hermanos, el mismo problema con gente que solía seguirlo a todas partes, desde casa hasta el colegio o más adelante el trabajo, para soltar risitas, mirarlo fijamente, o hacerle fotos.

O, los más irrespetuosos, intentar tocarlo sin su permiso o soltarle comentarios lascivos.

Ese acoso era un comportamiento preocupante y algo horripilante que nunca había comprendido del todo y que siempre me había incomodado.

Zain nunca había mencionado que una de sus primas era una de esas *groupies* acosadoras. Quizá no había querido avergonzarla.

—Lo lamento, no sé de quién me hablas.

Bert debe ver que mi ceño fruncido no es del todo agradable, porque cambia de tema inmediatamente con cara de haber metido la pata.

—Ay, Ay, no te preocupes. Es solo que pensé cuando vi cómo te miraba que,... pero nada. Nada. Mi instinto debe de haber estado mal. No hagas caso a este viejo y tonto Reno.

Su Compañera suelta un gruñido molesto pero continúa con la vista fija en Liam, que está junto a Caidan hablando con él en voz baja. Está claro que no le gusta que su Reno se menosprecie a sí mismo ni en broma.

Me encojo de hombros, pero lo cierto es que sus palabras me intrigan.

Súbitamente, no puedo quitarme la sensación de la cabeza de que hay algo que no estoy viendo con claridad cuando pienso en la desconocida prima de Zain.

«*Mi instinto debe de haber estado mal.*»

Resuenan en mi mente las palabras de Bert, que tiene la mano en el negro cabello de su Compañera con expresión de estar contento así tal como está a pesar del frío y de todo lo demás.

Algo golpea mi conciencia al fondo de mi mente intentando hacerse oír. Algo que me dice que el instinto del Reno quizá merezca la pena que se le preste atención.

Cuando pienso en mi Compañera, siempre he imaginado a una mujer más o menos de mi edad, humana o Loba como Clara.

Por supuesto, de vez en cuando ella tenía la cara de una actriz o famosa favorita en ese momento en mis fantasías.

Pero siempre se trataba de una mujer humana o Loba.

Lo de tener una Compañera de otra especie diferente, como Caidan o el tío, no es algo en lo que haya pensado nunca.

Pero el nombre de Adele resuena en mi cabeza como un eco de algo familiar a lo que no puedo

ponerle nombre.

Quizá sea solo el cansancio o el estrés, pero acercarme un día a la pastelería- cafetería de la Cambiante de Reno y mirarla a los ojos e intentar capturar algo de su aroma natural a ver cómo reacciono para dejar a un lado cualquier duda por ridículo que ello sea no me cuesta nada.

—Muy bien, familia y... y amigos. —Finaliza Liam tras una pausa poco propia de él al mirar a los Ferales, poniéndose en pie y dando una palmada para llamar la atención de todos. Los Ferales lo miran con desconfianza. Se han reunido en un pequeño grupo alrededor de la Bisonte y permanecen cerca del fuego y de Sorren y Jane. —El tío Sorren está fuera de peligro y nosotros hemos de prepararnos para pasar la noche en la tundra, así que habrá que sortear quién se queda con quién porque no hay tiendas de campaña para todos.

Hemos traído lo bastante como para aguantar unos cuantos días (lo que planeábamos que durase la construcción de la cabaña) en los remolques atornillados a los quads, pero no contábamos con una manada de Ferales y un par de Cambiantes más que alimentar, ni tampoco con lo que ha sucedido con Sorren.

Nuestra idea era encontrar a Sorren, construir una cabaña para que el tío pudiese refugiarse en ella en condiciones dignas de manera temporal, ayudarlo con su Compañera de alguna forma, y después volver a casa todos juntos.

Si no lográbamos solucionar lo de su Compañera y convencer a Sorren de que volviera con nosotros, el plan era ir turnándonos para estar con él en la tundra y evitar de esa manera que pasase más tiempo solo aquí.

Cuidar de él, en pocas palabras.

Las dos manadas se levantan y empiezan a hablar entre ellas en voz baja.

Los Ferales, acompañados de Bert y la Pantera, se quedarán en la cueva cerca del fuego a pasar la noche, pero pondremos un toldo improvisado sobre varios de los postes de madera con una de las telas impermeables que hemos traído con nosotros en la entrada para protegerlos del aire helado de aquí.

Sorren, que todavía no puede ser movido, pasará la noche bajo otro de esos toldos que ataremos al árbol, junto a su Compañera, que no planea moverse de su lado.

Y el resto nos repartiremos las tiendas restantes, turnándonos para ir echando un vistazo al estado de Sorren, aunque Caidan haya dicho que está ya fuera de peligro y que solo necesita descansar.

Ahogo un bostezo y me froto los brazos.

Aquí oscurece muy rápido y la noche es helada.

No sé cómo el tío ha logrado aguantar en estas condiciones.

Ayudamos entre todos a terminar de montar el campamento y a recoger los desperdicios de la cena y meterlos en una bolsa que luego cargamos en uno de los quads para reciclar más adelante, y nos dividimos para pasar la noche.

Confiamos el que tener tres Alfas, nada más ni nada menos, con nosotros, nos permita descasar sin necesidad de estar constantemente vigilando nuestras espaldas.

El bosque y sus instintos nos avisarán si hubiera algún peligro cercano. Y además hay demasiados depredadores presentes como para que nadie se atreva a atacarnos.

Sería un suicidio.

Cuando, algo más de una hora después, me tumbo en el saco de dormir dentro de mi tienda asignada, que comparto con el Zorro porque al parecer él ha decidido que prefiere dormir en el cálido interior de una de estas y soy el único que duerme solo (Blake, que todavía está alterado, se quedará esta noche con Liam y Sheila), no puedo conciliar el sueño a pesar del cansancio.

Tras ser llamado por Ewan para hacer mi turno guardando al tío y a su Compañera, y volver luego a la tienda siendo relevado por Blake, que tampoco parece haber pegado ojo, me acuesto de nuevo ignorando la protesta del zorro e intento conciliar el sueño sin éxito.

Durante horas, escucho la respiración de mi familia y de, aparentemente, las nuevas adiciones a mi manada, que cada vez es más grande y más diversa, y mi mente vuelve una y otra vez de manera obsesiva a las palabras de Bert.

«Mi instinto debe de haber estado mal.»

Pero no. No puede ser.

Si Adele Reindeer fuese mi Predestinada, ya nos habríamos encontrado. Ya lo sabría.

Vivimos en la misma ciudad, y Green Valley no es tan grande como para que nuestros caminos no se hayan cruzado nunca.

Seguramente ya lo hemos hecho y no me llamó la atención, así que no guardo el recuerdo de ella.

Adele.

Su nombre, sin embargo, no deja de repetirse en mi mente una y otra vez.

Adele.

La cabeza me duele, como si estuviera intentando hacer memoria de un recuerdo lejano e importante.

Como la sensación de estar cerca de una respuesta cuya pregunta ni siquiera sabía que me había estado haciendo.

Adele.

Al final, me duermo justo antes del alba, y me despierto poco después cuando Duncan abre las solapas de mi tienda para avisarme de que estamos levantándonos para el día y de que Sorren ha mejorado durante la noche.

Y lo hago con su nombre en la punta de la lengua, como si hubiese estado soñando con ella y estuviese a punto de aullarlo, llamándola.

Adele.

A kilómetros de distancia de allí, una joven Recesiva de Reno enciende los hornos para hornear el primer pan del día que ha terminado de amasar por última vez y se detiene unos momentos para girar la cabeza como si alguien hubiera dicho su nombre.

Pero en la cocina no hay nadie más que ella y Cecile, su prima, que está terminando de poner los últimos cruasanes de esa mañana en la rejilla de hornear.

—Qué extraño. —Murmura ahogando un bostezo antes de volver al trabajo.



Jane

—No te levantes, Lobo cabezota, y acábate el guisado.

Sorren me mira con ojos grandes y llenos de súplica, pero yo me trago las ganas de ceder y enderezo la espalda, señalando la cuchara llena de guiso que tengo en la mano.

Han pasado algo más de dos días desde el terrorífico momento en el que la manada Wolf nos encontró, y el miedo a perder a mi Compañero por fin se ha desvanecido.

Principalmente, porque está siendo sustituido por la exasperación.

Mi Lobo no deja de intentar levantarse con cualquier excusa.

Primero, señalizando que quería desahogar su vejiga; después que si quería estirar un poco más las patas; luego que le molestaba estar tanto rato tumbado,... y yo me he impuesto la tarea de mantenerlo sobre las mantas que sus sobrinos han tendido para él y obligarlo a que se quede quieto y se recupere con tranquilidad.

Ahora que los chicos Wolf están aquí, ya no nos falta ni comida ni ropa ni nada más.

Y sus heridas, aunque están recuperándose muy bien gracias a las atenciones del chico Wolf médico cuyo nombre empieza por “Ca” o algo así (hay tantos Wolf que es difícil recordarlos a todos), todavía tienen que sanar un poco más.

—Sorren, tumbate y cómete el guisado. No me hagas repetirlo.

Es un paciente difícil.

Desde el mismo instante en el que recuperó la conciencia tras haberla perdido poco después del golpe, había intentado empezar a moverse.

Habíamos tenido, entre el macho Alfa de su manada y yo, que convencerlo de que se tumbara de nuevo para no empeorar su situación.

Mi Lobo abre la boca obedientemente y se traga la cucharada de guisado de conejo que han hecho varios de sus sobrinos de cuyo nombre no puedo acordarme.

Ahora mismo mi mente está llena de preocupación por mi Compañero y de poco más. Soy incapaz de centrarme en nada que no sea él.

Llevo puesta una muda de ropa que me ha traído una de las chicas Wolf, la que es tan amable y huele a vainilla, que creo que se llama Natalia o algo parecido, y que huele vagamente a ella así que asumo que tiene que ser suya.

Nuestra ropa, que el doctor Wolf desató de la espalda de Sorren y que al parecer ayudaron a que

el golpe que se dio contra el árbol cuando la Bisonte lo lanzó por los aires no fuese tan grave para su columna, actuando de barrera entre la dura corteza y sus huesos, han quedado bastante mal paradas después de tanto ajetreo.

Y además tampoco olían precisamente a rosas tras haber estado en un baúl de la cueva quién sabe cuántos años y después en nuestros cuerpos durante días.

No las echaré de menos. Ni a esas botas grandes e incómodas que me dejaron los pies llenos de llagas continuamente tampoco.

Sorren se acaba el guisado y yo me acerco al fuego y Nina, la Alfa Osa, me rellena el bol con más. Que le hago comer, también, ignorando sus protestas, porque ahora que está sanando necesita más energía que de costumbre.

—Come y calla, amor.

Se queda callado y tranquilo después de mi reniego, y me doy cuenta de que lo he llamado amor y de que eso le ha hecho feliz.

Mi tierno y tonto Lobo feroz, pienso con ternura, y mis movimientos se vuelven más suaves mientras lo alimento.

—¿Quieres un poco de agua?

Sorren asiente, y yo me acerco al fuego otra vez y Nina, cuyo nombre es uno de los pocos que puedo recordar con cierta seguridad, me da otro bol, esta vez con agua, que vuelco lentamente en la boca de mi Lobo.

—¿Quieres más agua?

Él niega con la cabeza y mira a alguien detrás de mí, y yo me giro para encontrarme cara a bragueta (casi, pero muy cerca) con el amable doctor Emparejado con la Osa Alfa.

El bulto no está nada mal, se me pasa por la cabeza antes de que aparte la mirada a toda prisa, avergonzada por mis pensamientos impulsivos.

Qué curiosa pareja hacen esos dos, pienso con una sonrisa.

—Ha intentado arrancarse las vías otra vez, pero está mejor. —Le digo al médico antes de que pueda preguntar.

Está inclinado con una mano sujetando las solapas de la tienda improvisada sobre nosotros, dentro de la cual yo estoy sentada junto a la inmensa forma de mi Lobo, y nos mira con un par de ojos azules muy parecidos a los de mi Sorren, pero más claros y diáfanos que el azul grisáceo tormentoso de mi amado.

—Tío Sorren. —El Lobo más joven mira a su tío con una advertencia, dulce y afable, pero firme y sin dejar pie a discusiones. —Te quitaré las vías en un par de horas, ya que pareces estar mejor, pero no intentes arrancártelas de nuevo o tendré que decirle a Liam que se pase a hablar contigo otra vez.

Liam es el Alfa Lobo, y ya ha reñido a su tío más de una vez por cabezota.

Sorren mira con indignación a su sobrino y emite un gruñido molesto, pero no intenta levantarse. Al parecer ha aprendido la lección desde la última regañina.

Ca-algo (sigo sin acordarme del nombre. Demasiados hermanos), me sonrío y me tiende un cuenco lleno de guisado de verduras que los Wolf han tenido la amabilidad de hacer en un cazo aparte para Bert y para mí, ya que el resto de la manada, siendo Ferales, prefieren las plantas crudas, y yo se lo agradezco y me acomodo mejor junto a mi Lobo tras darle su cazo vacío de guiso de conejo al Lobo más joven para que se lo lleve.

Muy amables, todos estos Wolf, a pesar de su fama de solitarios y arrogantes, según recuerdo haber oído que la gente decía durante mis primeros días en Green Valley hace ya tanto tiempo.

Por la fecha, que le he preguntado a Natalia (si es que se llama así) en cuanto Sorren ha salido de peligro y he podido dejar de pensar angustiada en sus heridas y centrarme en otras cosas poco a poco, debo de haber estado Perdida siendo Feral durante al menos diecisiete o dieciocho años.

Dieciocho años.

La cifra, que era algo menos de lo que yo había calculado en un primer momento, me ha dejado helada de la impresión, y solo la constante presencia y el apoyo de mi Lobo han mantenido a raya un ataque de pánico.

No me he separado de él ni un solo segundo, y me aferro a él espiritual y físicamente como lo hice ya al volver en mí tras recobrar mi lado humano de nuevo: como a un salvavidas.

Por ahora, me centro en cuidar a Sorren.

Más adelante tendré que centrarme en cuidar de ambos: de mí y de él. Cuando nos Emparejemos.

E ir a terapia. Porque sé que esta es una de esas cosas, uno de esos traumas, que no se solucionan solo con fuerza de voluntad.

Tengo que retomar las riendas de mi vida de nuevo.

Sorren lame uno de mis antebrazos con lo que yo he empezado a llamar sus besos de Lobo, y yo le sonrío y me trago las lágrimas que últimamente aparecen de vez en cuando y sin previo aviso.

Tengo tantas ganas y, al mismo tiempo, tanto miedo, de volver a Green Valley y ver a mi familia, que a veces las manos me tiemblan y el corazón me late rápido y lleno de pánico dentro del pecho. Espero que mi familia esté bien.

No sé cómo van a reaccionar ante mí cuando vuelva.

Ni siquiera sé si siguen viviendo en la ciudad o volvieron a Florida o a algún otro lugar.

Solo sé que quiero volver a casa.

Este viaje ha sido ya demasiado largo.

—¿Jane? —El chico más joven de los Wolf abre las solapas de la tienda después de golpear uno de los postes para avisar de que va a entrar y me saluda con una sonrisa amigable.

Tiene un rostro apuesto, como el resto de los hermanos, pero de rasgos más suaves. Con el pelo bien cortado y peinado y un precioso par de ojos de color verde oscuro llenos de inteligencia.

Seguro que las chicas se desmayan al verlo. Tiene toda la pinta de ser un donjuán de esos que rompen corazones a menudo.

Como uno de esos guapos cantantes sobre los que las adolescentes se obsesionan hasta el punto de tatuarse sus nombres en sus pieles.

—Caidan dice que va a pasarse en breve a echar un vistazo al tío y que posiblemente podamos poner rumbo a casa esta tarde si todo va bien.

Trago saliva y murmuro algo que suena a un «vale» pero que mis labios dicen y mi cerebro no registra.

Vamos a volver. Ya. Esta misma tarde.

Por supuesto, habíamos estado haciendo el viaje de vuelta con ese mismo propósito.

Pero no es lo mismo hacerse a la idea de un viaje largo de vuelta a casa a que de repente la puerta se abra y te lance a lo desconocido.

Sorren vuelve a lamer mi antebrazo.

Sé que quiere Cambiar a su forma humana y abrazarme, porque se le nota en la mirada y en el roce de su alma contra la mía, desbordante de preocupación, pero yo pongo una mano sobre su lomo y me acurruco contra él.

—Solo estoy nerviosa, no te preocupes. Se me pasará.

Lo digo en voz alta tanto para él como para mí misma.

Hasta que no afronte mis miedos, éstos no se desvanecerán.

Y si quiero recuperar mi vida (y lo quiero con unas ganas tremendas), debo dar este paso y volver a encontrar ese carácter firme y obstinado que es parte de mí y que me ha ayudado tantas otras veces a hacer frente a situaciones difíciles.

Como la muerte de mis abuelos, el huracán que asoló nuestro hogar, o la pérdida de todo lo que habíamos construido en Florida; de mi casa y de mi trabajo pero, sobre todo, de los animales y de algunos trabajadores del refugio que murieron en la catástrofe.

Mi vida ha sido un camino lleno de baches, y yo debo volver a encontrar esa fuerza en mi interior que me hace capaz de mirar al futuro con esperanza venga lo que venga y suceda lo que suceda.

Esa soy yo, y no voy a permitir que mis miedos me dominen y me derroten.

—Muy bien. —Cojo aire y cuadro hombros física y mentalmente.

Si ser Feral no ha acabado conmigo, esto tampoco lo hará.

Si mi familia se ha mudado, los encontraré. Y si les ha pasado algo,... es mejor no pensar en ello y centrarse en lo positivo, decido al instante.

—Hola de nuevo. ¿Todo bien?

Caidan (ahora que el chico más joven ha mencionado su nombre se me hace más fácil recordarlo), entra en la tienda y nos saluda cordialmente, y yo me hago a un lado para que pueda revisar a Sorren y comprobar que todo va bien sin impedimentos.

—Muy bien, tío Sorren. —Dice sentándose en cuclillas junto a la forma tendida de mi Lobo con una sonrisa que me llena de alivio. —Creo que puedes Cambiar y que podemos hacer el viaje de vuelta en los quads, siempre y cuando no hagas esfuerzos y viajes tumbado en uno de los remolques.

Sorren no tarda en Cambiar, y la tienda se llena de una humareda negra que nos hace toser a su sobrino y a mí.

En cuanto es humano de nuevo, se lanza a mis brazos y me agarra apretándome contra su pecho con fuerza, y yo aspiro su aroma y dejo que su presencia me rodee en todos los sentidos.

Y le devuelvo el abrazo con cuidado para no hacerle daño; con las manos temblorosas por el susto que me ha dado este Lobo terco y sobreprotector que no piensa antes de actuar.

—No vuelvas a hacer eso. —Le digo respirando entrecortadamente. —¿Me oyes? No vuelvas a asustarme así.

Él se disculpa contra mi oído y me besa la mejilla y el cuello y se aparta de mí a regañadientes porque otro de sus sobrinos acaba de abrir la entrada de nuestra tienda y se está aclarando la garganta para llamar su atención.

Es el que se parece al Alfa pero es más bajito y más oscuro, con facciones más hoscas pero amabilidad en la mirada.

—Me alegro de verte bien, tío Sorren. Nos tenías preocupados. —Le dice a mi Lobo.

—Y yo a vosotros, cachorro. Me alegro de veros. Mucho. —A Sorren se le rompe la voz de la emoción y su sobrino se agacha hasta estar a su misma altura y apoya la frente contra la de mi Compañero en un gesto afectuoso.

—Caidan, Liam quiere hablar contigo. —Dice el Lobo recién llegado al cabo de unos minutos de emotivo silencio.

El doctor sale de la tienda tras despedirse quedamente poniendo una mano en el hombro de su tío con un apretón afectuoso.

Imagino que los tres restantes pintamos una imagen extraña.

Sorren y yo todavía estamos abrazados, y su sobrino (uno de tantos, que creo que es el Compañero Emparejado de la chica Natalia), tiene una mano en el pelo de mi Compañero, que ha empezado a llorar de emoción contenida e imagino que de todo el estrés que debe de haber estado acumulando durante todos estos años y de lo mucho que debe de haber echado de menos a su familia también, y su frente apoyada todavía contra la de su tío mientras le dice lo mucho que lo ha echado de menos. Lo mucho que todos lo han echado de menos.

No hay recriminaciones ni preguntas ni exigencias en su tono, solo afecto y compasión y comprensión.

Debajo de esa fachada ruda que tiene este joven Lobo hay un corazón de oro, comprendo mientras estoy ahí, acurrucada entre los dos.

Cierro los ojos y me dejo llevar por el momento.

Se siente como estar en un limbo lleno de afecto inagotable y eterno.

Los minutos pasan, y no nos separamos hasta que alguien vuelve a entrar en la tienda tras golpear el poste de madera a modo de saludo.

—Liam quiere saber si todo va bien.

Es la hembra Alfa. La Compañera de Liam, que debe ser el Alfa Lobo.

Y nos mira con una sonrisa comprensiva cuando nos ve así.

—Le diré que podemos esperar un poco más.

—No hace falta. —Dice mi Sorren limpiándose las lágrimas de sus mejillas. —Ahora vamos.

Mi Lobo me abraza por última vez y deposita un beso sobre mi mejilla mientras su sobrino se levanta, y a mí me cuesta dejarlo ir después de haber estado a punto de perderlo.

Nunca había pasado tanto miedo en mi vida.

Ni siquiera durante el huracán. O tras despertarme en esa cueva oscura tras haber recobrado mis recuerdos.

No quiero volver a pasar por algo así jamás.

Salimos de la tienda. Sorren tiene un brazo sobre mis hombros, porque sus heridas todavía están sensibles y sanando, y otro sobre los de su sobrino, y cuando el resto nos ven se acercan a nosotros con ojos ansiosos pero contentos.

—Tío Sorren... —Empieza a decir el chico rubio que se lanzó a por él desobedeciendo las órdenes de su Alfa, pero Sorren lo corta con un cabeceo y hace un ademán indicándole de que se acerque a abrazarlo.

Me aparto un par de pasos, y el chico Wolf abraza a su tío con cuidado y se echa a llorar en su hombro como si fuese un niño asustado.

—Lo siento tanto. —Le oigo decir entre hipidos.

—Lo sé. Tranquilo. Estoy bien.

El resto se alejan de nuevo para darles espacio, y Sorren pasa varios minutos con su sobrino arrepentido en brazos, que después de llorar hasta desahogarse no se aleja de nuevo de su lado como si fuese un perro guardián determinado a proteger a mi Compañero hasta del silbido del viento, contra el que se sitúa para que no le dé de pleno a su tío.

Mi Compañero pasa un buen rato saludando y abrazando a cada uno de sus sobrinos y a las Compañeras de éstos, feliz de estar rodeado de nuevo de su familia, y el resto esperamos pacientemente a que la reunión de los Wolf termine.

Me acerco a la Bisonte y al resto de la manada del bosque, que lo contemplan todo situados cerca de una fogata no muy lejos de donde la reunión tiene lugar, y me siento junto a Bert y Karen, acariciando al Zorro de Nieve, que se sienta a mis pies pidiendo caricias, y sin apartar los ojos de mi Sorren porque siento que ahora mismo va a pasar un largo tiempo hasta que pueda dejarlo salir

de mi vista.

—Tengo tantas ganas de volver a casa. —Me susurra Bert al cabo de un rato mientras todos observamos las risas y la alegría de los Wolf, que rodean a Sorren y no pueden dejar de mirarlo y de tocarlo como si estuviesen maravillados de que sea real. —Pero al mismo tiempo estoy aterrado.

Esa es una emoción que comprendo muy bien.

—Yo también. —Le confieso, y me giro hacia Karen, porque la Pantera no suele participar en las conversaciones a no ser que le preguntes de manera directa, prefiriendo observar en silencio desde su sitio al lado de Bert. —¿Y tú, Karen? ¿Tienes ganas de volver?

La Pantera se encoge de hombros.

—Antes de Perderme solo estábamos mi hermano y yo, y no nos llevábamos muy bien.

Eso me sorprende. No es común para un Cambiante no tener lazos familiares fuertes, sin importar que sea de un Clan grande o pequeño.

—Es un cabrón machista y malicioso. —Nos dice, y da por zanjado el tema porque recuesta la cabeza sobre el hombro de Bert y cierra los ojos sin más, ignorándonos.

Bert le besa el pelo y ella esconde su rostro en su hombro para que no la veamos sonreír por la felicidad que le produce el gesto lleno de afecto.

Sospecho que, debajo de esa actitud arrogante, Karen es tímida y sensible, y estoy determinada a ser su amiga.

La Pantera me gusta.

Es fiera y fuerte y leal y se nota que ama a Bert con locura, cosa que no es poco común en un Cambiante, pero dado que son especies diferentes algunas tensiones sí que serían, por desgracia, algo que esperar. Especialmente si se trata de una especie no muy numerosa y con Clanes pequeños, como suelen serlo las Panteras o los Osos u otros tipos de Cambiantes menos comunes, que suelen tener Leyes estrictas sobre la reproducción.

Lo sé porque una de mis mejores amigas en Florida era Pantera y me lo contó cuando éramos más jóvenes, entre susurros avergonzados, cuando yo inquirí confusa sobre por qué no parecía llevarse bien con su madre, algo que no es común en familias tan unidas como las de los Cambiantes.

Pero a Karen el hecho de que él sea un Reno y ella una Pantera le trae sin cuidado.

Y a él parece que también.

Son felices de estar juntos opine lo que opine el mundo.

Igual que Sorren y yo.

La Alfa Bisonte se nos acerca y resopla suavemente calentando mi mano con su aliento, y yo le acaricio el morro y acepto sus disculpas como lo que son.

No la culpo por reaccionar de manera instintiva, ni tampoco culpo al idiota del sobrino de mi Compañero (el pobre casi se muere del susto). Entiendo que ha sido un accidente y que estas

cosas ocurren cuando actúas sin pensar.

Estoy más enfadada con mi Compañero por ponerse en peligro que con el joven Lobo o la Bisonte, si soy honesta.

Pero se me pasará.

Con tal de que Sorren no lo vuelva a hacer jamás.

Eso de ponerse en peligro por otros se ha acabado, y se lo pienso dejar muy claro en cuanto podamos tener una conversación tranquila y a solas.

Los Wolf han recogido la mayoría del campamento mientras nosotros estábamos en la tienda, y ahora solo quedan unas cuantas sillas, la fogata, y los restos de sus huellas sobre la nieve embarrada.

Todo está cargado de nuevo en los quads, excepto la madera, que han metido en la cueva ahora que tienen que despejar los remolques para llevar a una manada extra de vuelta a Green Valley.

Los remolques han sido asegurados de nuevo, y varios de ellos están vacíos y a la espera de ser llenados.

Con los quads, tardaríamos quizá un par de días en llegar a la ciudad. Un trayecto de semanas a paso lento se convertiría en uno de unas horas.

Y, si sigo pensando en las posibilidades que me esperan cuando vuelva, mi estómago se va a llenar de angustia por los nervios de nuevo.

Así que respiro hondo y procuro estar en calma.

Cuando el Alfa Lobo se nos acerca con Sorren y el chico arrepentido a su lado, y saluda a la Bisonte con respeto pero con cierto recelo, sé que ha llegado la hora de decir adiós al bosque y a mi vida como Feral.

—Nos vamos cuando estéis listos. —Dice con seriedad.

Bert se remueve de excitación en su asiento y la manada Feral se llena de resoplidos y discuten entre ellos qué van a hacer, hasta que un suave bramido de la Bisonte los calla a todos.

La Alfa se acerca a mí, y yo sé que quiere que la ayude a subir a uno de los remolques.

Será la primera y dará ejemplo al resto de su manada, como los Alfas suelen hacer.

Los quads son grandes y potentes y han sido construidos especialmente para el viaje, o eso le escuché decir a un sobrino Wolf, pero, cuando echo un vistazo a la enormidad de mi amiga y protectora, no sé si esas cosas podrán arrastrar su considerable peso.

Pero me sorprende cuando, de hecho, la Bisonte trepa hasta el remolque y se acuesta en el espacio de metal, ocupándolo todo con su tamaño pero sin caerse.

La nieve no es tan densa ni profunda aquí como lo es en la parte más al norte de la tundra, pero aun así las ruedas se hunden en el suelo.

—No te preocupes, aguantará. —Me dice el Wolf más joven.

Palmeo el costado de la Bisonte y ésta lame la palma de mi mano cuando le acaricio el morro y le

digo lo orgullosa que estoy de ella.

Sé que no es fácil para los Ferales dejar atrás su instinto.

Una vez su Alfa está en el remolque, el resto de la manada la sigue sin preocupaciones, confiando en las decisiones de su líder.

Los dos Ciervos se suben cada uno a un remolque, ya que son demasiado grandes como para compartir uno, y el Zorro ocupa otro junto a Sorren, al que sus sobrinos tienden sobre unas mantas apiladas para que el metal no lo moleste, y yo, que me tumbo al lado de mi Compañero abrigándome bien bajo las mantas que comparto con él para protegerme del frío del viento helado de finales de invierno.

Bert y Karen se suben a otros y se sientan juntos sobre otra pila de mantas, esperando a que nos pongamos en marcha.

Poco después, los Wolf han terminado de recoger el campamento y ponemos rumbo a Green Valley.

Agarro la mano de mi Predestinado entre las mías y me acurruco entre él y el Zorro, cerrando los ojos y pidiéndoles a todos los Espíritus y los ancestros y las fuerzas del universo que por favor mi familia esté bien y pueda volver a verlos pronto y que Sorren se recupere pronto sin más sustos.

Y, esta vez, siento que de verdad me escuchan.



Sorren

Green Valley es tal y como lo recordaba, aunque la ciudad es más grande y tiene algunas nuevas adiciones modernas a las que todavía tengo que acostumbrarme, como los teléfonos móviles ultraligeros o los ordenadores portátiles que pesan menos que mi viejo teléfono fijo sin cable y que son menos anchos que uno de mis dedos.

El primer día aquí pasa rápido.

Mis sobrinos nos llevan a casa y, cuando por fin veo la puerta de entrada del hogar que mis ancestros construyeron para la manada tanto tiempo atrás; la que ha sido siempre mi casa y en la que crecí junto a mi hermano y vi a sus hijos crecer; me echo a llorar como un niño una vez más durante un buen rato.

Jane no se separa de mi lado, y la manada Feral se queda con nosotros mientras mis sobrinos organizan una fiesta improvisada y Adrien me abraza durante veinte minutos y luego hace lo propio con su gemelo, pero Bert y Karen se despiden poco después de llegar y cogen prestado un coche para poner rumbo a una de las muchas casas de la familia Reindeer con el nerviosismo visible en sus rostros.

Puedo entender la impaciencia.

Estar en casa es algo indescriptible.

Un sueño que durante mucho tiempo creí inalcanzable pero al que me aferraba con dedos famélicos por el hambre y la soledad, incapaz de dejar de tener esperanza.

He vuelto a casa.

Y con mi Compañera a mi lado, como me juré que haría.

La vida, durante estos instantes y a pesar de todas sus penurias, es perfecta tal y como es y no podría pedir más.

Excepto la presencia de mi hermano y mi cuñada. Y de mis padres.

Pero eso es algo que he tenido años de soledad y reflexión para aceptar aunque una parte de mí siempre los recuerde y los eche de menos.

—¡Tío Sorren!

Miro hacia abajo para encontrarme con el animado rostro de la pequeña Samara, que extiende sus manos con ilusión.

Las hijas de Liam y de Duncan son adorables.

La pequeña Loba me sonrío y me tiende un dibujo que ha hecho mientras esperaba el retorno de sus padres, que ahora que están de vuelta en casa apenas logran soltar a su cachorra y la llenan de besos cada pocos minutos; y detrás de ella está Sonya, la joven hija adolescente de Duncan y su Pam, que me saluda con timidez y me dice que quiere ser una Loba algún día ella también y me da un rápido y tímido abrazo antes de esconderse tras la ancha espalda de su padre adoptivo, con Samara siguiéndola entre risas creyendo que se trata de un juego.

Y además Clara, la Compañera de los gemelos, está embarazada.

Una noticia maravillosa.

Los gemelos y yo hemos hablado largo y tendido, y Blake por fin parece estar recuperándose del susto poco a poco.

Y hasta he podido darle el hueso del pobre montañero que encontramos en la cueva a Nina, que ha prometido encargarse de la investigación e informarnos cuando sepa de quién se trata; y devolver a Aullidos a su último dueño: Aaron, que se ha emocionado cuando lo ha visto (después de mirarlo unos segundos sin poder reconocer al viejo peluche roñoso), y ha prometido lavarlo y guardarlo bien.

Hasta que uno de sus hermanos ha decidido que debería ser él quién lo cuidase y se ha desatado el caos porque todos querían a Aullidos como recuerdo.

Al final se ha decidido lavarlo y coser las costuras rotas y posteriormente mantenerlo en una vitrina de la sala en la casa principal, después de que Liam soltara un gruñido de Alfa cabreado cuando Ewan y Aaron se habían puesto a pelear por él.

Estos niños nunca cambian, pienso con afecto.

El Clan ha crecido, y lo ha hecho maravillosamente.

Sé que Nero y Hera estarían felices y orgullosos de sus hijos.

Pero Jane, aunque está feliz de verme feliz y no deja de sonreír, contagiada por el ambiente, no deja de pensar en su propia familia.

No hace falta que lo ponga en palabras para que pueda intuirlo.

Es lo que haría yo también.

No nos soltamos de la mano y, cuando llega la noche y mis sobrinos todavía no pueden separarse de mi lado a pesar de las protestas de Caidan de que necesito espacio para sanar y un buen sueño reparador, nos acurrucamos en el porche sobre una hamaca bajo las mantas mientras mis sobrinos discuten sobre qué película debo ver primero de las que me he perdido estando en la tundra y sus Compañeras montan el proyector para que la imagen se vea sobre un lado de la fachada de la casa y todos podamos disfrutar de ella sentados en sillones y hamacas junto a la fogata, mientras que Sonya, Pam, y Samara hacen palomitas de maíz en el interior de la casa.

Como en un cine.

Me sorprende ver el avance de las tecnologías. El aparato apenas es más grande que mis dos

manos juntas y ni siquiera tiene cables. Al parecer funciona con una batería LED, lo que quiera que sea eso.

Me siento como si estuviera en un capítulo de Star Trek, que solía ser una de mis series favoritas y que tengo ganas de poder volver a ver ahora que estoy de vuelta en el mundo moderno.

—Que hermosa familia tienes. —Murmura Jane ahogando un bostezo, y yo sonrío felizmente y le digo que mi familia ahora también es la suya, haciéndola sonreír y sintiéndome en las nubes por ello.

Pero algo no se me quita de la cabeza, ni a ella tampoco.

—¿Seguro que no quieres llamar a tu familia? —Le pregunto con cautela y en voz queda a mi Jane, que tiene la cabeza cerca de mi hombro y observa a las Compañeras de mis sobrinos montar el proyector y ampliar la imagen cerca de donde estamos tumbados.

Tendremos que movernos para ver la película que ellos decidan que debemos ver, pero ahora mismo estamos demasiado a gusto aquí.

Ella niega con la cabeza.

—Ni siquiera me los sé de memoria.

Sé que está asustada de averiguar qué es lo que les ha pasado, y no la culpo.

Mi Compañera es valiente y fuerte, pero todo el mundo tiene sus límites. Y los seres queridos suelen serlo para casi todos.

A mí me preocupa ella.

Espero que el Destino haya sido amable en ese aspecto de su vida.

Cojo su mano y enredo sus dedos entre los míos.

Llevo puestas algunas de mis viejas prendas, que me vienen grandes y anchas después del peso que he perdido estos años, y por fin hemos tenido tiempo de darnos una larga ducha caliente y de quitarnos toda la mugre de encima.

Y se ha sentido como si estuviéramos en el paraíso.

Ya no recordaba lo que era poder tener un lujo así.

Jane está adormilada, poco a poco siendo vencida por el cansancio, y yo sé que no aguantaré toda la película, puede que ni siquiera el inicio, pero mi mente sigue dándole vueltas a lo de su familia.

Oigo un resoplido y desvío la vista hacia la Bisonte.

Los Ferales campan a sus anchas en el territorio Wolf. Los Ciervos han hecho estragos en las flores que adornan los maceteros de la entrada, comiéndose hasta el último pétalo, y el Zorro está acurrucado sobre una pila de mantas junto a las niñas Sonya y Samara, que acarician su pelaje con fascinación, y sin duda está disfrutando de ser mimado y adorado por las dos pequeñas.

No parece muy mayor, el Zorro. Quizá algo más joven que Aaron, y me sorprende que se haya hecho Feral a esa edad. Como Jane, que también era muy joven cuando le ocurrió.

No es el mismo Zorro que el chacal que conocí intentó comerse una vez, así que debe de haber

más de los que yo creía Perdidos en la tundra.

Es una lástima muy grande.

Los de su especie son tan escasos. Y siempre es trágico Perder a alguien. Más aún si lo es de esa forma.

La Bisonte, en cambio, está tumbada sobre la hierba que todavía logra crecer a pesar del frío y la masca de vez en cuando mientras observa fascinada la imagen del proyector, como si estuviese hipnotizada por las luces y los colores.

—¡Votemos! —Escucho la voz de Liam elevarse por encima de la del resto, exasperado con la continua discusión de sus hermanos, que tienen listas de películas que ha escrito cada uno en las manos y no se deciden por cuál quieren empezar porque todos tienen ideas diferentes. —La película o serie que más votos tenga es la que gana.

—¿Y si hay empate? —Pregunta la voz de Aaron.

—Lo resolvemos a golpes. —Le responde Ewan, arisco porque nadie comparte las películas que ha elegido él, que siempre ha tenido un gusto por los clásicos de Hollywood. —Como Lobos que somos.

—De eso nada. —Oigo a Liam decir en tono de advertencia y a Caidan soltar un suspiro irritado y a Adrien empezar otra discusión cuando propone una carrera por el bosque como solución a un posible empate, que él y su gemelo tienen las de ganar porque son los más ágiles de la manada, y que da inicio a una nueva ronda de quejas por parte del resto.

Me duermo antes de ver qué es lo que han votado. O si es que logran llegar a un acuerdo.

Y sueño, por primera vez en muchos años, con la realidad que me rodea.

Con este momento, tendido aquí en la hamaca junto a mi Compañera y con mi familia y mis nuevos amigos a mi alrededor.

No desearía estar en ningún otro lugar o momento en el mundo.

Estoy en paz.



Jane

—¿Mamá?

Viven todavía en la misma casa.

Me ha costado todo el valor que poseía el volver aquí y enfrentarme al miedo de haberlos perdido, pero mis padres siguen aquí.

En cuanto mi madre abre la puerta y me ve frente a esta palidece y se tambalea, agarrándose al marco para no caerse.

La mujer que me mira tiene los mismos ojos de siempre; pero más apagados, más llenos de tristeza, y las arrugas que rodean su boca y sus ojos y que para una Cambiante de su edad no deberían de haber sido tan marcadas a sus setenta y ocho años, todavía casi en la mitad de su vida, hablan de grandes penurias.

—¿Jane? —Pregunta con un hilo de voz.

Y yo me echo a llorar en cuanto ella se derrumba sollozando como si no creyera lo que vieran sus ojos y la abrazo con fuerza dejándome caer de rodillas junto a ella.

—Mamá. —No soy capaz de decir nada más que sea coherente.

Tan solo de repetir la palabra una y otra vez, como solía hacer cuando era una niña de dos años con pesadillas.

—¿Sabrina? —Mi padre viene corriendo a la puerta de entrada desde el salón al fondo de la casa y se detiene frente a nosotras con cara de shock.

Y entonces se apresura a envolvernos a las dos en un abrazo y a llorar como jamás lo he visto hacer antes, ni siquiera tras la muerte de los abuelos.

Nos pasamos así un buen rato: solo abrazados y llorando a mares, hasta que las lágrimas se convierten en quedos sollozos y mis padres acarician mi rostro, mi cabello (que miran con asombro por su color, o la falta del mismo), mis manos. Como si no pudieran creerse que soy real y no un fantasma.

No son capaces de soltarme, ni yo a ellos.

Los llantos se convierten en risas de alegría, pero están llenas de una emoción delicada, quebradiza, como si fuese una tristeza amarga pero hermosa.

—Jane. Jane. —Mi padre no puede dejar de repetir mi nombre.

Sabrina y Jared Antelope se habían conocido cuando tenían diecisiete y quince respectivamente, y

habían estado juntos desde entonces. Tuvieron a mi hermana Odette cuando eran todavía adolescentes y a mí cuando mi madre tenía veintidós.

Habíamos venido las cuatro de seguido, una tras otra, y era quizá por ello que mis hermanas y yo estábamos tan unidas, ya que nuestra diferencia de edad no era mucha.

A mis espaldas, mi Compañero está sentado en el capó del coche en el que hemos venido. Un Lamborghini propiedad de uno de sus sobrinos.

Sorren nos está dejando espacio para que podamos vivir este momento en privacidad, pero yo tengo la urgencia de tenerlo a mi lado, de presentarles a mis padres al hombre al que amo.

A mi Alma Gemela.

Mi Compañero Eterno, vida tras vida hasta el final de los tiempos.

—Has vuelto a casa. —La voz de mi madre es tan débil que parece un suspiro casi inaudible.

Las manos de mi padre tiemblan cuando acaricia mi mejilla y se echa a llorar de nuevo con fuertes sollozos que sacuden su cuerpo.

Mis padres no son altos y fornidos como los Osos o los Lobos. Los Antílopes tendemos a ser bajos y delgados, y ellos no son ninguna excepción a la norma.

Posiblemente Sorren le saque unas cuantas cabezas a mi menudo padre en altura y bastantes centímetros en anchura, pero Jared Antelope no es un hombre que se amedrente por nada.

Cuando ve al Lobo sentado en el coche, suelta un gruñido desconfiado y se levanta como un resorte, situándose entre mi Compañero y mi madre y yo, que todavía estamos abrazadas en el suelo a sus espaldas.

—¿Quién eres, Lobo? —Exige saber.

—Papá. —Pongo una mano en su pierna para tranquilizarlo y llamar su atención. —Él es Sorren, mi Predestinado.

Mis padres se giran a mirarme con ojos como platos.

—¿Un Lobo?

Yo asiento. Es raro para un Cambiante ser Predestinado de otro Cambiante de una especie diferente, y más si uno es un depredador y el otro una presa, pero el Destino nos ha unido y es una de las pocas cosas que además el jodido ha hecho bien.

Sorren es el Compañero perfecto para mí.

Honorable, paciente, bueno y generoso.

Lobo o no, no querría a nadie más a mi lado el resto de mi vida. Y las que sigan. Y espero que mis padres puedan superar los prejuicios que a veces muchas especies, tanto humanas como Cambiantes, tienen sobre los Cambiantes de tipo depredador y que puedan ver más allá de su piel de Lobo.

Quiero que mi familia y mi Compañero se lleven bien.

Sorren se pone una mano en el amplio pecho y se inclina.

—Paz, padre de mi Compañera. —Dice haciendo un gesto tradicional de respeto.

Y mi padre se relaja y lo mira con duda, pero ya no hay agresividad en su cuerpo o su aura.

Los Antílopes solemos ser tan sobreprotectores y territoriales como cualquier otro Cambiante.

Durante las horas que siguen, mis padres son incapaces de soltarme. Incapaces de dejar de abrazarme cada dos minutos.

Incapaces de evitar echarse a llorar de súbito sin previo aviso mientras nos sentamos en el salón a hablar, ellos dos en los sillones con las manos unidas en el espacio que hay entre ellos y yo pegada al costado de Sorren, que tiene un brazo cómodamente echado sobre mis hombros ahora que ha concluido que mi padre no va a intentar cornearlo por ello.

Y yo tampoco soy capaz de alejarme de ellos.

No puedo evitar estallar de vez en cuando en arrebatos emocionales que me hacen abalanzarme a abrazar a mis padres solo para poder sentirlos todo lo cerca posible de mí.

Para sentirlos reales. Presentes.

Y no un sueño producido por años de locura y soledad.

Hablamos de todo.

De cómo Odette y su Compañero han tenido hace poco su primer nieto, fruto de la unión de su única hija, Jane (nombrada así en honor a mí), con un humano Cambiado que conoció en la universidad y que resultó ser su Predestinado a pesar de ser uno de sus profesores.

Por suerte uno de los más jóvenes, recién contratado tras finalizar su máster.

De cómo Trina se ha convertido en una poeta reconocida mundialmente y ha abierto un club donde se hacen recitales de poesía cada noche junto a su Compañero, un Ciervo, aquí en Green Valley, llamado *El Recuerdo de Jane*, que también es el nombre de uno de sus poemas más conocidos.

De cómo mi hermana Tamara y su Pareja se habían hecho cargo del refugio de animales en mi honor cuando la antigua gerente se había jubilado.

El ver cómo mi desaparición ha afectado a la vida de mi familia, el escucharlo de sus propios labios, es un shock para mí, y si no fuera por la presencia constante y calmada de Sorren, que no se aleja de mi lado ni un solo segundo, sé que me derrumbaría de nuevo sin poder evitarlo.

Mis hermanas llegan a la casa una tras otra después de que mi madre las llame por teléfono.

Dos con sus Parejas, y Odette con el pelo alborotado como si hubiera corrido todo el camino hasta aquí desde su casa unas manzanas más abajo.

Y, en cuanto entran por la puerta, se abalanzan sobre mí llorando y gritando y la casa se vuelve a llenar de llantos y risas y abrazos y besos.

—Te buscamos durante meses. —Me dice Trina en un susurro lleno de tristeza mientras me aferra la mano con tanta fuerza de manera inconsciente que los nudillos se le ponen blancos. —Meses. Pero no pudimos encontrarte. Solo tu coche.

—Mamá supo lo que te había ocurrido de inmediato. Antes de que encontráramos el coche. —Me

dice Tamara limpiándose las lágrimas de los ojos y volviendo a llorar otra vez segundos después arruinándose el maquillaje sin importarle mucho. —Cayó al suelo poco después de que te fueras a trabajar y se echó a llorar de tal manera que nos asustó a todos. No había quién la consolara.

Me acerco a mi madre y la abrazo de nuevo rompiendo a llorar en secos sollozos, porque no me quedan lágrimas que derramar y además está empezando a dolerme la cabeza de la deshidratación. Estoy tan aliviada de que estén todos bien, cuerdos y vivos, que no dejo de pensar en lo agradecida que estoy de que al menos ellos no hayan tenido que pasar por la Feralidad.

De que todas tengan a su lado a sus Compañeros o, en el caso de Tamara, a su Compañera, una alta y silenciosa Chacal llamada Gendra que la consuela en suaves murmullos cuando llora cada vez que me mira y me toca para comprobar que todavía estoy aquí.

Conozco bien esa sensación de no poder creerse lo que ven los ojos.

Cuando llega la noche, mis padres se empeñan en cocinar todos mis antiguos platos favoritos: desde pizza de verduras hasta sopa de tomate, y nos sentamos alrededor de la mesa todos juntos, cogiendo sillas y mesas plegables extras del ático cuando no cabemos todos.

Mi sobrina, a la que nunca llegué a conocer, se nos une junto a su Emparejado y su hijo recién nacido, y allí, con Sorren a mi lado y mi familia riendo y llena de amor y de felicidad y presentes a mi lado, siento que por fin la vida vuelve a tener sentido.

Que por fin estoy en casa.

Y que esta vez nada me separará de ellos.



*Epílogo***Jane**

Nos Emparejamos el primer día oficial de Primavera.

Organizo la boda con mis hermanas y con las Compañeras de los sobrinos de Sorren, que pronto serán mis sobrinos políticos.

Desde las coronas de flores de los invitados hasta el diseño del tradicional tatuaje de Emparejados (y eso lo diseño yo a solas, escondiéndolo de Sorren cada vez que mi Compañero intenta echar un vistazo por encima del hombro, curioso como es, ya que quiero que sea una sorpresa) que será grabado en mi piel durante el acto.

Está todo hecho a toda prisa, pero mi familia, que además parece haber hecho buenas migas con los Lobos, se coordina con la manada Wolf para montarlo todo en tiempo récord.

Incluso logramos que un Agrádt, una Sacerdotisa del Bosque que sigue las antiguas tradiciones de nuestras especies (diferentes a las de las humanas en algunos aspectos como lo son los templos dedicados a los Espíritus y los Ancestros en la tierra de cada Clan y los más grandes y ceremoniales a la Voz de la Naturaleza y al Bosque, aunque muchos ya no siguen a rajatabla las antiguas creencias de nuestros ancestros), oficie la ceremonia.

Yo voy vestida de blanco, como lo había soñado (mis hermanas y yo pasamos un día de compras en el centro hasta dar con mi vestido en un *outlet* de vestidos de boda casi por casualidad), y Sorren, que se ha cortado el pelo y arreglado la barba, lleva un esmoquin gris con camisa blanca y zapatos negros que lo hacen parecer un apuesto príncipe Lobo.

Decimos nuestros votos y la Agrádt tatúa los nombres en las zonas que hemos escogido para ello.

La ceremonia en sí es sencilla, pero hermosa.

Sorren se lo tatúa en el pecho, justo encima del corazón. Las letras de mi nombre las ha diseñado para que sean elegantes y fluidas y están rodeadas de flores en estilo acuarela y coronadas por un par de cuernos de antílope en negro.

Es muy yo. Ha capturado muy bien mi esencia.

Y es hermoso, incluso con la piel enrojecida e inflamada que poco a poco va sanando frente a mis ojos cuando la Sacerdotisa finaliza su trabajo, y yo me inclino y beso su pecho justo sobre las

letras de mi nombre en un impulso.

Yo soy la siguiente.

El nombre de mi Sorren lo he esbozado en letras gruesas, negras y de estilo antiguo, como si fuesen runas, y la «o» es una luna en plateado con la silueta de un Lobo aullando en su interior, y está situado justo debajo de mi clavícula izquierda.

Quiero que cuando me ponga una camisa todo el mundo sea capaz de verlo.

De saber que él me pertenece y yo a él.

Él me sonrío, y yo lo miro con adoración y se me llena el pecho de felicidad al ver su sonrisa. Nunca lo había visto tan feliz como en este momento.

Cuando nos levantamos cogidos de la mano después de que nuestros tatuajes estén terminados, la Agrádt da por finalizada la ceremonia tras unas palabras de bendición en nombre de los Espíritus y del Bosque y la gente suelta gritos de felicidad y aplaude mientras descendemos de la dais en la que se ha llevado a cabo el ritual.

Caminamos con los dedos entrelazados, incapaces de soltarnos, y recibimos las bendiciones de todos los presentes: mi familia y la de Sorren, que ahora son oficialmente una unida; Nina, la Osa Alfa, y su manada de Osos; y Bert, Karen, y parte de la familia de Bert, que los rodean con rostros llenos de tanta alegría como los de nuestros propios Clanes.

Y los Ferales, que son mis amigos y parte de mi manada, y que lo observan todo con ojos curiosos desde fondo del jardín en el que la ceremonia se ha llevado a cabo, medio escondidos entre la línea de árboles.

Les miro y les sonrío, y la Bisonte Alfa alza su gran cabeza y suelta un bramido de felicitación como si supiera qué es lo que está ocurriendo y el significado que tiene esta ceremonia.

A su lado, los Ciervos y el Zorro blanco elevan sus propios gritos de júbilo antes de que la manada de Ferales decida que la algarabía que hacen nuestros invitados mientras ponen música y se acercan a la pista de baile y a las mesas llenas de comida es demasiado para ellos y ponga rumbo al otro lado de la casa a buscar hierba fresca, que los hermanos Wolf todavía mantienen con vida milagrosamente a pesar del frío que todavía hay en el aire.

Sorren y yo hemos tomado una decisión.

Ahora que sabemos que los Ferales pueden ser devueltos a su estado anterior, y que para ello lo más probable es que necesiten encontrar a su Predestinado, preferiblemente en forma animal, estamos determinados a recorrer todo Green Valley (y más allá si hace falta), hasta encontrar los suyos.

Nos lleve el tiempo que nos lleve, veremos a todos los miembros de nuestra manada Emparejados y a salvo de la Feralidad.

Y, si podemos, al resto de los Ferales también.

Y tenemos planes de empezar en cuanto hayamos construido nuestra nueva casa en un terreno que

Liam, su sobrino Alfa, nos ha regalado, y que está a medio camino entre la casa de mis padres y el territorio Wolf.

Pero, por ahora, lo importante es que por fin Sorren y yo podemos estar juntos y completar nuestro Emparejamiento sin interrupciones.

Me ruborizo como una cría al pensar en ello.

Cuando me Perdí como Feral no había tenido ninguna experiencia sexual más allá de unas cuantas exploraciones y vibradores usados a altas horas de la noche cuando toda mi familia estaba dormida o cuando sabía que no había nadie en casa.

Así que técnicamente soy una virgen de casi sesenta años.

Me río al pensar en ello.

Me importa un pepino.

No habría querido tener esta experiencia con nadie más que no fuera mi esposo, de todas formas.

Pensar en Sorren como mi esposo además de mi Emparejado me hace sentir mariposas en el estómago.

—Deberíamos escaquearnos. —Me dice con ojos brillantes mientras estamos bailando la primera danza de la noche, como es tradición.

Yo escondo mi cara en su cuello y me río con las mejillas ruborizadas sin importarme si alguien considera que es una expresión emotiva ridícula a mi edad.

Me siento con ganas de ignorar el mundo un día más.

Y también tengo ganas de otra cosa.

De hecho, no he podido dejar de pensar en ello desde esta mañana.

Sorren sigue siendo alto, delgado y musculoso, pero ha cogido más peso ahora que está comiendo bien, al igual que yo. Y en todo ese peso no hay ni un gramo de grasa.

Durante el tiempo que hemos pasado en Green Valley, hemos dormido siempre juntos, ya sea en casa de mis padres o en la casa Wolf.

Y he descubierto que a Sorren le gusta dormir desnudo, para mi total deleite y tortura.

Ha sido un infierno contenerme hasta ahora.

Mi cuerpo se siente caliente y pesado, y la excitación me recorre hasta hacerme arrugar los dedos de los pies dentro de los tacones.

Alguien debe percibir el aroma de mi deseo (contras de vivir entre Cambiantes), porque escucho silbidos sugestivos venir de entre las mesas de familiares cada vez más ebrios que nos rodean antes de que alguien haga callar a cualquiera que estuviese silbando.

En un impulso, cojo a Sorren de la mano y me lo llevo a rastras rápidamente hacia la casa, e ignoro los gritos de júbilo y los «consejos» bromistas de algunos de nuestros familiares y amigos más pasados de copas.

Sorren está ruborizado hasta las orejas, tímido y adorable como es, pero tiene una sonrisa tonta en

el rostro y sus ojos relucen de deseo.

Y su aroma natural, que ahora puedo disfrutar sin que esté escondido debajo de otros nada agradables, está cargado de lujuria apenas contenida.

Esta noche es nuestra.

Y de nadie más.

Llegamos a la habitación que Sheila y Liam han dispuesto para nosotros.

La ceremonia se ha llevado a cabo en el jardín trasero de la casa Wolf, ya que es un terreno mucho más grande que el de mis padres, y el dormitorio ha sido decorado por Sheila y sus cuñadas para esta ocasión especial.

Pero yo apenas puedo ver los pétalos de rosa sobre la cama o la bandeja con vino y fruta sobre la mesita que hay entre dos sillones cerca del balcón o el juego de toallas y albornoces doblados sobre el diván cerca del baño adyacente.

Mis ojos no pueden alejarse de Sorren.

Está tan guapo que parece casi irreal.

Como si fuese un sueño.

Sus ojos azul-grisáceo me miran con reverencia y deseo, oscuro y pesado, y yo me estremezco y la respiración se me acelera.

No hacen falta palabras entre nosotros.

Nos desvestimos el uno al otro lentamente y sin apartar la vista de nuestros rostros excepto para admirar la piel que poco a poco va siendo dejada al descubierto.

A él el aliento se le atasca en la garganta de manera audible cuando ve el conjunto de salto de cama que me he comprado para esta noche, blanco como mi pelaje y hecho de fino y hermoso encaje.

Observa embobado las medias que me llegan hasta el muslo, las braguitas casi translúcidas, y la camisa en forma de corsé de encaje que no deja mucho a la imaginación.

Y yo, en cambio, no puedo dejar de mirar fijamente su erección.

Pesada y goteante, apunta directamente a mí, con la cabeza hinchada y las venas palpitando.

Está claro que mi Sorren se está conteniendo para no tocarme, porque los músculos marcados de su abdomen están tensos y su pene se mueve en pequeños espasmos mientras lo miro.

Mi vientre arde y mi centro se humedece al verle.

A mi Lobo le brillan los ojos con lujuria y no puedo evitar pensar que parece un Lobo feroz y que está apunto de comerme como en los cuentos.

—Jane. —Jadea Sorren humedeciéndose los sensuales labios con la lengua. —Eres tan hermosa.

Yo contengo una risa nerviosa. Los años como Feral han hecho mella en mí, y estoy más envejecida y todavía más delgada de lo que debería, pero él lo dice con tanta honestidad y anhelo que le creo con todo mi ser.

—Bésame. —Le ordeno, y tiemblo cuando él emite un gruñido que me recuerda que, a pesar de lo dulce y amable que puede ser, todavía hay un Lobo capaz de hacerle frente a un Alfa en su interior. Sorren me besa, y lo hace con una desesperación que me consume. Hunde su lengua en mi boca e imita con ella el acto que estamos a punto de hacer y que unirá nuestros espíritus como uno solo por el resto de nuestros días, y yo me estremezco y gimo contra su boca porque nadie, jamás, me ha besado así nunca, como si probar mis labios fuese el placer más maravilloso de todos.

Mi Lobo me agarra de la cintura y me atrae hacia él hasta que estamos pegados cuerpo a cuerpo y su erección presiona contra mi estómago de una manera que hace temblar mis paredes interiores y humedece mi sexo como ninguna fantasía lo ha hecho nunca antes.

Jadeo y gimo contra su boca cuando muerde mis labios y los succiona y sus manos acunan mi culo, metiendo sus pulgares por debajo del encaje de mis braguitas.

Hemos estado besándonos cuando hemos podido tener un rato a solas estos días, que no han sido muchos. Y ambos hemos mejorado bastante desde aquél primer beso lleno de pasión y amor pero torpe y lleno de duda.

Y Sorren demuestra con creces que sabe bien lo que hacer y que es un maestro nato, porque pocos segundos (o minutos, u horas, no lo sé. Siempre pierdo la noción del tiempo con él) después de haber empezado a besarme mis paredes interiores ya palpitan deseándolo en mi interior.

Desciendo una de mis manos por sus marcados abdominales hasta su erección, y la rodeo con mis dedos, complacida al escucharlo ahogar un gemido contra mi boca.

Acaricio su dura y gruesa longitud desde la base hasta la punta con no poca curiosidad.

Está caliente y húmeda y palpita en mi mano, y hay un leve bulto en la base que imagino que debe ser en famoso nudo de los Lobos y otros Cambiantes caninos y que supuestamente produce intensas oleadas de placer en sus Parejas, dejándolos unidos tras el coito.

O eso leí durante mis años de adolescente, cuando solía buscar libros subidos de tono que leer en la biblioteca pública a espaldas de mis padres o le cogía prestado alguno a mis hermanas del montón que escondíamos todas bajo nuestras camas, más por vergüenza por el tipo de literatura que se trataba que por que nuestros padres nos prohibiesen leerla.

La realidad es mucho más intensa que cualquier fantasía o relato erótico que pueda haber imaginado.

El cuerpo grande y caliente de Sorren me rodea con su presencia, con su intenso aroma almizcleño y lleno de excitación y con su aura, pesada y caliente como si estuviese hecha de fuego.

Lo siento en cada parte de mí.

Su presencia. Su tacto. Su olor. Su sabor.

Es adictivo.

Mientras lo toco y él jadea besándome el cuello con frenesí y susurrando mi nombre en tono de súplica, descubro un lado de mí misma al que poco o nada le había prestado atención más allá de

una curiosidad pasajera e infrecuente: mi sexualidad.

Descubro que adoro verlo perder el control.

Adoro ver su rostro con una expresión mezcla de agonía y puro placer mientras lo masturbo.

Adoro escuchar sus gemidos de placer.

Amo cómo se siente el verlo deshacerse entre mis dedos mientras lo toco.

Sorren tiembla y su piel está cubierta por una fina capa de transpiración, y yo me deleito en las poderosas emociones y el placer que verlo así me causa.

—Jane. —Mi Lobo gruñe una advertencia y aprieta sus dedos sobre mis glúteos y yo, con la respiración como loca y sabiendo que si continuo así va a correrse y de que cuando eso suceda quiero sentirlo en mi interior, me detengo y pongo mis manos húmedas con su líquido preseminal en sus caderas delgadas de huesos prominentes relamiéndome los labios, resecos por mi agitada respiración, para humedecerlos.

Los ojos de Sorren, de pupilas dilatadas y brillando como si estuvieran iluminados por una luz interior, siguen el movimiento de mi lengua con fascinación.

—Maldita sea, mi Jane. Me estás volviendo loco. —Maldice mi Lobo feroz antes de cogerme en brazos y llevarme hasta la cama, dejándome caer sobre esta y posicionándose sobre mí con su gran cuerpo.

Yo suelto un grito sorprendido cuando mi cuerpo rebota contra el colchón y gimo una vez más cuando sus labios capturan los míos y me besa como si quisiera dejar su sabor marcado para siempre en mi boca, devorando con hambre cada sonido que sale de mí como el depredador que es.

Sorren acuna mis pechos con sus palmas y acaricia mis pezones con los pulgares y yo suelto otro grito, esta vez de gozo, que él se bebe sin dejar de besarme como un poseso.

Mi Lobo abre mis piernas con sus muslos desnudos y yo las abro para acomodarlo entre éstas, sintiendo su erección presionar contra mi entrada a través de la delgada tela de mis braguitas.

Sorren maldice de nuevo mordiendo mi cuello y dejando detrás una roja marca y se aparta de mí lo justo como para colar sus manos entre nosotros y romper sin miramientos mi ropa interior.

Las braguitas acaban hechas jirones, y la camisola-corsé le sigue a pesar de mis protestas (me gustaba esa prenda), que ahoga con sus labios una vez más, besándome hasta que mi cerebro no puede pensar en nada más que no sea las sensaciones que él me provoca.

Su pene presiona contra mi centro, esta vez sin nada que nos separe, y una de sus manos se cuela entre nuestros cuerpos para presionar el pulgar rítmicamente contra mi clítoris haciéndome soltar un gemido particularmente audible de placer.

La boca de mi Lobo desciende hasta que sus labios se cierran sobre uno de mis pechos, que succiona con suavidad, y su otra mano libre pellizca suavemente mi otro pezón.

Yo me arqueo buscando liberación, sintiendo que voy a estallar de un momento a otro, y él

presiona su erección con más firmeza contra mi húmeda entrada haciéndome jadear por la sensación cuando la cabeza de su pene entra en mí, despacio pero firme.

Gimoteo retorciéndome en las sábanas cubiertas de pétalos de rosas rojas y hundo mis uñas en los tensos músculos de su espalda.

Nuestros cuerpos están cubiertos de sudor, y la tela que todavía viste mis muslos se siente como si fuera demasiado en esos momentos; su contacto demasiado áspero contra mi sensible piel.

Sorren entra en mí despacio, y puedo ver que está haciendo un esfuerzo titánico para no dejarse ir y penetrarme hasta la base de una sola estocada.

Los músculos de su cuello, su espalda, y del resto su cuerpo están tensos y tiemblan bajo mis frenéticas manos, y mi Lobo jadea contra mi cuello con el ceño fruncido en una expresión que es en parte dolor y en parte placer y la frente perspirada.

Mi caballeroso Lobo, incapaz de hacerme daño a pesar de lo que le reclame su sangre y su cuerpo, ni siquiera cuando está totalmente perdido en su pasión.

Ambos jadeamos cuando está totalmente dentro de mí (y yo agradezco no tener himen como lo tienen las humanas), y Sorren se inclina para besar mis labios una vez más, esta vez de una manera lenta y sensual que hace que mis tensos músculos se relajen como si fueran gelatina y que la presión de su gruesa erección en mi interior se vuelva menos incómoda.

—Jane. —Repite mi nombre una y otra vez entre besos con reverencia y amor. —Mi Jane. Tan perfecta. Te sientes tan maravillosamente bien a mi alrededor, cariño. No puedo aguantarme más.

—Pues no lo hagas. —Le ordeno entre jadeos. —Muévete.

Sorren deja salir un sonido lleno de necesidad y deseo que es más propio del animal que lleva en su interior que del hombre que me está haciendo el amor.

Y yo enredo mis piernas en sus caderas cuando él empieza a moverse, primero lentamente y luego con mayor fuerza y velocidad, y beso su nuez de adán y sus hombros y toda aquella extensión de piel que puedo alcanzar mientras él mueve sus caderas contra las mías y su mano contra mi clítoris al mismo ritmo.

Soy incapaz de pensar en nada que no sea el placer que su cuerpo me provoca.

En nada que no sea la longitud de él entrando en mí rítmicamente con un sonido húmedo, y el ruido que hacen nuestros cuerpos al chocar el uno contra el otro.

Sorren gruñe contra mi clavícula y me besa con desesperación y yo sé que ambos estamos cerca, puedo sentir nuestros espíritus extendiéndose para alcanzar a su Pareja Predestinada, y es una sensación tan familiar que no dudo de que esta no es la primera vez que sucede, aunque se trate de la primera vez en esta vida.

—Sorren, por favor... —Me oigo a mí misma suplicar mientras me aferro a su espalda y arqueo mi cuerpo todo lo que puedo para recibir sus investidas. —Por favor...

Él ruge contra mi cuello y acelera sus acometidas hasta que se vuelven casi brutales, y yo veo las

estrellas y el placer estalla desde mi centro hasta el resto de mi cuerpo como el fuego de una estrella caída, quemando cada nervio y músculo a su paso hasta llegar a los dedos de mis pies.

Mis músculos tiemblan y soy incapaz de controlar los sonidos que salen de mí mientras él alcanza su cima y su nudo se hincha, provocándome un segundo orgasmo cuando sus frenéticas y cortas embestidas estimulan mi clítoris de nuevo.

Nuestras almas se elevan saliendo de nuestros cuerpos como si levitasen y bajan de nuevo a ocuparlos como una sola, enredadas y fundidas e indivisibles hasta el día de nuestra muerte.

Sorren tiembla contra mí y hunde su rostro en mi cuello, y yo siento sus lágrimas contra mi piel y ahogo las mías contra su hombro, abrazándolo con brazos y piernas como si fuera incapaz de dejarlo ir.

Porque soy incapaz de ello.

—Te amo. —Me repite él una y otra vez con voz ronca y quebrada. —Mi Jane. Mi Destino. Te amo tanto.

—Shhh. Mi dulce Lobo feroz, yo también te amo. Para siempre.

Sorren me abraza con fuerza y besa mi cuello, acariciando mi costado con su mano y sosteniendo su considerable peso con su otro brazo para no aplastarme.

Yo beso su hombro y lo muerdo, y siento que él hace lo propio conmigo, dejando nuestras marcas en la piel del otro.

Nuestros aromas llevarán la esencia del otro tal y como nuestros espíritus llevarán la luz del otro hasta el final de nuestros días.

Estamos Emparejados.

Y ya nada, ni Feralidad, ni tiempo, ni espacio, ni prejuicios, podrán separarnos jamás.

—Te amo, Sorren Wolf. Ahora y siempre.



Sobre la autora

Marta Guinart, autora de *El renacer de Olivia Carter* y *LOBA*, entre otros, escribe sus novelas de romance paranormal y erótico bajo el seudónimo T. N. Hawke tanto en inglés como en español.

Nació en Valencia, España, en 1988, y se graduó en la carrera de Pedagogía en la Universitat de València hace unos años.

En la actualidad, combina su trabajo como cuidadora de persona dependiente con la escritura, y espera poder vivir de sus libros algún día y dedicarse plenamente a ello.

Otros libros que ha publicado son:

Paranormales y eróticos

Bajo el pseudónimo **T. N. Hawke**

- *LOBA (Saga Vengadoras I)*
- *Romances Eróticos Paranormales Vol. I*
- *SEIZE THE NIGHT (versión en Inglés)*
- *Reclamada por su Alfa (Los Lobos de Green Valley nº1)*
- *Seducida por su Lobo (Los Lobos de Green Valley nº2)*
- *Venerada por su Lobo (Los Lobos de Green Valley nº3)*
- *Amada por sus Lobos (Los Lobos de Green Valley nº 4)*
- *Adorada por su Lobo (Los Lobos de Green Valley nº 5)*
- *Reverenciada por su Lobo (los Lobos de Green Valley nº 6)*

Novela romántica contemporánea

Bajo el nombre **Marta Guinart**

- *El renacer de Olivia Carter*

Descubre más de esta autora en Amazon.

[amazon.com/author/tnhawke](https://www.amazon.com/author/tnhawke)

[amazon.com/author/martaguinart](https://www.amazon.com/author/martaguinart)

O dale a “**seguir**” en Amazon a su perfil para enterarte de las últimas novedades.

Encuéntrela en Instagram

@tnhawke

@deco_hogar_esp Aquí está más activa.

Lee más sobre los hermanos Wolf y otros libros de la autora en Amazon y en Amazon Kindle Unlimited.

¡Gracias por leer!

